

17D.Crónica de un secuestro



Ernesto Jouvín Vernaza

U
UEES



**17D:
CRÓNICA DE UN SECUESTRO**

Autor:
Ernesto Jouvín Vernaza
2022

UNIVERSIDAD ESPÍRITU SANTO

Km. 2,5 Vía a Samborondón - Ecuador

Teléfono: (593-4) 5000950

ceninv@uees.edu.ec

www.uees.edu.ec

Autor:

Ernesto Jouvín Vernaza

Editor:

Fernando Espinoza Fuentes

Coordinadora editorial:

Natascha Ortiz Yáñez

Cita:

(Jouvín, 2022)

Referencia Bibliográfica:

Jouvín, E. (2022). 17D: Crónica de un secuestro. Universidad Espíritu Santo - Ecuador.

Portada:

Universidad Espíritu Santo

Diagramación e impresión:

Imprenta Aragráfica

José Mascote 1319-A entre Aguirre y Clemente Ballén

Teléfono: (593-9) 88773913

aragrafica@hotmail.com

Edición:

Primera, Mayo 2022

ISBN Digital:

978-9978-25-215-4

Derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización escrita del editor o de la editorial.

AGRADECIMIENTO

Quiero agradecer profundamente a mi esposa Laura, a mis hijos Ernesto Roberto y Guillermo, especialmente a mi nieta Paulina Jouvin Febres Cordero, y a Sebastián Coronel Hamilton, quienes me empujaron a redactar este libro, que lo había venido posponiendo por largo tiempo.

Espero que sea un testimonio de vida que les sea útil a mis descendientes, como ejemplo de tenacidad y de voluntad inquebrantable.

“NO TE DEFINE LO QUE TIENES, TE DEFINE LO QUE DESEAS Y EL TESÓN CON QUE LO HAGAS”



A mi Abuelo y mi Padre, por el ejemplo, valores y principios
que nos dejaron

PRÓLOGO

Ha sido un privilegio que mi hermano Ernesto haya tenido la deferencia de solicitarme el prólogo de su obra “17-D: Crónica de un secuestro”, que ciertamente no es una novela literaria o artilugio de ficción, ni siquiera un ensayo o relato corto para distraer al lector, sino un testimonio de vida que parte de una experiencia dura, imprevista e inexplicable -como él mismo lo reconoce en sus reiterados cuestionamientos sin respuesta, ¿por qué a mí? ¿Por qué yo?- , en la que pudo conocer la miseria humana y material, pero de la que también logró salir relativamente indemne para contarla y compartirla, con absoluta sobriedad y valentía, sin estridencias ni falsa vanidad o arrogancia, sino por el contrario, con la madurez de quien ha sido un luchador de mil batallas y luego de un largo y sobrio caminar hacia el ineludible destino que la vida nos depara, se despoja de la mochila que lleva a sus espaldas para sentirse ligero y continuar su viaje con la tranquilidad de haber pisado firme, dejando huellas y una marca indeleble para bien y honra de su familia, sus amigos, la sociedad y en recíproca gratitud hacia el Creador.

El testimonio de mi hermano Ernesto descrito en esta obra de su autoría, no me resulta nada extraño o ajeno. Lo relatado no es un cuento de ficción o realismo mágico, no es fruto de su imaginación o recuerdos vagos, sino de acontecimientos y experiencias únicas que guarda en el corazón y que ha logrado describirlas por medio de la razón, inspirado en el infinito amor que siente por su esposa,

sus hijos y la familia, y su inquebrantable voluntad y determinación. Participé activamente en el doloroso proceso para rescatar vivo a mi hermano Ernesto, y al leer pausadamente cada una de las páginas de este maravilloso testimonio, indudablemente se me humedecen los ojos y no puedo dejar de sentir dolor y tristeza al imaginar lo que él tuvo que soportar, sino también al recordar la angustia, desolación y el dolor de mis padres durante los ciento cuarenta y cinco días de cautiverio, con una nota de dramatismo que yo no alcanzaba a comprender, pero que siendo Ernesto el hermano mayor y habiendo atravesado una serie de vicisitudes desde que era muy pequeño -como él mismo lo relata- hizo que mis padres contemplan un sufrimiento que yo pocas veces había visto en ellos, pero aún hoy me quiebra el corazón.

La obra está dividida en nueve capítulos. El primero de ellos empieza por “La noche de terror”, el 17 de diciembre de 1981, cuando fue secuestrado a pocos metros de su oficina, en el edificio de estacionamiento del antiguo Filanbanco, cuyos minutos y horas fueron eternos hasta llegar a

su destino final, oculto en los carros que fue trasladado y con el rostro cubierto para no poder ver la identidad de los captores.

En el segundo capítulo se pregunta ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo?, y para tratar de responderse a sí mismo, hace un recorrido por la historia familiar de los Jouvín, ligada indudablemente al negocio principal La Reforma, desde la primera generación con nuestro abuelo Jacinto Jouvín Arce (1905). La segunda con nuestro padre Ernesto y los tíos Jacinto y Augusto Jouvín Cisneros, quienes pusieron la primera imprenta offset en 1938. Finalmente, la nuestra, en la que mi hermano Ernesto recuerda su niñez y sus graves y complejos problemas de salud; sus estudios en la escuela y el colegio, su ingreso a la Universidad y su paso efímero por la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, donde se volvió a topar con el temible profesor Nicolás Escandón, gracias al cual prefirió abandonarla y viajar a los Estados Unidos para continuar sus estudios. No podía pasar inadvertida en esta etapa el amor de su vida, mi cuñada Laura Arosemena, con la que formó una maravillosa familia, y sus tres hijos Ernesto, Roberto y Guillermo. Luego el gran desarrollo empresarial con el grupo La Reforma, tan marcado -como dice mi hermano Ernesto- que parecía tener un apellido compuesto porque la gente lo llamaba “Ernesto Jouvín Vernaza de la Reforma”. En la década de los setenta ya se nos identificaba como el grupo “La Reforma”, hasta 1998 en que vendimos nuestra participación a Kimberly Clark.

El tercer capítulo, “El cautiverio”, es uno de los más duros, pues en ellos relata mi hermano Ernesto cómo le correspondió vivir prácticamente en un contenedor de tres por dos metros, con un reflector siempre encendido para no distinguir el día de la noche. Allí pasó su cumpleaños número treinta y nueve, el 24 de abril. Leía lo que podía para no atrofiar su mente y lo que sus captores le prestaban, entre ellos, novelas de García Márquez -para aquella época todavía no había escrito “Noticias de un Secuestro”- ; de Vargas Llosa; Los hermanos Karamazov, de Dostoyevsky; Oh Jerusalem, de Dominique Lapierre y Larry Collins. Cuenta su relación con “Serrano”, quien llegó a ser su único contacto y al que en su momento llegó a considerar casi como un amigo por ser el “menos malo”. No tuvo maltrato físico, aparte de las terribles incomodidades materiales, pero sí estuvo sometido a una tortura psicológica que iba de la mano con los tropiezos que se presentaban durante las negociaciones para su liberación.

Los capítulos cuatro y cinco, “Operación Rescate” y “La liberación”, no son menos duros, pero están más enfocados al costo y sacrificio material y humano que representó para la familia, y mi padre en particular, hacien-

do hincapié en la coincidencia de que el 9 de mayo, el día que se pagó el rescate, años más tarde, en ese mismo día, en mayo del 2007 nuestra madre fallece. La liberación definitiva de mi hermano Ernesto, el 12 de mayo de 1982; así como la angustia de sentirse casi libre, pero paseando a la deriva como un indigente en busca de auxilio luego del accidente que sufrió el carro en el que viajaba con los captores el día de su rescate.

Más adelante, en los capítulos seis, siete y ocho, narra los “Daños Colaterales”, “Secuelas” y el “Caso Giger”. Para ese momento Ernesto ya era un hombre libre, física y materialmente, pero todavía existían esas ataduras invisibles que solo el tiempo, la razón y la Fe, logran derribarlas y transformarlas en lazos de amor y paz espiritual.

Finalmente, “Epílogo, últimos apuntes”, es como un renacer, con una perspectiva diferente de la vida, pero sin perder la esencia sobre el deber ser y las virtudes que todo hombre debe atesorar para la posteridad; y así, La Reforma siempre ligada inescrutablemente a la familia Jouvín reaparece con la cuarta generación, de la mano de su hijo Roberto, pero con la misma mística y vocación de nuestro abuelo fundador Jacinto Jouvín Arce.

Al terminar este largo recorrido por el que nos ha conducido mi hermano Ernesto, y conmemorarse hoy cuarenta años de este doloroso episodio pero que tuvo un final feliz, una lluvia de sentimientos me invaden, pero me quedo con la inmensa alegría de saber que está a nuestro lado y que todo el esfuerzo, sacrificio, dolor, angustia y desesperación que soportaron nuestros padres, fue la mayor contribución y herencia que hemos recibido; que la vida pende de un hilo y todo lo que hacemos con amor crece y se multiplica de generación en generación.

Guayaquil, 17 de diciembre de 2021.

JJV

ÍNDICE

Agradecimiento	5
Dedicatoria	7
Prólogo	9
Al Lector	17
CÁPITULO 1	
LA NOCHE DE TERROR	21
El Inicio del Recorrido	24
Los sedantes	26
La llegada al sitio de cautiverio	27
La familia se enteró	28
CÁPITULO 2	
¿POR QUÉ A MÍ? ¿POR QUÉ YO?	31
Nació La Reforma	35
Los primeros desafíos	36
La segunda generación	37
La tercera generación, la mía	39
Don Nico	41
Mi esposa, descendiente de presidentes del Ecuador	43
In Fraganti	44
Mis pininos en el negocio familiar	45
Mi idea de reinversión empresarial	46
La expansión en Babahoyo	48
El papel higiénico Top violeta	50
El desarrollo empresarial:	51
1- Fábrica de Papel La Reforma S.A.	51
2- Recolecciones Nacionales (1971)	52
3- Arranque del molino 2 en Fábrica de Papel La Reforma (1975)	53
4- Cartones Guayaquil, Cartoquil (1976)	53
5- Ecuapel y Convepel (1978)	53
6- Procarsa (1980)	54
7- Repalsa (1980)	55
8- Reforpel S.A. (1992)	55
CÁPITULO 3	
EL CAUTIVERIO	57
El cálculo de los días	61
Serrano, un secuestrador diferente	63
Tortura psicológica	67
CÁPITULO 4	
OPERACIÓN DE RESCATE	71
Los británicos entran en acción	75

El fugaz paso de la CIA	81
El Ronco y las últimas negociaciones	83
Una mala interpretación que costó 200 mil dólares más	85
CAPÍTULO 5	
LA LIBERACIÓN	93
El escape de los secuestradores	97
Volviendo a mi odisea	99
CAPÍTULO 6	
DAÑOS COLATERALES	105
Mi secuestro ya era vox populi	109
Los sueños de Laura	112
El testimonio de mis hijos	114
CAPÍTULO 7	
SECUELAS	117
Mi primogénito también fue secuestrado	119
Viaje terapéutico	122
La pesca para enfrentar el trauma	126
CAPÍTULO 8	
EL CASO GIGER	131
Lo que dijo el suizo	134
Una propuesta audaz	136
La versión de la Policía Nacional	137
CAPÍTULO 9	
EPÍLOGO, ÚLTIMOS APUNTES	141
Cargos públicos	143
La Reforma 2	145
Mi actualidad y otras historias	146



17-D:
Crónica de un secuestro

Al lector

Finalmente me decidí a contar la historia de mi secuestro ocurrido en diciembre 17 de 1981. A esta fecha, año 2021, han pasado 40 años. No lo hice anteriormente porque el solo mencionarlo me causaba mucho dolor y me descomponía al extremo de lagrimear.

Castigo físico no hubo, pero si tortura psicológica. El trauma es muy grande y deja secuelas de por vida. Lo que más me afectó fue el encierro, el aislamiento, la incertidumbre de no saber si te matan o sobrevives el siguiente segundo o minuto.

Me afectó el tener una luz muy intensa que siempre permanecía encendida. No sabía si era de noche o de día. A eso se añadía la música a niveles muy intensos. Era extremadamente alta, estridente.

También fue terrible el comer con las manos, sin cubiertos, más la falta de aseo, no me bañé, ni corté el pelo, ni uñas, y hasta el hacer mis necesidades en un balde, el mismo que no se lo llevaban hasta que estuviera a punto de desbordarse.

Me afectó la falta de alimentos que me aplicaron cuando recibieron la primera oferta de mi familia, pues pensé que moriría de inanición. Me afectó el pensar en mi esposa e hijos, en mis padres, en la familia en general y recordar las épocas felices. En fin, la suma de esos hechos se constituyó en un escenario de terror, que terminó creando el trauma psicológico al que me referí anteriormente.

Al salir del secuestro, un día de fin de semana, Enrique Weisson, un querido amigo y compadre, me invitó a que lo acompañara en una salida de pesca deportiva. Estar en medio mar, sin tierra a la vista, me pareció maravilloso. Fue maravilloso ver ese horizonte abierto, contrastándolo con el encierro por el que acababa de pasar, que me enganché en ese deporte. Hice muy buenos y recordados amigos. Pesqué durante 17 años, pero aún hoy, y a pesar de los años pasados, no hay día en que no recuerde algún episodio del malvado secuestro, de sus orígenes, y sus secuelas. Para mí, existió un antes y un después. Hay veces que despierto en la madrugada con la pesadilla del secuestro y entonces me digo que aquello ya pasó.

Conozco por referencias que, a otras personas secuestradas en países vecinos en fechas posteriores a la mía, aparentemente por la misma banda, a todos les quedaron huellas muy profundas, al extremo de irse a vivir en Estados Unidos. Regresaron a sus países natales después de

muchísimos años. Creo que el haberme dedicado a la pesca deportiva me ayudó muchísimo.

Siempre me he hecho preguntas sin obtener una respuesta racional. ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo fui el escogido por estos malditos? Ciertamente había otras personas con muchísimo más dinero, que podían haber sido víctimas, pero no, me escogieron a mí. Las mismas preguntas me he planteado siempre con relación a mi familia: ¿Por qué yo entre todos ellos?

Decidí contar la historia para evitar tergiversaciones de terceras personas. Muchas de las cosas que describo en esta introducción serán repetidas con detalle en cada capítulo. Se trata de una montaña de emociones de lo que viví adentro de un contenedor y lo que afuera vivió mi familia.

Son muchos los personajes, entre ellos mi esposa Laura, mis tres hijos, mis padres, mi hermano Pepe, su familia, sobrinos y más. Laura fue la que más sufrió, por la incertidumbre y porque no sabía cómo darles una explicación válida a Ernesto, Roberto y Guillermo, nuestros vástagos. Eso la mantuvo en un terrible estado depresivo.

Y hubo más personajes, el doctor Emilio Romero Parducci, mi recordado amigo y compañero de juegos infantiles, capitán Eduardo Insua; el doctor Jorge Zavala Baquerizo, mi tío Mario Vernaza Requena, a quien estos malditos llamaron “el hombre de fuego”. Por todos ellos y lo sucedido es que decidí escribir el libro.

Mi eterno agradecimiento a todos ellos, algunos ya fallecidos, pero con un recuerdo imborrable en mi corazón.

En la búsqueda de una explicación racional, me pareció que este libro debía de comenzar, como es lógico, por el principio. Es la razón por la que se mencionan episodios por los que pasé desde mi nacimiento, mis estudios, y mi realización empresarial.

Tengo el honor de haber sido **el nieto de Jacinto Jouvin Arce**, fundador de La Reforma en 1905, quien cristalizó y arrancó el primer molino de papel higiénico en Ecuador en el año 1970, con materia prima reciclada, siendo prácticamente uno de los pioneros del uso de este producto como materia prima en el mundo.

Este molino hubiera sido imposible sin el apoyo de mi padre, Ernesto Jouvin Cisneros, principalmente, de sus sabios consejos y decisión, además de mis tíos Augusto y Jacinto, quienes dieron su aprobación a este emprendimiento empresarial que parecía una locura en 1967.

La Fábrica de Papel La Reforma C.A. fue la primera de otras empresas con las que se consiguió un crecimiento exponencial y se conformó lo que se conoció como el Grupo Reforma o Grupo Jouvin.

Para el desarrollo empresarial que se describirá más adelante, se creó un equipo gerencial constituido por mi papá como presidente, yo como gerente general, Alfonso Sáenz Alomía como gerente de operaciones y mi hermano como vicepresidente comercial y administrativo de la Industrial La Reforma, la empresa matriz y la más grande de su sector. Las opiniones de mi hermano, medidas siempre, fueron de mucha importancia para mí.

Tengo que hacer una especial mención a la ayuda y asistencia que siempre me dio el ingeniero Alfonso Sáenz Alomía. Su participación en todo el desarrollo empresarial fue un puntal incalculable. Su visión, experiencia en la rama de papel, sus conocimientos financieros y sus opiniones centradas, nos fue imprescindible para lo que se construyó hasta diciembre de 1981. Por eso le expreso mi más profundo agradecimiento.

Desde la fecha en que se tomó la decisión de montar este primer molino para la Fábrica de papel La Reforma, se crearon otras siete empresas más que son: Recolecciones Nacionales, el arranque del molino 2, Cartoquil, Ecuapel, Convepel, Procarsa, Repalsa y Reforpel. Ese era el Grupo Reforma o Grupo Jouvin, como solían llamarlo. De esas compañías contaré más detalles en el desarrollo del libro.

En 1983, después del secuestro, y como consecuencia de este, por acciones de ciertos accionistas, por envidias y rencores, el Grupo Reforma llegó a su fin. A Ernesto Jouvin Cisneros y sus descendientes nos pagaron nuestra parte con Ecuapel y Convepel, las más pequeñas de las compañías del grupo.

Después de mi secuestro quedaron secuelas. Las hay malas, pero también buenas y otras jocosas. Como anécdota puedo contar que cuando hubo la separación de las empresas y a nosotros nos entregaron Ecuapel y Convepel, sentí que me habían quitado parte de mi apellido. Yo

no era solamente Ernesto Jouvin Vernaza, sino Ernesto Jouvin Vernaza de La Reforma. Parecía un apellido compuesto.

Espero que este libro no sea aburrido, sino un reflejo de las aventuras y retos que he debido sobrellevar durante mi vida, siempre acompañado por mi esposa Laura y de mis hijos, quienes me han apoyado constantemente en mis tribulaciones. Mi más grande y profundo cariño para ellos.

ERNESTO JOUVIN VERNAZA

CAPÍTULO 1

La noche de terror

Todo cambió aquel jueves 17 de diciembre de 1981, aunque al principio parecía una fecha más en el calendario. Un día que probablemente hubiese olvidado porque hasta entonces mi vida era muy rutinaria. Pero aquella noche nunca la olvidaré. De hecho, todavía merodea en mi mente, quizás como una señal para recordar cuán afortunado soy, pese al sufrimiento que mi familia y yo vivimos en los casi seis meses que duró mi cautiverio. Digo que soy afortunado porque hoy, 40 años después, puedo contarle en estas líneas.

Aquel jueves recorrí el camino de siempre desde Urdesa, la urbanización en la que entonces residía, hasta las calles Pedro Carbo y Luque donde quedaban las oficinas de Fábrica de Papel La Reforma. Actualmente en ese edificio funciona Produbanco.

Yo parqueaba mi carro en un edificio recién construido por Filanbanco, frente a la Iglesia San Francisco, a una cuadra de distancia. Habíamos comprado 2 parqueos en el piso 3. Siempre, durante un largo tiempo que no puedo precisar, me encontraba con las mismas 3 personas, con las que subía o bajaba de los parqueos.

Aquel día, a las siete y media de noche, subí al tercer piso y coincidí con las mismas tres personas que había visto durante las últimas semanas en el parqueadero donde dejaba mi carro. Hasta ese momento no tenía ni la más mínima idea que se convertirían en mis captores.

Alrededor de las siete de la mañana llegué a mi oficina con muchas ideas en la cabeza que debía ordenar para tomar la mejor resolución posible. Resulta que debía lidiar un problema laboral que involucraba a empleados de Cartoquil, una de las empresas en la que fui presidente. De esta y otras compañías, que han formado parte de mi trayectoria empresarial, me referiré más adelante.

Volviendo a la historia, había una sublevación en Cartoquil, que generó una reunión con funcionarios de la empresa, con el abogado Jaime Vernaza Trujillo y otros abogados, desde las cuatro de la tarde y que se extendió hasta las siete y media de la noche. En medio de esa sublevación hubo personas ajenas a la empresa, a quienes se desalojó. Otro detalle es que faltaban pocos días para las celebraciones de Navidad y Año Nuevo. Por eso, antes de abandonar la oficina para volver a casa, tomé una botella de champán que me habían obsequiado. Al atravesar la puerta de mi oficina hacia los pasillos en mi mente solamente estaba la cena con mi familia.

Fue una de las pocas veces que me iba solo de la oficina, pues siempre había dispuesto de un chofer para que me llevara a casa. Sin embargo, en aquel jueves él no estuvo conmigo porque acudió a una reunión social para despedir a una de las empleadas de La Reforma que se iba como secretaria a Procarsa, otra de las empresas que manejé.

Probablemente tardé unos cinco minutos en caminar desde mi oficina hacia la Avenida Nueve de Octubre y la calle Chile, en el edificio donde la matriz de Filanbanco funcionó hasta julio de 2001, frente a la iglesia San Francisco.

Había estacionado mi carro en el parqueadero que estaba ubicado en el tercer piso de aquel edificio en el que actualmente opera el Biess (Banco del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social).

Cuando ingresé al elevador me encontré con dos de las tres personas con quienes me saludaba cordialmente cada día al verlas en ese edificio. Siempre creí que trabajaban en ese edificio o en otro cercano por el simple hecho de coincidir a diario con ellos. Intuí que parqueaban su auto en el cuarto piso. Me extrañó que no estuvieran los tres juntos, pero no imaginaba lo que sucedería en cuestión de segundos.

Uno de aquellos hombres era alto, corpulento, cojo, con más de 1,80 de altura, cabello oscuro y tez blanca, quien con mucha cortesía sostuvo la puerta del ascensor para que yo pudiera ingresar. No sospechaba para nada de aquella persona porque, incluso, vestía formalmente. Lucía un terno y creí que era algún ejecutivo.

Luego de cederme el paso se dirigió al fondo del elevador con el otro individuo, de bigote ancho y de unos 50 años aproximadamente. Estaban detrás de mí. A uno de ellos le noté cierta ansiedad. De inmediato se abrieron las puertas y estaba el tercero de esos hombres junto a un carro Datsun 1.200 de la década del 70 que tenía sus puertas abiertas y estaba atravesado frente a la puerta del ascensor.

En ese momento sí me preocupé, sobre todo cuando uno de ellos me amenazó con una pistola plateada, creo que era una Luger Parabellum, de esas que los nazis usaron en la II Guerra Mundial. Uno de esos hombres, quien tenía un marcado acento chileno, además de ser delgado, con nariz aguileña y cabello entrecano, quien apuntó su arma hacia mi cuello. Sin perder el tiempo, me empujó hacia el auto que ya tenía el motor encendido y me trasladaron al asiento trasero. Me arrastraron para

conseguirlo entre cuatro personas. Otro hombre tenía dificultades para caminar por una pierna más corta que la otra. Era “patojo”.

De nada había servido mi defensa en el ascensor con la botella de champán que me habían regalado mientras retrocedía, pero la fuerza de los dos hombres fue mayor y me empujaron hacia afuera donde me agarraron otros dos. Apenas alcancé a golpear a uno con la botella, pero poco o nada de daño le hizo. Él contuvo el ataque con los antebrazos y con eso se rompió el pico de la botella. Fueron intentos al aire que supieron esquivar. Estaban perfectamente preparados para cualquier imprevisto y en aquel momento solamente creí que se trataba de un asalto.

Adentro del Datsun estaban los otros dos que me envolvieron con una especie de edredón de un tono verde oscuro. Acto seguido me acostaron en el piso para esconderme y pusieron sus pies sobre mí, pues su intención era transitar por la calle con aparente normalidad. Nuevamente escucho la voz del que tenía acento chileno, quien confirmó que se trataba de un secuestro mientras rastrillaba su pistola.

-Si usted colabora no saldrá lastimado. No intente llamar la atención porque se trata de un secuestro-, decía mi captor.

El inicio del recorrido

Con el auto de marc a japonesa en marcha, hubo la necesidad de bajar por una rampa a una velocidad moderada cuando llegaron a la planta baja del edificio. Ahí detuvieron la marcha a medias en la caseta de control. El encargado de cobrar no estaba y nadie tenía idea de lo que pasaba. Yo no podía moverme porque me ordenaron que debía permanecer quieto o ahí mismo me mataban.

Mis captores no debían despertar sospechas de nadie acerca de lo que en realidad estaba sucediendo. A esa hora, pasadas las siete de la noche, había mucha calma en la ciudad. El centro de Guayaquil, casco comercial de la ciudad, lucía semivacío porque muchos ya se habían ido a sus casas para estar con sus familias, algo que me impidieron los secuestradores.

El Datsun salió del edificio, que tomó la calle Pedro Carbo y luego se detuvo en la esquina luego de doblar hacia la derecha hacia el malecón por la Avenida Nueve de Octubre para que suba otro hombre, quien también lucía terno. Ese tipo se embarcó en la cabina junto al chofer del carro, mientras el primero que vi en el ascensor, el de contextura gruesa, se había quedado en el parquadero.

Yo estaba al tanto de todo eso porque, pese al edredón que me habían puesto, quedaba un pequeño espacio para ver. Desde ahí divisé parcialmente las fachadas de algunos edificios de la época, además de letreros luminosos y otros detalles que yo reconocía de la ciudad.

En el camino me di cuenta íbamos por el malecón rumbo a la calle Loja y giramos hacia la izquierda, pasando por donde funcionaba la antigua sede de la Coca Cola, aledaña al Hospital Luis Vernaza. Lo sabía porque era una ruta que habitualmente recorría en mi vehículo para dirigirme hacia mi entonces residencia en Urdesa.

La ruta escogida por los secuestradores consistía en bordear el Cementerio General hasta subir al cerro Santa Ana y girar a la izquierda hacia el Instituto de Neurociencias, conocido desde siempre como el Hospital Psiquiátrico Lorenzo Ponce.

El vehículo nuevamente detiene su marcha. El Datsun 1.200 estaba en plena Avenida Pedro Menéndez Gilbert donde otro carro más grande nos aguardaba. Era uno tipo Blazer o quizás Bronco. No recuerdo con tanta claridad, pero de lo que estoy seguro es que era un vehículo con tracción 4x4, un “todoterreno”.

Las luces de este Blazer eran intermitentes. Allí un par individuos estaban hablando, no podía entender qué decían, pero supuse que tenía que ver con mi secuestro.

El 4x4 se había estacionado detrás del Datsun cuando recibí otra orden del “chileno”. Apuntándome con la pistola me obligó a bajarme para cambiarme al “todoterreno”. Al abandonar el primer carro tuve tiempo de darme cuenta sobre mi ubicación. De reojo había captado la fachada del Lorenzo Ponce.

Lo primero que vi dentro de la “Blazer” fue a una mujer con cabello corto y negro, vestida con una falda de color beige y una blusa roja. Ella estaba frente al volante porque era la conductora. Al subir, el chileno me inyectó un sedante. Yo estaba otra vez en el asiento trasero donde me volvieron a cubrir con el edredón verde, mientras dos hombres más sostenían mi cuerpo con sus pies sobre el piso. Estaba completamente inmovilizado y aterrado.

Como el 4x4 es más amplio que el carro anterior se suben unas seis personas. Cuatro iban atrás conmigo y las otras dos ocupaban la cabina del vehículo. Ya no podía ver qué rumbo tomaban, pero me lo imaginaba. Traté de guiarme por el sonido que emiten las llantas al rozar el pavimento.

Al saber que había estado en la Menéndez Gilbert imaginé que cruzarían el puente Rafael Mendoza Avilés, ya sea para ir hacia la vía a Samborondón desde la ciudadela La Puntilla o avanzar por el otro puente hacia Durán.

De un momento a otro el carro empezó a girar en el mismo terreno para confundirme. Probablemente por la anestesia me quedé dormido y desperté cuando sentí que el carro iba por un terreno pedregoso.

Supe que llegamos a Durán cuando la “Blazer” disminuyó su marcha para pagar el peaje en una caseta. Intuí que tomaron la izquierda para continuar con el recorrido, yendo hacia Babahoyo. Conocía esa ruta hasta con los “ojos cerrados” porque la recorría con mucha frecuencia, por lo menos tres veces a la semana, debido a que Fábrica de Papel La Reforma S.A. quedaba en esa ciudad situada en Los Ríos.

Los sedantes

Inesperadamente el vehículo frena, circunvala y retorna por el camino que venían. El carro da vueltas y perdí el rumbo. Después de eso ya no tuve más idea de dónde sería mi destino, pues podría haber estado en Yaguachi, Milagro, Quevedo o quizás en alguna ciudad de la Sierra, pues la carretera era amplia. Además, me inyectaron un segundo sedante.

Al parecer el primer narcótico no hizo el efecto que mis captores esperaban. Tampoco quería que ellos se dieran cuenta de mi parcial lucidez. Sin embargo, quisieron asegurarse de que durmiera durante el resto del viaje. Procedieron a inyectarme una segunda dosis en un sitio donde podía escuchar el sonido del agua corriendo, quizás, en un riachuelo.

No me había quedado completamente dormido, pero si estaba “drogui” como si fuese un boxeador que había recibido varios puñetazos en el cuadrilátero. Apenas pude darme cuenta de que la “Blazer” se detuvo en un paraje donde reinaba el frío.

No sabía qué hora era. Quizás pasada la medianoche o de madrugada. Debido al sedante no podía distinguir la hora que marcaba mi reloj. Parecía la una y 20 de la mañana o las cuatro y cinco de la madrugada.

No estaba seguro, pues apenas podía ver por donde pisaba para no caerme y a un tipo que estaba de frente, parado sobre una jardinera con actitud muy ansiosa porque no dejaba de mirar a todos lados. Probablemente era el encargado de cerciorarse que nadie nos siguiera.

Había un poco de luz en el paraje que procedía desde una casa. Debía bajar por un camino mientras los secuestradores me colocaban una capucha blanca holgada. Estratégicamente solamente me permitía ver los pies para no caer, más la ayuda de dos hombres quienes sostenían mis brazos en caso de que tropezara.

Pese a que estaba mareado por la segunda dosis del narcótico, me obligaron a dar vueltas en mi propio eje antes de entrar a la celda. Giré varias veces sobre mí mismo y eso empeoró mi estado. Perdí más fuerzas y simplemente quería desplomarme en el piso. En el momento de mi secuestro yo tenía 38 años y estaba lleno de energía, pero humanamente me resultó imposible mantenerme de pie después de tanto ajeteo e inyecciones. Considero que soporté más de lo debido.

En medio del mareo alcancé a divisar una abertura en el piso. Era un pasadizo a una especie de sótano. Debía descender por una escalera muy empinada. De solamente imaginar cómo sería mi bajada en ese estado de mucha debilidad no aguanté más y me desvanecí por unos segundos apenas pisé el primer peldaño.

Cuando recuperé a medias la conciencia me percaté de que estaba en un sótano. Allí me quitaron la capucha, pero el camino no había terminado. Debía avanzar más. Era necesario atravesar por algo parecido a un túnel de una mina. Como el techo era bajo tuve que agacharme un poco para no golpearme en la cabeza.

La llegada al sitio de cautiverio

Al fondo se divisa tenuemente una luz. Hacia ese punto había que dirigirnos. Ese era el destino final. Era un reducido cuarto con una angosta cama que estaba colgada con bisagras a la pared, y tenía unas piolas para mantenerla doblada y así que haya un poco más de espacio. El sitio era semejante a un contenedor, pero de madera.

Más allá de mi cansancio, me senté en esa incómoda cama porque me lo ordenaron. Ya no podía distinguir a mis captores como si pude hacerlo en el momento que me atraparon en Guayaquil. Ahora todos estaban encapuchados con una especie de uniforme, que estaba basado en una tela jean azul. Ahí el único que todavía tenía el rostro descubierto era el "chileno" de nariz aguileña, quien me imparte las reglas del juego para conservar mi integridad mientras durara mi cautiverio.

Allí me desvistieron. En lugar de la ropa de oficina que tenía tuve que usar un pijama de color amarillo que me dieron, más un par de calcetines

gruesos y zapatos de caucho tipo Venus, pero sin cordones porque querían evitar que me hiciera daño con ellos. También me entregaron un cepillo de dientes para mi aseo personal. Pero mis prendas de vestir no fue lo único que me quitaron. Mis captores me despojaron de la billetera, dos llaveros, dos anillos y el reloj del que no había podido distinguir la hora.

Mientras me cambiaba de ropa el “chileno” me dijo muchas cosas, entre ellas, que me habían estudiado durante seis meses previo a mi secuestro. Obviamente eso me sorprendió y no tenía idea de cuánto tiempo estaría en esa situación. Y aquello no fue lo único que me perturbó. Pues también afirmó que conocían perfectamente cada movimiento de mi familia, hábitos, rutinas y que si quería salir bien librado debía colaborar.

Pero la cooperación no solo dependía de mí, sino de mi familia. El “chileno” me indicó que el motivo del secuestro era para extorsionar a mi familia. Sabía que teníamos una estabilidad económica debido a la prosperidad del negocio familiar.

La familia se enteró

De hecho, mientras yo estaba en camino hacia mi cautiverio, otros miembros de la banda que me secuestró se comunicaron con Ernesto Jouvin Cisneros, mi padre. Cuando fui liberado supe que lo llamaron alrededor de las ocho de la noche. Es decir, una media hora después de que me atraparon en el ascensor del ex edificio de Filanbanco.

La voz que mi papá escuchó en el auricular sonaba fingida, como si fuera de algún ciudadano español. Esa voz le indicó que debía bajar a recoger una misiva colocada en el zaguán del edificio familiar que estaba ubicado en la calle Luque, número 221. Contra su voluntad lo hizo, más que nada porque estaba preocupado. Ya le habían avisado acerca de mi secuestro.

El mensaje, que dejó estupefacto a mi padre y tenía evidentes faltas ortográficas y de puntuación, decía textualmente:

“Don Ernesto Jouvin tenemos a su hijo. Si lo quieren ver de nuevo no digan nada a nadie ni a la policía ni a los periódicos por el bien de todos. Si están dispuestos a cumplir todo respondan poniendo en avisos económicos del diario vespertino Extra en el apartado conjuntos y orquestas Oboe nuevo vendo en Circunvalación Sur 703. Si quieren perder a su hijo pongan Acordeón vendo nuevo Circunvalación Sur 703. Pongan respuesta lunes martes y miércoles. Atentamente. El comprador”.

Más allá de las faltas ortográficas, era el contenido del mensaje que abrumó a mi papá, quien lo tomó como una broma macabra, de muy mal gusto. Para él era algo irreal. No podía creer que lo que había leído, lo que en realidad me estaba ocurriendo. Yo era ignorante de lo que se vivía en Guayaquil porque durante el viaje estaba atento al recorrido y con la zozobra por no saber qué me ocurriría. Ni siquiera sabía por qué me habían secuestrado.

En aquella noche de jueves, luego de leer la nota, mi papá quiso comprobar la veracidad de su contenido. Sus únicos hijos éramos mi hermano José, el menor, y yo. Lo llamó y le confirmaron que estaba en su casa, pero cuando mi papá se comunicó con la mía, le dijeron que yo no había llegado. No estaba en mi hogar y se encendieron las alarmas en la familia. Muchas ideas merodearon por la cabeza de mi papá. Se preguntaba, ¿de dónde proviene semejante mensaje cargado de misterio? ¿Por qué los códigos para indicar una respuesta? ¿Por qué la firma “el comprador”? ¿A quién podría recurrir para conocer sobre mi paradero?

A esas alturas María Vernaza Requena, mi madre, ya estaba enterada de mi desaparición y sin perder tiempo se comunicó con el resto de los familiares para averiguar si yo estaba ahí o para indicarles que no había vuelto a mi residencia. En medio de eso pidieron asesoría a los amigos más cercanos e íntimos. Mi hermano José llamó a mi esposa Laura y le preguntó si yo había llegado. Ella dijo que no, pero no comentó nada con ella.

Con la incertidumbre sobre mi paradero intentaron dormir. Según me contaron tras mi liberación, no lo consiguieron y a las seis de la mañana del viernes 18 de diciembre estaban despiertos por el sonido del timbre telefónico. Otra vez fue esa voz extraña con acento español que ratifica a mi familia sobre mi secuestro. A mis padres les dice que estoy bien y que eso dependería de la colaboración de ellos.

Yo caí rendido durante la madrugada. Las dosis de sedantes que me inyectaron hicieron su efecto y me dormí profundamente. La noche de terror había prácticamente terminado, pero eso apenas era el principio. Fue el inicio de una tortura psicológica tanto para mí como para mi familia. El comienzo de 145 interminables días en los que no paraba de preguntarme: ¿Por qué a mí? De hecho, todavía me lo pregunto y es de lo que me gustaría abordar en el siguiente capítulo.



CAPÍTULO 2

**¿Por qué a mí?
¿Por qué yo?**

Aquellas palabras del “chileno” retumbaban en mi cabeza. Me había dicho que durante seis meses habían seguido mis pasos. Era inevitable preguntarme, ¿por qué a mí? De tantas personas, de tantos empresarios, ¿por qué yo?

Por eso en este capítulo trataré de responderme a esa inquietud que ha rondado por mi mente durante 40 años. Para este ejercicio necesito imperiosamente contarles mi historia y un poco la de mi familia, cuyo apellido está ligado íntimamente con la industria papelera en Ecuador. Sé que este episodio será muy extenso, con algunas anécdotas un tanto jocosas, pero es necesario.

Nací el 24 de abril de 1943 en Guayaquil y fui el hijo mayor de Ernesto Jouvin Cisneros y de Maria Vernaza Requena, distinguido empresario y político porteño, quien falleció en julio de 2007 a los 94 años

Pertenezco a la tercera generación de la dinastía empresarial que inició mi abuelo Jacinto Jouvin Arce en 1905 con la imprenta La Reforma, emprendimiento que con el paso de los años y las generaciones fue expandiéndose a otros negocios, sobre todo relacionados con la industria papelera en Ecuador.

Antes de contarles mis inicios quiero abordar un poco sobre la historia de mi familia, de mis antecesores. Empezaré con mi abuelo Jacinto, quien a su vez fue nieto del francés Louis August Jouvin, procedente de una dinastía de guanteros en su natal Grenoble que no tuvo acogida en Ecuador debido al calor de Guayaquil y las diferentes costumbres porteñas. Con ese clima nadie usaba guantes en la ciudad.

Según los relatos que escuché de mis mayores y que están registrados en nuestro libro familiar escrito en honor de mi abuelo Jacinto Jouvin Arce y su descendencia, llamado “Los Jouvin”, escrito por mi hermano y la historiadora Jenny Estrada, mi abuelo Jacinto había atravesado muchas dificultades económicas, que se agudizaron con la muerte de su padre Juan en 1895. Esto último ocurrió cuando mi abuelo tenía 12 años, pero nada lo detuvo, pues una de sus primeras pasiones fue la fotografía.

Gracias a los hermanos Lumière, la fotografía, más de allá de un arte, era toda una novedad en Guayaquil durante aquellos días. Entonces, mi abuelo consiguió un empleo como ayudante del fotógrafo durante los fines de semana en los parques de la urbe. Eso le permitió aprender el proceso de las imágenes, algo que le sirvió para sus próximas actividades, entre ellas, la imprenta.

No obstante, el histórico “Incendio Grande”, tragedia ocurrida el 5 de octubre de 1896 afectó el desarrollo económico de la ciudad y eso agudizó la crisis de los Jouvín. Aquel flagelo, que duró dos días, dejó muchas pérdidas porque abarcó gran parte del casco comercial guayaquileño. Empezó en las calles Aguirre y Malecón (lo que hoy es frente a la acera del edificio de la Gobernación del Guayas) y llegó hasta el barrio Las Peñas. Según registros de los diarios de la época, alrededor de 8.000 familias quedaron sin hogar.

El problema es que debido a las pérdidas materiales no había sitio donde trabajar. La ciudad debía levantarse literalmente de las cenizas y lo consiguió en cuestión de meses. El Puerto Principal reanudó sus operaciones comerciales con la llegada de buques cargados de hierro, planchas de zinc, mobiliario y más.

Pasaron los años y la ciudad había crecido en número de habitantes de 60.000, registrados poco antes del “Incendio Grande” a 100.000 durante el primer lustro del siglo XX. Para entonces, mi abuelo se había graduado del colegio Vicente Rocafuerte, que entonces era llamado San Vicente, y posteriormente estudiar Derecho en la Universidad de Guayaquil, plan que fue interrumpido cuando cursaba el tercer año.

La situación financiera en casa de los Jouvín todavía era apremiante y la necesidad de trabajar era imperiosa. Por eso mi abuelo dejó sus estudios universitarios para aceptar un nombramiento como maestro rural de una escuela primaria en la Isla Puná. Allí debía llegar en balandra.

Como era apasionado por las letras, a través de la lectura, tuvo la oportunidad de recibir una mejor remuneración que la de profesor cuando su amigo Federico Reynel lo invitó a trabajar en su periódico El Grito del Pueblo. Allí ejerció dos funciones: durante el día era reportero y por las noches fue aprendiz de tipógrafo en la imprenta de la empresa. Ese fue el punto de inflexión para el inicio de La Reforma.

Con los conocimientos adquiridos mi abuelo adquirió una prensa de marca Liberty, modelo N° 5, que era accionada con un pedal, un chibalete tipográfico -muy semejante a un pupitre escolar de madera, donde se archivan las letras fundidas en plomo, que se usaban para las impresiones tipográficas- y una guillotina de mano para cortar papel. Pese la situación precaria de la familia, se esforzó en comprarla, sobre todo porque estaba usada y el precio para la época era una ganga: mil sucses.

Aquella prensa estaba en buen estado, pese a que era de segunda mano y de propiedad del entonces jurisconsulto Aurelio Noboa Baquerizo. Luego de solicitar algunos préstamos y pagar a plazos, mi abuelo obtuvo la prensa el 15 de junio de 1905. Tenía 22 años de edad.

Nació La Reforma

El emprendimiento de Jacinto Jouvin Arce tenía mucha competencia, pues no era la única imprenta de la ciudad. Aparte de la que funcionaba en el periódico El Grito del Pueblo había otras 16, entre ellas la de los diarios El Telégrafo, El Comercio -sucursal en Guayaquil-, El Tiempo y El Ecuatoriano.

Otras prensas operaban en las empresas La Unión, El Sol, Progreso, Mercantil, Sociedad de Tipógrafos, Sucre, Infantil, Imprenta Antonio Pages, La Constancia, Idea Libre, Guttenberg y Talleres de Artes Gráficas.

Mi abuelo instaló su negocio en una covacha alquilada en el antiguo edificio de la Sociedad Italiana Garibaldi, que en esos días funcionaba en la calle Chile 305. Allí dispuso de un mostrador que era atendido por él mismo y Manuel Escandón, un asistente a quien contrató.

Pero ambos no esperaron a los clientes en el mostrador. Fueron a buscarlos en casas comerciales de importación y exportación, además de instituciones bancarias de la época para ofrecerles la impresión de formularios, sobres manufacturados, papeles membretados para cartas, tarjetas de presentación y todo lo relacionado a útiles de oficina. Evidentemente ahí había un nicho que explotar.

La clave de su paulatino éxito fue ofrecer servicios con calidad y precios justos. Durante el día se alternaba con Escandón para visitar a los clientes, pero sin descuidar el mostrador, mientras que los servicios ofrecidos eran elaborados durante largas jornadas nocturnas con apenas la débil luz de un candil.

Durante los fines de semana la prensa salía de la covacha y era trepada en una carretilla de mano para su traslado hacia las plazas públicas de Guayaquil. Ahí colocaba un cartel con el nombre Imprenta La Reforma y delante de los transeúntes imprimía tarjetas personales, entre otros servicios. Aquello fue estratégico porque la gente se familiarizaba con el nombre La Reforma y eso, obviamente, generaba más ganancias.

Los ingresos no solo permitieron el pago total de la Liberty, pues mejoró la situación económica de los Jouvin. Mi abuelo invirtió en los mejores

materiales para ofrecer el mejor servicio posible, sin descuidar el ahorro, e, incluso, pudo contratar a Leonidas Cazares, un nuevo empleado.

Él, Escandón y Jacinto Jouvin Arce dejaron la covacha de la calle Chile y se mudaron a Luque 111, sitio que en 1908 se convirtió en la primera sede de Filanbanco, entonces conocido como Banco La Filantrópica, razón social que se mantuvo hasta 1960 en que la institución fue adquirida por la familia Isaías.

En ese lugar se ampliaron los servicios, ahora se producían *blocks* de papel, libretas para cuentas, papel ministro membretado, más las impresiones de sobres, tarjetas y rayado para libros de contabilidad con encuadernaciones de cuero para darle un toque de sofisticación a sus trabajos. Y a eso se añadía la elaboración de tarjetas para eventos sociales como bautizos, matrimonios con texturas en alto relieve y letras doradas.

Los primeros desafíos

La Reforma ya era conocida en el mercado, pero la materia prima para trabajar era costosa y no siempre estaba disponible. Era necesario importar para mantener el negocio, tal como lo hacían las imprentas de la competencia. Y lo hizo, a través de contactos con fábricas de papel alemanas y neerlandesas. En medio de eso, la Liberty ya no era suficiente porque la clientela había aumentado y se requirió otra prensa usada, que podía funcionar eléctricamente, para atender la demanda de consumidores.

Era una época de transición entre la luz de candil por la energía eléctrica instalada en ciertas zonas céntricas de la ciudad, aunque no faltaban los apagones. La electricidad impulsaba el motor que estaba adaptado a los pedales de la prensa para garantizar un servicio más rápido y efectivo.

Había que amoldarse a los cambios para crecer, pues para negociar con firmas extranjeras era indispensable modernizarse y el romanticismo de la vieja prensa artesanal se iba relegando poco a poco. Era avanzar o estancarse y aquello implicaba el aumento de empleados con su respectiva capacitación para el manejo de la nueva maquinaria.

Mi abuelo se casó en 1911 con Obdulia Cisneros con quien procreó a cinco hijos, entre ellos mi padre Ernesto, nacido dos años después. Mis tíos eran Jacinto, María, Violeta y Augusto, quien falleció en 2020 a los

100 años de edad. De ellos, los tres varones fueron quienes encabezaron la segunda generación de la dinastía Jouvin.

Antes de eso, mi abuelo Jacinto incursionó en la importación de papel, que luego vendía y le permitió una mejor solvencia como para comprar el solar y la covacha donde había funcionado la primera imprenta.

Luego, en 1913, el año en que mi papá nació, Jacinto Jouvin Arce dispuso la construcción de una casa de madera con dos pisos. El primero fue destinado para la residencia de la familia, mientras que en la planta baja funcionaba el negocio. El local propio, en la calle Chile, entre Luque y Aguirre, estuvo listo al año siguiente.

Otro desafío fue solicitar la materia prima extranjera a los alemanes con anticipación luego de escuchar los primeros informes radiales acerca de la inminente I Guerra Mundial. Muchos emprendimientos resultaron afectados, menos La Reforma gracias a la previsión de mi abuelo.

Él incursionó en la litografía, al año siguiente, en 1915 cuando el conflicto armado estaba en pleno apogeo. Esta novedosa técnica de impresión, para la época y que consistía en trazar dibujos, fotografías o textos sobre una piedra calcárea o una plancha metálica. El objetivo era reproducir la mayor cantidad posible de copias basadas en una imagen original.

La Reforma había crecido en 1920, dos años después de haber finalizado la guerra. Tenía seis chibaletes para tipografía, más dos pequeñas prensas para la impresión de hojas tamaño carta, una accionada a pedal y la otra a motor. A eso se agregaron tres Liberty, tres prensas italianas de marca Minerva y una guillotina a motor para cortar papeles Kraft, que son resistentes, de textura gruesa y gramaje diverso.

Mi abuelo también adquirió un linotipo a créditos, financiado a largos plazos, pero con bajos intereses; más una troqueladora para sobres, cosedora manual y perforadora. Con todo eso la razón social de la empresa mutó de Imprenta La Reforma a Librería e Imprenta La Reforma, Casa Editorial Jouvin y finalmente a Litografía a Imprenta La Reforma.

La segunda generación

A mediados de la década del 20, mi papá Ernesto y mi tío Jacinto habían iniciado sus estudios secundarios en el colegio Vicente Rocafuerte, mientras que Augusto todavía cursaba la primaria. Los tres

constituyeron la segunda generación y desde muy jóvenes ya estaban atentos sobre el negocio familiar.

Mi tío Jacinto fue el primer en integrarse cuando mi abuelo le cedió una esquina de su escritorio para que ahí realizara las tareas del bachillerato en 1926, invadido por el olor de la tinta y el sonido de las máquinas. No solo hacía los deberes, pues quedaba a cargo mientras mi abuelo descansaba luego del almuerzo familiar que era la transición entre la primera y segunda jornada laboral. Mi tío bajaba alrededor del mediodía a su puesto.

Mi abuelo valoraba esa iniciativa y le enseñó a sacar costos de la mercadería, a través de una hoja en la que mi tío debía anotar el valor de la factura y la cantidad cancelada en sucres. También lo instruyó con los valores de los derechos aduaneros, el pago a los cargadores y otras diligencias.

Mi papá, quien desde ya tenía destreza para el manejo de las cuentas, se involucró poco tiempo después de mi tío. Por eso la primera misión que mi abuelo le asignó fue la de realizar los depósitos en el Banco de Descuento, institución que en 1920 había fundado Carlos Julio Arosemena Tola, ex presidente del Ecuador. Quién diría que años después yo me casaría con su nieta Laura.

Con la incursión de la segunda generación hubo cambios. La empresa pasó a llamarse Litografía e Imprenta La Reforma, Jacinto Jouvin Arce e Hijos y Cía. en 1938, al mismo tiempo que la empresa se convertía en la primera que recurrió al sistema Offset con la adquisición de una máquina para la composición e impresión de imágenes que reemplazó a la artesanal litografía y calcados.

El Offset funciona con la aplicación de tinta sobre una plancha metálica, compuesta generalmente de una aleación de aluminio. Ese sistema permitió la elaboración de un nuevo producto: los cuadernos La Reforma, los primeros a nivel nacional, pues en aquellos días se los importaba de España. También llegaban cuadernos franceses.

Para su elaboración se requirió de papel Ledger, que es resistente al uso del canutero y la tinta para escribir. Este material también era apto para impresiones en la entonces novedosa Offset. Mi tío Jacinto había convencido a mi abuelo para incursionar en este servicio.

Tras el deceso de mi abuelo en 1946, mi tío Jacinto y mi papá, quienes tenían 35 y 33 años de edad, se hicieron cargo formalmente del negocio

familiar que lo conocían perfectamente luego de un largo aprendizaje con el fundador. No fue fácil la transición del cambio generacional porque había coincidido con el final de la II Guerra Mundial, que causó restricciones en la importación, y el conflicto bélico que Ecuador había pasado en 1941 con Perú.

Mi tío Augusto fue puntal en la comercialización porque él creó el sistema de mercadeo, vía distribuidores, inexistente para la época, a través de los cuáles llegábamos a todo el país con nuestros productos: cuadernos, bolsas de papel, sobres, y papel higiénico, entre otros. Los papeles higiénicos eran importados al principio, posteriormente comenzaron a convertirlos en la planta de Juan Montalvo y Escobedo.

Debido a la guerra no se podía importar de Europa y por eso los Jouvin Cisneros recurrieron a proveedores de papel, oficina, útiles escolares y más en Estados Unidos, Canadá, Chile y Argentina.

Ellos fueron uno de los más exitosos grupos gerenciales del país. Llevaron a un sitio de crecimiento tal a la empresa, que prácticamente tenía un cuasi monopolio, llegaron a tener cuando menos el 70% del mercado en cada rubro de los que incursionaron.

La tercera generación, la mía

Como el mayor de los hijos de Ernesto Jouvin Cisneros fui el primer representante de la tercera generación en integrarse al negocio familiar. Lo hice como asistente de gerencia de producción bajo las órdenes de mi tío Jacinto en Industrial La Reforma, mientras mi hermano menor estaba en la universidad y algunos primos todavía cursaban la secundaria. Pero antes de contar cómo llegué a ese cargo, quiero empezar por mi infancia que estuvo marcada por una frágil salud.

Tres años antes de que mi abuelo falleciera nací con problemas respiratorios. Mi pecho emitía el sonido semejante a un pitido. Los remedios de la época eran insuficientes para curarme, pues la ciencia no estaba tan avanzada como ahora.

Me contaban mis mayores que durante mi niñez viajaba mucho por recomendación médica para tratar mi enfermedad. Los galenos sugerían que me llevaran a los balnearios para respirar aire yodado. También íbamos con frecuencia a la Sierra, sobre todo a Riobamba, la ciudad natal de mi abuela María Obdulia, quien fue educadora y por muchos años residió en Guayaquil.

No obstante, el remedio fue peor que la enfermedad porque en Riobamba contrae meningoencefalitis. Las membranas que rodean el cerebro y la médula espinal se habían inflamado. A esas capas o membranas se las conoce como meninges. Probablemente tuve una infección viral porque mi sistema inmunológico era muy débil y con las defensas bajas estaba propenso a cualquier enfermedad. También existe meningoencefalitis causada por infecciones bacterianas, parasitarias y micóticas.

En aquellos días la meningoencefalitis era considerada como una enfermedad mortal o por lo menos dejaba secuelas marcadas en el cerebro. De hecho, en Guayaquil existían dos casos más de personas con el mismo mal en esa época. Se trataba de niñas. Una de ellas murió y la otra quedó con una discapacidad mental. A esta última la conocí, pero prefiero reservarme su identidad por cuestión de sensibilidad y respeto. Yo quizás tenía un par de años cuando enfermé de eso.

Desconozco cómo fue que me sané de esa enfermedad tan grave. Considero que fui destinado para todo lo que he vivido y puedo contar en estas líneas. Son hechos que fortalecieron mi personalidad. No soy de aquellos se rinden.

Mi problema respiratorio se debía al asma y por eso mi pecho silbaba. Los médicos llaman sibilancia a eso. Yo sentía opresión en el tórax, me ahogaba y tosía mucho por las noches.

Durante la adultez supe, a través de alergólogos en Estados Unidos, que yo era alérgico al polvo guardado, que también generan ácaros, una subclase de arácnidos tan pequeños que no se ven y habitan en zonas húmedas o de climas templados. Hay diversidad de ácaros, pero los más comunes son los del polvo doméstico, que afectan a la piel. Y esos ácaros eran los que provocaban el asma.

Además, nací en un ambiente con maquinarias, bodegas y más en los que inevitablemente se almacena el polvo, más mobiliario con cierta antigüedad y todo eso me afectó prácticamente desde que llegué a este mundo.

El asma fuerte me acompañó hasta la adolescencia, luego menguó considerablemente. Pero más allá de la fragilidad en mi salud, inicié de inmediato mi formación académica.

Cursé la preparatoria en la escuela Pedro Martínez Guerrero en el barrio Cuba, luego la primaria en el Cristóbal Colón y después mis padres

me enviaron a Quito para estudiar en la Academia Militar Ecuador, que en la década del 50 era muy prestigiosa. El cambio de clima era necesario para mi salud. El inicio de clases en la Sierra es diferente a la Costa, pues es desde septiembre. En Guayaquil siempre empezó en mayo, ahora en los últimos días de abril.

Volví a mi ciudad en diciembre para celebrar la Navidad y el Año Nuevo, pero lucía amarillento porque contraí hepatitis. No recuerdo cuál tuve, pero fue moderada, quizás viral por el consumo de algún alimento contaminado en la Academia.

Los médicos en Guayaquil me recomendaron reposo absoluto. Pasamos aquellas fiestas en la casa que mi papá había comprado en Salinas, que entonces era solamente un pueblo pesquero y no el destino turístico que es hoy. Yo permanecí casi inmóvil en un *chaise longue*, es decir, una silla reclinable con la mirada frente al mar.

Después de haber superado la hepatitis me inscribieron en el colegio Javier. Por el choque de horarios entre Quito y Guayaquil tuve que repetir el segundo curso dos veces. Ahí me quedé hasta que me gradué a inicios de la década del 60.

Tuve mi etapa de bohemio irresponsable, con carros deportivos, lancha, guitarras, boleros y chicas lindas, siempre acompañado de muy buenos amigos que hice durante mi juventud y época escolar. Algunos de mis amigos se adelantaron en el viaje eterno, pero con otros todavía tengo contacto hasta que aquel de arriba nos diga: "no va más". Guardo en mi corazón los recuerdos de una época dorada con ellos. Pero aún esa etapa me dejó algunas enseñanzas. La principal: el convencimiento de que había que "sentar cabeza".

Don Nico

Tengo una anécdota de mi época colegial en el Javier. Resulta que yo no era bueno para las matemáticas y tenía un profesor llamado Nicolás Escandón, quien era muy estricto para esa materia. Era un hombre bajito, con una expresión dura en su cara, no lo vi reírse o sonreírse nunca. Sin embargo, me gradué y pensé que nunca más vería a ese docente. Simplemente en clases no le entendía nada. Era como si me hablara en otro idioma. No era el único, otros compañeros tenían el mismo problema. Incluso, mis padres contrataron a un maestro español particular para nivelarme.

Lo que mis padres y yo no sabíamos era que mi profesor del Javier y el particular eran enemigos personales, “a muerte”. El de mi colegio estaba convencido de que no pasaría de curso, ni me graduaría, pero con la ayuda del español, “contra viento y marea” lo conseguí. Para ser honesto, yo era vago en aquellos días. Más bien fui enamorado hasta que me enamoré de verdad y me casé. Ahora llevo más de 50 años con la misma mujer: Laura Arosemena. De ella les contaré más adelante.

Pese a que no fui un buen alumno y prefería escuchar la música de la Sonora Matancera y de otros artistas de moda, hubo materias con las que tuve afinidad como la historia o la gramática.

Pero la anécdota con mi profesor no terminó en el colegio, pues me matriculé en la Universidad Católica para estudiar ingeniería comercial. De hecho, era la primera promoción porque la institución había abierto recién sus puertas en 1962 y yo tenía 19 años. Me había acostado a las tres de la mañana y me levanté a las seis para ir a mis primeras clases universitarias. Como había pasado mala noche me senté al fondo del salón para pasar inadvertido.

De repente, en medio de mi somnolencia, alcanzó a divisar al profesor, de baja estatura, que entraba por la puerta. Sí, era el mismo que tuve en el colegio y no lo podía creer. Él se ubicó en su escritorio para pasar lista de asistencia, pero sin mirar a ninguno de los alumnos.

Hasta ese momento él no tenía idea de mi presencia en el aula hasta que leyó:

-¡Jouvin Vernaza Ernesto Jacinto!"

-¡Presente!-, respondí.

Se detuvo por unos segundos, volvió a leer mi nombre y me preguntó:

-¿Eres tu gordito? ¿dónde estás?

-¡Acá Don Nico, acá al fondo!

No salía de su asombro y me dijo:

-¿Qué haces aquí? Tu no sirves para esto, deberías retirarte. Ni pierdas el tiempo, lo único que harás es calentar puesto. Conmigo te vas a quedar de año.

No fue la única vez que me lo dijo, lo hacía cada día en que entraba al salón. No me importaba cuando esto me lo decía permanentemente en el

colegio. Mis compañeros y amigos de toda la vida sabían bien como era yo, y más bien era motivo de bromas, pero ya en la Universidad, donde había personas que no me conocían, si me molestaba.

Decliné la idea de estudiar ahí, sobre todo por el *bullying* al que estaba sometido diariamente con ese docente.

Tampoco quería ir a la Universidad de Guayaquil, la Estatal, porque en aquellos días ya estaba muy politizada y era un desastre porque había demasiadas huelgas durante cada semana. Entonces, opté por seguir mi carrera universitaria en Washington, Estados Unidos.

Me matriculé en la Strayer Junior College, que estaba en el centro de la capital estadounidense, cerca de la Casa Blanca. Durante dos años ahí estudié administración de negocios. No era tampoco la más prestigiosa universidad de la ciudad porque no estaba seguro si me iba a gustar estudiar en inglés porque poco sabía hablar en ese idioma.

Lo que sabía de inglés era de unos cuantos cursos a los que mi familia me había enviado a estudiar durante mis vacaciones anuales de colegio y con cierta fluidez podía comunicarme como turista, pero no como para entender la terminología técnica de una carrera universitaria. En Washington, en esa época, permanecía poco más de un mes en casa de familias que me acogían tras la gestión que hacía una amiga de mi mamá.

Mi esposa, descendiente de presidentes del Ecuador

Tras mi paso por la Strayer Junior College, es decir, al tercer año, me fui a la American University donde obtuve el título en administración de negocios. Entre las idas y venidas de Ecuador a Estados Unidos me encontré con “la horma de mi zapato”, mi esposa Laura.

Yo conocía a Pablo, un primo hermano suyo a quien llamábamos “Pabucho”. Entonces, un día fui a visitarlo y estacioné mi carro frente a la casa de su abuela, viuda del expresidente Carlos Julio Arosemena Tola, y quien también se llamaba Laura, pero de apellidos Monroy Garaycoa. En La familia la llamaban “Mamá Laurita”.

Él respondió que bajaría de inmediato, pero de repente, escuché otra voz que provenía de la ventana y con eso se produjo el siguiente diálogo casual:

- *Ernesto, Ernesto*. Era la voz que provenía de una muchachita. Tenía solo 14 años en ese momento.

- *Sí, soy yo. ¿Quién es?*

- *Soy Laura.*

- *Ah, qué tal-*, le respondí con mucha cordialidad.

- *¿Nos puede llevar a mí y a mis primas Sandra y Beatriz a la peluquería?*

Al parecer le habían dicho a “Pabucho” que las llevara, pero él no quería y lo hice yo. Cuando él bajó de la casa se encontró con que Laura, Sandra, hija de Carlos Julio Arosemena Monroy y otra prima, llamada Beatriz, ya estaban embarcadas en los asientos posteriores de mi carro.

Las llevé a la peluquería y me pareció muy amena la compañía de Laura. Entró tanto en confianza que me pidió que las recogiera después de que las atendieran en el salón de belleza. Era la primera vez que la veía y yo encantado de recogerla. Su tío Carlos Julio había asumido la presidencia de la República tras el derrocamiento de José María Velasco Ibarra. En esos días mi papá fue nombrado ministro de economía y pasaba mucho tiempo en Quito por lo que gozaba de libertades.

Después de eso coincidimos en varias reuniones sociales, sobre todo por la cercanía que yo tenía con su primo. Aprovechaba para verla durante las vacaciones que me concedía la universidad. Vi cómo pasó de una adolescente a una mujer. Soy mayor que ella con cuatro años, pero parecía adulta por la forma de vestir que tenían las mujeres en esa época.

“In Fraganti”

Una anécdota jocosas fue la vez que Laura viajó a Washington, donde estudiaba su hermano Guillermo en la universidad Georgetown, y llegó a la casa del embajador Galo Leoro, casado con Aglae Monroy, prima de mi suegra Leticia. Guillermo había sido mi compañero de clase en el colegio Javier. Decidimos irnos a New York los 3 en un carro nuevo que acababa de comprar. Llegamos al hotel y Guillermo y Laura querían una sola habitación para ellos dos, como hermanos que eran. El hotel no lo permitió, pues ella era menor de edad, por lo que tuvimos que tomar 3 habitaciones. Yo tenía 22 años y ellos 21 y 18 respectivamente. Guillermo y yo, a pesar de nuestra corta edad nos sentíamos muy adultos y responsables. Nos fuimos al Central Park, donde había gente patinando en hielo y nos sentamos a ver este espectáculo que no era común en Guayaquil, ciudad tropical donde nunca nieva. Guillermo quiso ir a buscar un libro en una librería que estaba a pocos metros de la mesa donde

estábamos sentados y nos quedamos solos. Para nuestra sorpresa nos encontramos con unos tíos y sus primas que habían ido de vacaciones para allá. Nos sentimos muy avergonzados, “pescados in fraganti”, en una época que no se concebía que una pareja de jóvenes solteros como nosotros anduviésemos solos. En Guayaquil era la época de las “chaperonas”. Comenzaron las explicaciones, hasta que apareció Guillermo y todo se normalizó. Para mí fue un tremendo susto y me sentía como un irresponsable por haber puesto a Laura en esa situación, que por lo demás era absolutamente normal, pero las costumbres de la época eran muy severas en ese sentido.

Mis “pininos” en el negocio familiar

Laura y yo nos casamos el 2 de junio de 1967. Yo tenía 24 años, más un título bajo el brazo y ella 20. Juntos procreamos a Ernesto Jr. (54 años), Roberto (52) y Guillermo (47). Al mismo tiempo en que estudiaba en la universidad me iba interesando más en el negocio que había fundado mi abuelo Jacinto y eso me permitía proyectarme con la familia que estaba formando con Laura.

Yo nací rodeado de resmas de papel y tarros de tinta porque en el primer piso alto del edificio en Luque 221, donde yo vivía, estaban los talleres de la imprenta La Reforma, mientras que en el segundo piso alto vivía mi tío Jacinto con sus hijos. Uno de esos hijos era mi prima Silvia Jouvin Márquez de la Plata, quien se casó con el jurisconsulto Emilio Romero Parducci, de quién me hice muy amigo. Él fue una de las personas que estuvo con mi hermano Pepe cuando coordinaban mi rescate. Yo ocupaba la tercera planta con mis padres y hermano.

Mi área de juego era la escalera y el zaguán, luego me cruzaba al primer piso con una pelota. Entraba a la planta y me enredaba con las resmas de papel. El edificio tenía una construcción compacta con hormigón armado. Era prácticamente un *bunker* en el que se podían alojar los talleres de la imprenta.

Luego cerraron la planta para trasladar la maquinaria a las calles Juan Montalvo y Escobedo, pero entonces ya me estaba interesando en su funcionamiento. Cuando la planta se mudó, mi tío Augusto se trasladó al primer piso de la antigua sede con su familia.

Mi papá se fijó en mi interés en el negocio familiar y me asignó tareas por temporadas en el área de contabilidad durante la transición del sexto curso de colegio y mi ingreso a la universidad en Washington.

Una anécdota simpática fue que antiguamente se escribían los asientos contables de los Diarios y el Mayor en libros gigantescos, semejantes a los tomos que archivan periódicos viejos. De hecho, medían aproximadamente un metro de cada lado con sus respectivos rayados de las columnas en las hojas que debían llenarse con mucha exactitud. De paso, se requería canutero y excelente caligrafía para escribir en esas hojas de contabilidad.

Era difícil escribir con el canutero porque había riesgo de que la tinta manchara las hojas y mi letra era un desastre. No había excusa para equivocarse con alguna cifra y no se podía corregir porque eso era ilegal. Precisamente eso me ocurrió. Al día siguiente llegó el contador de apellido Bravo, quien habitualmente me orientaba para esa tarea, y notó mi error.

- ¿Qué estás haciendo Ernesto? ¿Cómo se te ocurre hacer esto? Es ilegal- me decía muy alterado.

¡Don Ernesto saque de aquí a este muchacho antes de ocasionar que me lleven preso! - fue el resto de la exclamación desesperada del contador porque legalmente él era el responsable, más allá de si fui yo quien se equivocó.

El contador tuvo que anular las dos páginas que yo había dañado y debió pedir una justificación ante el organismo tributario que regía en Ecuador antes del SRI (Sistema de Rentas Internas). Antes se llamaba Dirección General de Rentas.

Cuando terminé la universidad en Washington fui designado por el directorio de Industrial La Reforma para trabajar con mi tío Jacinto como asistente de producción.

Mi idea de reinversión empresarial

No obstante, conversaba también con Augusto, mi otro tío, quien era más cercano a mí en cuanto a edad y mentalidad. Él era un genio comercial y de mercadeo para la época.

Entre esas charlas coincidimos que Industrial La Reforma necesitaba expandirse. Ya habíamos llegado a nuestro techo en cuanto a los negocios relacionados con la imprenta. Debíamos reinventarnos o nuestro destino inmediato sería la desaparición de la empresa ante la competencia que existía. La empresa no podía crecer más horizontalmente porque, como lo mencioné anteriormente, lideraba aproximadamente el 70% en todas sus líneas de productos.

La idea que le planteaba a mi tío era la incursión en una fábrica de papel higiénico. Después de tanto insistir, lo convencí para ir a Panamá, Colombia y Perú. En este último país, cuya compañía estelar del papel es Paramonga, nos abastecíamos de las bobinas para la fabricación de este producto.

Mi tío Augusto, mi papá y su hermano Jacinto ya habían contemplado la idea de la fábrica de papel, pero no se planteaban cuándo ejecutarla hasta que yo los empujé a eso. Ahí mi tío Augusto me secundó.

Originalmente Paramonga surgió como un ingenio azucarero, que en el camino descubrió cómo producir papel Bond con el bagazo de la caña de azúcar e importaban la pulpa virgen para la fabricación del papel higiénico. Estas bobinas de papel Bond y papel higiénico las importábamos al Ecuador, mientras que a Panamá fuimos para conocer una empresa de allá. Con el Bond hacíamos los cuadernos La Reforma.

En Panamá conocimos la compañía que fabricaba papel, a través de una gestión que mi tío hizo con un señor de apellido Lewis, mientras que en Colombia apreciamos el molino de la International Paper en la fábrica Propal, que todavía está en funciones y ahora lleva el nombre de Carvajal S.A.

Durante el viaje aprendí el proceso de fabricación que detallaré a continuación porque eso me sirvió para innovar en diversas áreas. Empecemos por ambientarnos con la época.

Era 1967, el papel se elaboraba con el pino radiata. Ese árbol era talado cuando alcanzaba un determinado grosor y después pasaba por una máquina que lo descortezaban. El siguiente paso era cortarlo y convertirlo en astillas, que eran colocadas en unas máquinas llamadas digestores, que eran muy parecidas a las ollas de presión, pero de capacidad industrial y con químicos. La cocción en los digestores transformaba las astillas en una pasta, también conocida como fibra.

La fibra es también conocida como pulpa, que al unirse se convierte en papel. Al tomar un trozo se pueden apreciar, a contraluz, unas pelusas. Esas son las fibras. Cuando la cocción ha terminado y la pulpa se ha secado pasa a convertirse en fardos o bobinas, que pueden pesar hasta una tonelada.

De ahí intervienen quienes tienen molinos y negocian con los que fabrican la pulpa. Toman el producto y lo pasan a una máquina despulpadora, conocida también como pulper, que es el inicio de toda

fabricación de cualquier papel, salvo que el fabricante de la pulpa esté integrado y fabrique también papel.

El pulper no es otra cosa que una batidora industrial en la que se licúa la pulpa antes de someterla a un proceso de limpiadora en máquinas centrifugas y lavadoras que les quita cualquier impureza.

Para fabricar papel reciclado, se sigue el mismo proceso, pero además se lo somete a un proceso de destintado y lavado.

Después de eso la pulpa limpia se la bombea a la máquina de papel para su elaboración y enrollamiento en bobinas.

Luego de conocer todo ese proceso y ver la maquinaria que se utiliza para ejecutarlo en Perú y Cali, mi tío Augusto y yo nos preocupamos por lo complicado que resultaría el traslado y montaje de esos equipos muy grandes, más la generación de vapor y energía eléctrica que íbamos a necesitar. Hasta entonces nosotros estábamos acostumbrados a máquinas más pequeñas para impresión, conversión y más. Sabíamos también que se requería de una fuerte inversión.

Con esa preocupación tras lo visto en Perú nos fuimos a Panamá y conocimos al señor Lewis. Nuestra sorpresa es que su negocio está basado en maquinaria pequeña con relación a lo que habíamos apreciado recientemente en Perú y Colombia.

Hay una anécdota curiosa. Resulta que en el 2005 fui designado embajador en Panamá. Al presentar mis cartas credenciales fui recibido por el presidente de la República de Panamá, Martín Torrijos Espino, más su canciller, que también ostentaba el nombramiento de vicepresidente. El apellido del canciller y vicepresidente era Lewis. Resultó que este último era el hijo del señor Lewis que habíamos conocido años atrás con mi tío Augusto.

La expansión en Babahoyo

Antes de regresar a Guayaquil, mi tío y yo nos contactamos con una compañía de papel llamada Atlas, que había sido instalada por Knut Bergard, un ingeniero sueco. Encontramos al profesional ideal para que hiciera lo mismo por nosotros. Entonces, le pedimos por carta que viniera al Ecuador para instalarnos las maquinarias con las que produciríamos el papel higiénico. Él nos presentó un estudio de factibilidad con su respectiva cotización.

Mi tío Augusto le propuso la asesoría para comprar y montar las máquinas. Bergard aceptó. Para ejecutarlo llegó a Guayaquil acompañado por un español y un argentino, de quienes no recuerdo sus nombres. El hispano, quien era el técnico, falleció pocos meses después, pero no tenía familia que repatriara sus restos y por eso nosotros lo sepultamos. Lo vi morir de un infarto en la oficina que compartíamos.

Eso retrasó el montaje, pues Bergard era el diseñador macro del proyecto, pero necesitaba del técnico profesional papelero para que se encargara de terminar el montaje de lo micro. Resultó que en aquella época Papelera Nacional había terminado de montar su molino de papel y necesitaba de un profesional con esas características. Es decir, un técnico profesional papelero para que empezarán a funcionar.

Las compañías asociadas al ingenio San Carlos eran Grace & Co y la International Paper, que buscaron a ese ejecutivo en Estados Unidos. La persona contratada fue el ingeniero Alfonso Sáenz Alomía, ecuatoriano de origen ibarreño. Una vez arrancado el molino, Alfonso renunció y estaba por regresarse a los EEUU. Un amigo mutuo lo llevó a que se entrevistara con mi Papá, quién lo contrató enseguida.

Antes de adquirir todos sus conocimientos en la industria del papel, Alfonso Sáenz Alomía fue guardiamarina y ganó una beca que fue ofrecida, además de calificada, por la embajada de Estados Unidos, para formarse en la Academia Naval Annapolis, la más prestigiosa en ese país.

En aquel tiempo formó una familia con una estadounidense. Con ella procreó y al terminar sus estudios regresó al Ecuador, a la base naval de Salinas, población que en aquellos días solamente era pesquera y no turística como hoy.

Su esposa no se acostumbró a esa vida en Salinas y volvieron a Estados Unidos donde él consiguió empleo en una fábrica de papel, pero desde el puesto más modesto porque desconocía acerca de ese negocio. No obstante, el título de ingeniero mecánico que obtuvo en Annapolis fue insuficiente para obtener un mejor cargo y por eso continuó estudiando en la universidad.

Acudió a clases en la universidad durante las noches, después de las largas y agotadoras jornadas laborales, que le permitieron ascender a posiciones gerenciales. De hecho, no se conformó y también cursó un masterado en finanzas.

Cualquiera no podía montar este tipo de maquinarias porque se requería de precisión milimétrica. Cualquier error de cálculo impedía el funcionamiento y en consecuencia pérdidas, tanto de inversión como de producción para La Reforma. De hecho, fue un proceso largo de ensamblaje que empezó en 1968 y concluyó en diciembre de 1969. El arranque de la planta de La Reforma, que instalamos en Babahoyo, fue durante la primera semana de 1970.

Cuando decidimos montar la fábrica, la junta general nombró a Bergard como gerente general y a mí como gerente administrativo. Luego se distanciaron el ingeniero sueco y Sáenz, como consecuencia de eso la junta general decidió ascenderme al cargo de gerente general. Alfonso ejerció la gerencia de operaciones.

En esos años no había el sistema de interconexión eléctrica nacional que hoy existe. Babahoyo tenía una pequeña planta a diésel que trabajaba unas cuantas horas al día y La Reforma necesitaba trabajar 24 horas diarias durante 330 días por año.

Esto lo solucionamos montando una turbina a vapor de 3.750 KVA, más un par de calderas tubulares que Alfonso fue a conseguir en los barcos de guerra que fueron utilizados en la II Guerra Mundial y en aquel momento en desuso, a un precio muy bajo.

Esta turbina trabajaba con el vapor generado por calderas. Ese vapor también era usado también para secar el papel.

El papel higiénico Top violeta

Inicialmente se produjo mucho papel higiénico que se vendía como “pan caliente” porque liderábamos la industria, pero en el camino tuvimos problemas con la obtención de la materia prima. Ocurrió que la cantidad de los desperdicios, a través de Recolecciones Nacionales, que fundé, no era suficiente para la producción.

Lo que sobraba para reciclar eran cartones corrugados, desechados por las fábricas que hacía las cajas para la exportación de banano. En aquellos días había, por lo menos 500.000 toneladas anuales de Liner y corrugado medio, papel que se compraba y procesaba como revestimiento en cajas para la exportación de esa fruta.

Con Alfonso decidimos la compra de esos desechos y eso nos ayudó, pero el producto era de color café.

Hicimos un lote, luego detuvimos la producción, en espera de resultados, más no las máquinas, pues son un sistema de calderas y secadores a presión y pararlos de repente podía dañarlos, y enviamos el papel a mi tío, quien exclamó:

- ¡Pero sobrino, ¡cómo se te ocurre enviarme papel color caca para limpiar caca!

Parecía que no había más que hacer, pero Alfonso encontró un químico de color azul que nos habían dejado de muestra en la fábrica. Si mal no recuerdo se llamaba azul de metileno o algo parecido. Lo que sí recuerdo es que su tono era intensamente concentrado y al mezclarse con los desechos produjo un papel azul oscuro, pero con apariencia de suciedad. Le mandamos un lote a mi tío para que aprobara. Y lo hizo. Después mejoramos la mezcla y el tono resultante fue violeta con el que surgió el famoso papel higiénico Top.

Se convirtió en un éxito de ventas. Expendíamos tonelada tras tonelada de papel Top, que al consumidor le pareció barato y rendidor. Cada rollo tenía más de 50 metros de extensión, mientras que los otros apenas alcanzaban los 25. El Top se produjo hasta 1998 en que negociamos nuestras empresas con Kimberly-Clark que lo sacó del mercado. Aunque también producíamos papel Flor, que era blanco, Top era el popular por su rendimiento y precio asequible.

El desarrollo empresarial

1) Fábrica de Papel La Reforma S. A. Para el desarrollo empresarial se creó un equipo gerencial constituidos por mi papá como presidente, yo como gerente general, Alfonso Sáenz como gerente de operaciones y mi hermano como vicepresidente comercial, además de administrativo de la Industrial La Reforma, la empresa matriz y la más grande de su sector. Las opiniones de mi hermano, quién prácticamente manejaba esa empresa, estando a cargo de la vicepresidencia comercial, eran de mucha relevancia e importancia para mí, para tomar las mejores decisiones para la marcha de las empresas.

Además del proceso de montaje de los dos molinos para fabricar papel con materia prima producto del reciclaje de papeles, que de por si fue una excelente escuela de trabajo implantada por Alfonso a todo el grupo de jóvenes, estudiantes de diversas ramas de ingeniería, también incursionamos en la continuación de un experimento agrícola hecho en Brasil, y sembramos unas semillas de “gmelina arborea”. Este

experimento hecho en Brasil por un millonario americano terminó mal por falta de dinero, pero él llegó a desarrollar un tipo de madera cuya fibra era más chica que la del pino, pero más larga que la del eucalipto, con la ventaja de que crecía en menos tiempo, lo cual daba un sustancial ahorro de dinero. Esto fue hecho a fines de los 70, por lo que no sé qué pasó con dichos árboles. Los nuevos administradores de esta empresa desde el 83, no tenían idea de lo que se había hecho.

Desde la fecha en que se tomó la decisión de montar este primer molino, Fábrica de papel la Reforma, se crearon, con posterioridad, las siguientes empresas, cada una cumpliendo un rol imprescindible en la generación de utilidades, fuentes de trabajo y desarrollo empresarial ecuatoriano:

2) Recolecciones Nacionales (1971), la primera recicladora del país. En aquellos días nadie pensaba en reciclar nada, todo se botaba o quemaba. Comprábamos todos los desperdicios de papel, ya sea de las imprentas, como de las oficinas y domicilios. Estos se clasificaban y se convertían en fibras secundarias, la materia prima para la fabricación del papel. En esa época en el mundo no se acostumbraba a fabricar papel con desperdicios de papel o fibra secundaria como también se la conoce. Los papeleros de la época menospreciaban a un producto elaborado con esta fibra. Hoy la situación ha cambiado por completo.

Esta empresa fue cerrada después de unos años, pues se prefirió darles impulso a recolectores independientes para que nos abastecieran directamente. Con eso se multiplicó la capacidad de compra y se crearon nuevos emprendimientos.

Uno de esos recolectores independientes fue un joven que me pidió trabajo. Le dije que podía manejar la embaladora, chequeando la clasificación correspondiente.

Al poco tiempo me dijo que quería independizarse y le presté la embaladora para que comprara por su cuenta, clasificara, embalara y nos vendiera el producto. En aquel tiempo habíamos decidido cerrar la recolectora. Por eso me pareció oportuno entregarle a él esa embaladora.

Aquel joven se llamaba Mario Bravo Baños. Resultó ser muy hábil y visionario pues no solo recolectaba papel, sino también plásticos y metales. Con los plásticos comenzó a producir las fundas negras para llenarlas con la basura doméstica. Posiblemente fue un pionero en esa línea de negocios.

Además de los metales que recolectaba, los clasificaba y vendía a las fábricas de acero. A inicios del siglo actual, China adquiría todo lo que más podía en cuanto a metales y desperdicios. Entonces, Mario, quien falleció recientemente por Covid-19, comenzó a exportar todo lo que podía e inició una operación en Miami. Se hizo muy rico y alcanzó a invertir en un molino de papel con maquinaria de última tecnología. Este negocio se lo vendió al Grupo Familia de Colombia.

3) Arranque del molino 2 en Fábrica de Papel La Reforma (1975) para la producción de Kraft liner y corrugado medio. Alfonso se tomó cinco años en reconstruirla, pero valió la pena porque produjo una calidad satisfactoria de Liner y corrugado medio. Su objetivo era atender el mercado local, descuidado por la exportación de banano.

4) Cartones Guayaquil, Cartoquil (1976), cartonera, para que absorba la producción de la maquina 2 y atender ese mercado local.

Había 2 cartoneras en esa época, la una Cartonera Ecuatoriana, pertenecía al grupo Noboa, gerenciado por quién después fue senador y posteriormente presidente de la República, y la otra Procarsa, del grupo Alemán que después vendió sus negocios a la Standard Fruit. Estas empresas no querían comprar nuestros Liner y Corugado medio porque no tenía la resistencia necesaria para hacer una buena caja para el banano, pero ese no era nuestro target, el nicho de mercado al que aspirábamos era el mercado local, mucho más pequeño y totalmente desatendido por estas empresas, entregaban las cajas tarde, mal y a veces con meses de atraso.

La negativa de esas empresas nos obligó a comprar una pequeña operación manual, que tenía que comprar la hoja elaborada a estas cartoneras, y con dos máquinas de troquelado e impresión. A esta empresa se le incrementó el capital y Alfonso se encargó de buscar una corrugadora pequeña en capacidad, con lo cual complementamos a Cartoquil, y la convertimos en nuestra fábrica de cajas para el mercado doméstico. Fue un éxito desde el comienzo. Al cabo de 2 años estaba totalmente llena y estábamos analizando el comprar más equipos de corrugar y troquelar para aumentar la capacidad.

5) Ecuapel y Convepel (1978), empresas que nos vendió Chemical Bank en condiciones muy generosas. Ecuapel era un molino cuyo objetivo, al principio, fue atender la demanda incremental de papel higiénico de la Industrial La Reforma. Convepel era la convertidora de Ecuapel. Si no hubieran ocurrido los eventos post secuestro, nos

esperaba el cierre de esta empresa, pues la demanda creada por las marcas de La Reforma tenía mucho volumen. Por eso preferimos que esta empresa siga con toda la conversión y comercialización del papel absorbente.

Adquirimos Ecuapel y Convepel, que originalmente eran unas empresas llamada Industrial Babahoyo [Indubasa] y Convertidora de pape [Corepa] Ese año, Chemical Bank of New York tenía una sucursal en Ecuador. Esa institución tenía negocios con el banco La Previsora, que había quebrado recién.

Chemical Bank en Ecuador concedió una línea de crédito a través de La Previsora a Industrial Babahoyo y Convertidora de papeles, empresas que no pudieron cancelar sus deudas en un plazo de seis meses. Al quebrar La Previsora, Chemical Bank adquiere las acciones y busca empresarios para vendérselas. Nos la ofreció en condiciones muy ventajosas (al 1% sobre el Libor y 10 años plazo con tres de gracia) y las compramos, al mismo tiempo que cambiamos la razón social para dos empresas: Ecuapel y Convepel.

6) Procarsa (1980). Cartonera bananera. Esta empresa era de Standard Fruit, gran exportador de banano, que nos vendió el 51% de las acciones, también en condiciones muy generosas. No obstante, había que dejarlas en fideicomiso hasta la cancelación de la deuda, por esa razón se las puso a nombre de una pequeña empresa comercial, llamada Repalsa. Para esa fecha ya era inminente que teníamos que tomar la decisión de aumentar la capacidad de Cartoquil, pero en cambio vino la oferta de Procarsa, por lo que se suspendió esa ampliación.

La idea era que las órdenes de producción de cajas locales, que por capacidad ya no pudiera convertir Cartoquil, pasen a Procarsa. Hay que recordar que en la primera éramos dueños del 100%, mientras en Procarsa solo del 51%. Tanto Cartoquil como Procarsa debían comprar sus necesidades de materia prima, el liner y corrugado medio para el mercado doméstico, a la Fábrica de Papel La Reforma.

De esta manera, la demanda de higiénico de Industrial La Reforma estaría siempre cubierta por la máquina 1 de Fábrica de Papel La Reforma, más la máquina 1 de Ecuapel y la demanda de cartón, producida por la maquina 2, también de Fábrica de Papel La Reforma, a través estas dos cartoneras.

7) Repalsa (1980). Su finalidad era que capte representaciones de ofertas internacionales y se las venda al grupo, y se la convirtió en *holding* momentáneo hasta que se cancelara la deuda a la Standard Fruit.

8) Reforpel S.A. (1992). Esta empresa, cuyo nombre es resultado de la abreviación de Reforma y Ecuapel, se constituyó con el objetivo de montar un segundo molino en la segunda de estas empresas, asociados nuevamente con los accionistas de Industrial La Reforma. Su objetivo era abastecer a La Reforma de la materia prima incremental necesaria para cubrir su demanda y el saldo exportarlo a Perú.

Un total de ocho empresas en el ramo del papel, unas con un control del mercado que pasaba del 70% y otras creciendo para buscar su puesto en la historia, todas rentables y cumpliendo con la ley y sus beneficios sociales. Fui presidente ejecutivo en unas y gerente general de otras. Ese era el Grupo Reforma o Grupo Jouvin, como solían llamarlo.

En 1983, después del secuestro, y como consecuencia de este, por acciones de ciertos accionistas, por envidias y rencores, el Grupo Reforma llegó a su fin. A mi padre Ernesto Jouvin Cisneros y nosotros sus descendientes nos pagaron nuestra parte con Ecuapel y Convepel, las más pequeñas de las empresas del grupo.

Y con un endeudamiento muy fuerte, al extremo que los auditores externos pusieron en duda la continuidad de ellas, nosotros logramos pagar esas deudas. Lo hicimos en medio de una fuerte austeridad y acogiéndonos al decreto de “sucretización” que en aquel tiempo emitió el presidente Oswaldo Hurtado.

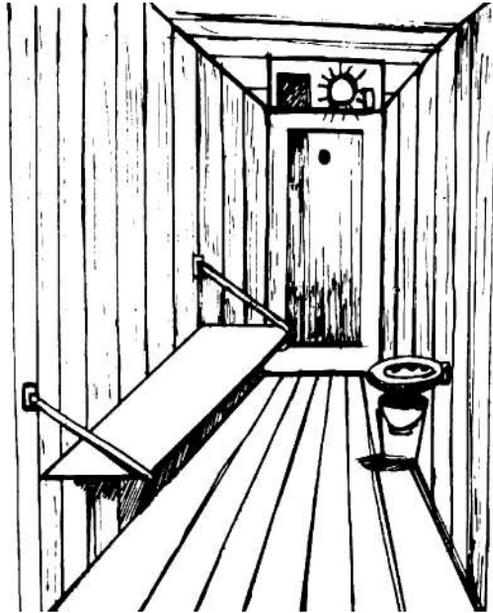
Esa separación nos permitió, a mi papá, a mi hermano y a mí, demostrar quienes eran los que sabían cómo manejar las empresas en forma eficiente, honesta, con mucho trabajo y rectitud. En aquellos días sufrimos, lamentablemente, una sensible baja en el equipo, pues Alfonso tomó la decisión de retirarse.

Nuestro crecimiento en estas dos compañías fue vertiginoso. Capturamos más del 40% del mercado entre 1983 a 1998, mientras tanto las otras empresas, que originalmente fueron parte del grupo empresarial, languidecían o llevaban una carrera en picada que terminó con el cierre de una de ellas, la pérdida de las acciones de otra y la venta de Industrial La Reforma a nosotros.

En 1998 se produjo la venta de Ecuapel, Convepel, Reforpel e Industrial La Reforma a Kimberly-Clark.

También fui director de la Cámara de Industrias en 1979 y 10 años antes ejercí la presidencia de SIGE (Sociedad de Industrias Gráficas Ecuatorianas).

Nuestro país registra en su historia a muchos empresarios exitosos y familias pudientes. Por eso sigo preguntándome ¿por qué me secuestraron? ¿Será por pertenecer a una dinastía empresarial como la que mi abuelo fundó en 1905, formar parte del desarrollo de la industria papelera en Ecuador, a través de los diferentes cargos que he asumido desde hace más de 50 años, será quizás una respuesta aproximada a esa pregunta que todavía ronda por mi mente luego de 40 años?: ¿por qué a mí? ¿Será?.



CAPÍTULO 3

El cautiverio

Tras contarles mi historia previa al secuestro es necesario volver a la tragedia, que gracias a Dios tuvo un feliz final. En el primer capítulo les contaba sobre la noche de terror que pasé el 17 de diciembre de 1981, pero ahora es momento de compartir detalles de esos casi seis meses de cautiverio.

Había llegado durante la madrugada del día 18. En el trayecto desde Guayaquil me inyectaron sedantes dos veces. Estaba cansado y caí rendido. Al abrir mis ojos y despertar, horas después, sentí los dolores por el ajeteo del incómodo viaje porque venía sobre piso en la parte trasera del Blazer, el segundo carro en el que mis captores me embarcaron. Me sentía estropeado porque los secuestradores pusieron sus pies sobre mí.

Y aquel despertar fue muy diferente a las comodidades propias de mi hogar. Estaba solo, alejado de la calidez de mi familia y en un lugar desconocido al que me habían llevado contra mi voluntad. Además de eso, una intensa luz me encandelillaba. Era una luz que provenía de un foco encima de la puerta del sitio donde permanecía encerrado. Oía una música estridente permanente.

Estaba cautivo en un espacio, de tres metros de largo por dos de ancho, semejante a un contenedor. No obstante, su construcción se basaba en fuertes tablones de madera que estaban unidos por platinas.

Había un camastro que estaba sujetado por bisagras y colgaba desde una pared. No era más que una especie de tablón duro donde me acostaba. Frente a ese camastro estaba un retrete, que en realidad era un balde para realizar mis necesidades fisiológicas. Encima del balde estaba colocada una tapa hueca de inodoro para sentarme ahí. Cuando usaba ese improvisado inodoro podía pasar mucho tiempo sin ser evacuado y eso causaba un hedor insoportable al que estaba expuesto.

El lugar poseía solamente una puerta, pero sin cerradura por dentro. Es decir, solamente se podía abrir desde afuera hacia adentro. Al pararme mi cabeza rozaba con los cuartones del techo. Yo medía 1,70 metros.

Encima de la puerta yace un cajón de madera que está protegido por una malla. Ese cajón sirve de repisa para sostener un parlante y en el otro extremo yacía un tubo donde se escuchaba la renovación del aire, más un reflector que pasó siempre encendido. En el centro de la puerta había un "ojo de buey" que permitía la vigilancia de guardia de turno. No sabía si fue el mismo durante todo el tiempo o si alguien lo relevaba.

Probablemente fue más de un guardia, pero no podía distinguir cuando se iba uno y venía el otro porque lucían exactamente igual.



Él, o los guardias, usaban un traje con tela de jean, que incluía una capucha con un visor para ocultar sus rostros y al mismo tiempo vigilarme. Esa capucha parecía una funda de almohada cortada a la mitad donde le habían hecho un par de huecos para los ojos, recubiertos por una tela plástica, con la formación de una tela metálica, azul oscuro.

Siempre estaba con un arma en sus manos. Apenas podía verlo, o verlos, cuando me daban de comer. Hasta ese momento me costaba entender lo que me sucedía. Me sentía cautivo en un lugar que, además de contenedor, me parecía también una cueva entablada.

Creo que me tomó un par de días para tener conciencia cabal de lo que ocurría. Quería creer que era una pesadilla, pero no lo era. Al principio todo me parecía inverosímil, tan extraño y por eso no hallaba una explicación acerca de aquella aplastante realidad. Quizás por eso tardé 48 horas en asimilar el secuestro como tal, no tengo idea cómo lo han tomado otras víctimas.

Cuando fui liberado y volví a casa muchos me preguntaron si podía distinguir un día del otro, considerando que me habían despojado de mi reloj de muñequera y no había uno de pared, además de mi condición de incomunicado con el mundo exterior. Tan aislado estaba que ni siquiera

supe de la Guerra de las Malvinas, iniciada el 2 de abril de 1982, es decir, durante el último tramo de mi cautiverio. Terminó cuando había regresado con mi familia. Incluso, mi cumpleaños 39 y el de Laura, lo pasé encerrado, con apenas un pedazo de pan para comer. Fue el 24 de abril. El de Laura es el 25 de abril.

El cálculo de los días



Descubrí un sistema para calcular el tiempo, a través de las comidas que me llevaban a la celda. Podía distinguir la posible hora, según el tipo de alimentos que seguían un patrón. Por ejemplo, durante la mañana mis encapuchados captores entraban al contenedor de madera con un vaso de plástico con leche y pan. Intuía que ese era mi desayuno y lo anotaba como el inicio del nuevo día.

Con una de mis uñas dibujaba una raya semioculta en el camastro. Al quinto día cruzaba una raya, cubriendo las cuatro anteriores. Contaba de cinco en cinco. Yo comía tres veces al día, claro, cuando los secuestradores estaban de “a buenas” conmigo, sobre todo cuando las negociaciones con mi familia iban bien. De lo contrario me quedaba sin comer.

Además del desayuno, me llevaban también el almuerzo y la cena. Horas después de la leche y el pan recibía el “plato fuerte”, que en realidad era un trozo de carne o pollo, una pequeña porción de arroz con algo de vegetales en una ensalada. Suponía que era almuerzo y posiblemente era el mediodía o quizás una de la tarde. La siguiente comida era un sánduche y agua, además un vaso rosado de plástico, lleno de whisky.

De hecho, “Serrano”, uno de mis captores, me preguntó sobre la marca que prefería de ese licor. De él les detallaré más adelante.

Con esa tercera comida imaginaba que ya era de noche, pues encerrado no se podía distinguir si en el exterior estaba claro u oscuro porque no había ventanas. Adentro la luz incandescente del foco era permanente y me impedía saber si era de día o de noche. Al pasar las horas, el sueño me vencía y sabía que al despertarme sería el nuevo día, algo que me lo confirmaba el desayuno.

En cautiverio es poco o nada lo que se puede hacer, sobre todo en un espacio tan reducido como el que ocupé durante más de 140 días, según mis cálculos con las rayitas que dibujaba luego de recibir mis tres comidas diarias.

No había televisor, obviamente no tenía un teléfono disponible. En aquellos días solo existían los de discado y algunos digitales, pero ni eso tenía porque la idea era mantenerme aislado. Tampoco había teléfonos inteligentes, redes sociales, ni nada como para distraerme en semejante encierro.

Caminaba mucho para no aburrirme, pero prácticamente era en el mismo terreno, casi en círculos porque no había mucho espacio para recorrer. Lo hacía hasta que empezaba a dolerme los pies. Pensaba que esa era una manera de vencer a la angustia, a través del agotamiento físico, pero en realidad aquella idea resultó infructuosa.

Con el paso de los días mis captores me dieron papel y lápiz para que pudiera escribir. También me permitieron leer. Esas eran distracciones que me gustaban mucho. No obstante, mi problema es que soy un lector muy voraz y termino rápido cualquier libro que pongan en mis manos. Entonces, con el tiempo eso me resultaba frustrante porque eran los mismos textos que debía leer una y otra vez.

Me llamó la atención el tipo de textos que me concedían, pues se trataba de literatura seleccionada. Entre las obras que leí durante mi cautiverio constaba ‘100 años de soledad’, del colombiano Gabriel García Márquez. También me pasaban los libros del peruano Mario Vargas Llosa.

Por mis manos también pasaron ‘Los hermanos Karamazov’, clásico filosófico y psicológico del escritor ruso Fiodor Dostoyevski; ‘Oh, Jerusalén’, texto que narra el nacimiento del Estado de Israel en 1948 y fue escrito una década antes de mi secuestro por el autor francés Dominique Lapierre y el periodista Larry Collins.

De estos últimos también leí ‘El quinto jinete’, que habían publicado un año antes de mi cautiverio y fusionaba algo de aventura con espionaje, suspenso y algo de temas científicos. A mí siempre me atrajeron las novelas policíacas más que la lectura de literatura clásica. Pero como dije, hice esfuerzos para retardar mi lectura lo más que podía, pero finalmente me frustraba porque leo demasiado rápido.

No era cualquier lectura a la que tuve acceso. Eso me hizo pensar el nivel de cultura de mis captores, al menos del líder de la banda. Además, estaban muy bien organizados. Se regían a una disciplina militar para ejecutar minuciosamente cada paso. Todo estaba fríamente calculado. Evidentemente las posibilidades de escapar o de un rescate sin dinero de por medio era muy difícil. Tenía que resignarme a mi destino, pero sin dejar de pensar qué pasaba con mi familia.

“Serrano”, un secuestrador diferente

No tenía acceso al diálogo con nadie durante los meses de mi encierro, excepto con “Serrano”. Nunca supe su nombre, pero ese era el “alias” que usaba para comunicarse conmigo. Él era mi nexo, mi puente con lo que ocurría en el exterior. A través de él sabía algo de lo que pasaba en mi familia.

De hecho, no era un hombre procedente de la Sierra, más bien su acento me parecía de la Costa, ya sea del Ecuador o de cualquier otro país latinoamericano o, por lo menos, con influencia costeña

Me causó buena impresión su cultura cuando empecé a tratarlo durante sus visitas al contenedor. Me trataba con respeto y cierta cordialidad. De hecho, me llamaba “Don Ernesto”, y eso que yo apenas tenía 38 años cuando me secuestraron en diciembre de aquel 1981.

Suponía que, por lo menos, era bilingüe porque hubo momentos en que le hablé en inglés y él me respondía en español, pero entendía lo que yo le decía. Como él se había ganado mi confianza le conté algunas cosas de mi vida, mis viajes y otras actividades.

En inglés le relataba acerca de ciertos viajes, entre ellos, a Nueva York y al hotel que iba: el famoso Waldorf Astoria. Él me respondía en nuestro idioma sobre detalles del lugar porque también había estado allí en algún momento. Eso me indicaba que “Serrano” no era cualquier persona y que, probablemente, pertenecía a una buena familia donde recibió apropiada educación. Quizás era la oveja negra de la familia. Quien sabe.

Su misión era hablar conmigo acerca de la negociación con mi familia. Solamente era duro conmigo cuando hablábamos sobre dinero. Me decía que no me pasaría nada si mi familia colaboraba con los requerimientos de la banda. Según él, no tenía nada en mi contra y que lo hacía por dinero. Me decía, para justificar su conducta, que seguía órdenes y debía cumplirlas.

“Serrano” fue quien me confirmó que la banda había estudiado mis pasos y los de mi familia durante seis meses. Incluso, me reveló que antes de que se decidieran por mí habían estudiado minuciosamente a 32 familias ecuatorianas pudientes. Según él, sus compañeros me escogieron por la regularidad de mis actividades. Para ellos era muy rutinario y pensándolo bien, tenían razón. Sin embargo, aquella revelación hasta ahora no es suficiente como para entender: ¿por qué a mí?

Sin reparo alguno, “Serrano” me dijo que, para la banda, mi secuestro era un negocio como cualquier otro. Para ilustrarlo me explicó que mientras los narcotraficantes negocian con drogas, otros tienen compañías legales como la mía, ellos habían optado por el camino del plagio. Según él, no había diferencia entre las bandas y yo, ellos ganando dinero con la extorsión y yo con la fábrica de papel.

Los secuestradores no operaban por sucres, sino con dólares. En aquellos días de 1981 el sucre era la moneda oficial en Ecuador, pero era posible manejar dólares en negociaciones internacionales, claro, con el tipo de conversión que regía en la época.

Acorde con las palabras de “Serrano”, la banda quería que mi familia pagara 24 millones de dólares, una cifra escandalosa en esos días. Era imposible que mis allegados, a través del patrimonio de las compañías, reunieran semejante cantidad.

- *¿Están ustedes locos? ¿De dónde creen que mi familia va a sacar ese dinero?* -reclamé. En aquel momento desapareció la cordialidad de mi captor.

“Serrano” reconoció que habían exagerado y que realmente esa cifra era absurda por más pudientes que fuésemos. Así que, de parte de la banda, rebajó la exigencia a la mitad: 12 millones de dólares. La cantidad todavía estaba fuera de nuestro alcance, pero después me obligaron a escribir una carta con la cantidad de 8 millones de dólares. “Serrano” me dictó palabra por palabra para esa misiva con la que se iniciaba formalmente la negociación para mi liberación. A esas alturas mi papá

había recibido las instrucciones para decir si negociaban o no por mi rescate con el aviso clasificado en el periódico. Como dije en el primer capítulo, el oboe era para confirmar que negociarían y el acordeón para indicar que rechazaban hacerlo.

“Serrano” se mostraba como el “bueno” entre los malos que me tenían encerrado para extorsión. Constantemente se refería a un “gran jefe”, posiblemente un suizo llamado Niklaus Giger Ernst de quien les narraré más adelante con mayor detalle. En realidad, “Serrano” era malo, el menos malo.

Al gran jefe nunca se lo podía ver. “Serrano” era el interlocutor con él. Además, las cartas que me obligaban a redactar servían para que mi familia evidenciara sobre mi vida y estado. Él me las corregía y quería que redactara reclamos groseros contra mi familia.

No obstante, eso podía ser engañoso porque en otros casos de secuestro ha ocurrido que la víctima murió, pero los captores buscan más dinero. Esa posibilidad no la supe hasta después de mi liberación en la que intervinieron rescatistas profesionales de Inglaterra.

A través de ellos obtuvimos un manual escrito en 1978 por Richard Clutterbuck, un famoso oficial del ejército británico. Su libro “Secuestro y rescate” es uno de los tantos que publicó sobre el tema. Luego compartiré algo de aquel manual.

En todo caso, “Serrano” trataba de que yo creyera que él estaba de mi parte y solamente seguía instrucciones del jefe que lideraba la operación. De hecho, lo consiguió. Con el tiempo fui desarrollando simpatía hacia él, quien nunca dejó de tratarme como “Don Ernesto”. Tanta fue la “confianza” que le revelé demasiada información. No me daba cuenta de que eso le servía al resto de la banda para perjudicarme y presionar más a mi familia con la negociación. Eso aconteció porque charlábamos largamente y mi ingenuidad, o más bien, ignorancia en cuanto el *modus operandi* de los secuestros.

Me había cegado a su buen trato porque, sin saberlo, padecía el Síndrome de Estocolmo. Yo había creado un vínculo afectivo entre secuestrador y víctima, que es común en este tipo de síndrome, un trastorno temporal psicológico en el que la persona retenida contra su voluntad se muestra benevolente con su captor. El nombre de este fenómeno se originó en 1973 cuando Jan-Erik Olsson intentó el asalto de un banco en la capital de Suecia, pero al verse acorralado se ganó la

confianza de sus cuatro rehenes, quienes luego consideraron que la Policía era más peligrosa que el criminal. Algo parecido estaba ocurriendo entre “Serrano” y yo.

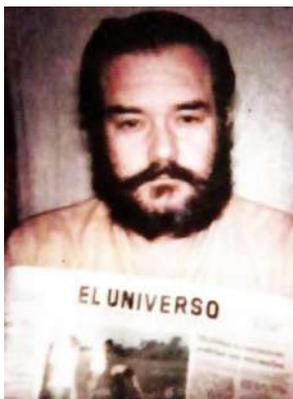
Hubo un tiempo durante mi aprehensión en el que las visitas de “Serrano” eran necesarias para mí por sus charlas, pues pasaba muchas horas solo y con él podía distraerme, hablando de todo un poco, temas sobre cultura general. Pero lo más importante era saber qué estaba haciendo mi familia por mí y asegurarme que ellos supieran que yo estaba bien, pese al infierno que representa un secuestro.

Luego de 40 años puedo decir que no lo consideré un amigo, ni tampoco le tuve aprecio, pero sí reconozco que en aquellos días me aferré a él como único intermediario para obtener mi ansiada libertad. Era algo parecido a un náufrago que se aferra a su boya en pleno mar.

Y aunque parezca irónico, su presencia dentro del contenedor era esperanzadora para mí. Son cosas que solamente la víctima de un secuestro puede entender, pero le cuesta describir, sobre todo si el secuestro duró meses y ese alguien, que fui yo, sobrevivió.

Sabía que mi vida estaba en manos de “Serrano”. Sin embargo, era una voz humana, pues no podía ver su rostro, ni nada. Era una presencia que mantenía a flote mi conciencia, más una idea de vida, fe y esperanza.

Los casi seis meses de encierro me condujeron a distintos estados por etapas. En una de ellas mi esperanza era muy débil por la cantidad que inicialmente habían planteado los secuestradores. Yo, como empresario sabía que era una cifra exorbitante, al menos en el medio ecuatoriano. Obviamente, mi familia ofrecía una cantidad muy inferior a la exigida y eso creaba una tensión en ambas partes. Mi vida dependía de eso.



Aunque mi familia respondió con el aviso del oboe en el periódico para conceder luz verde a la negociación, la cantidad que ofreció fue de apenas 400 mil dólares lo que indignó a los secuestradores, sobre todo al jefe. No obstante, se trató de una estrategia de los profesionales británicos que mi familia había contratado para mi rescate. En el siguiente capítulo detallaré eso, a través de los relatos de mi hermano José, quién junto a mi papá, encabezaron la operación de rescate.

Tortura psicológica

Mi esperanza menguaba cuando la cifra que mi familia indicaba no les gustaba y en consecuencia se desquitaban conmigo. Cuando sucedió, mis secuestradores me restringieron la frecuencia de comida, que al mismo tiempo me dificultaba el cálculo del tiempo. De igual forma dejaron el balde con mis excrementos y orina sin cambiar durante días. El hedor era insoportable y me arriesgaba a enfermarme por las condiciones inhumanas a las que estaba sometido como represalia a la desproporcionada diferencia entre lo que la banda exigía y lo que mi familia ofrecía pagar.

A eso se agregó la ensordecedora música que salía del parlante que yacía sobre la puerta del contenedor. No podía distinguir exactamente qué género era, pues era algo caribeño, pero no era salsa o algo parecido. Conocía algo de música tropical por mi afición a la Sonora Matancera que estaba de moda cuando yo era un adolescente.

En aquellos días desapareció “Serrano” y la incertidumbre se apoderó de mí. Sabía que estaban enojados y cualquier cosa mala podía ocurrirme. Existía la posibilidad de la mutilación de algún miembro o extremidad de mi cuerpo para amedrentar a la familia. Con la comida “nocturna” me servían un vaso con whisky, pues yo les había contado que bebía Johnnie Walker negro, pero como se les agotó me lo cambiaron por el whisky de etiqueta roja para abaratar los costos. Ahora odio el Johnnie rojo porque me trae pésimos recuerdos, no soporto ni olerlo.

Nunca me agredieron físicamente durante mi estancia en el contenedor, aunque en una ocasión sí pasé un gran susto. Debido a lo ínfima que les parecía la oferta de mi familia para rescatarme, entraron varios hombres a mi celda, todos encapuchados. La mitad de ellos estaban armados con ametralladoras y toletes para amedrentarme.

Pensé lo peor, mínimo una paliza o, incluso, la muerte. Gracias a Dios no pasó del susto. En todo caso, fue un ciclo muy difícil de soportar en

aquellos días. Reitero que nunca me hicieron daño físicamente, pero la tortura psicológica era evidente y tremenda.

La libertad ocupaba el primer puesto de las prioridades en condiciones de cautiverio. Por eso me aferraba a “Serrano” y cuando él no estaba recurría a los recuerdos, hasta el más insignificante. Y aunque parezca mentira los sentimientos, las emociones y más cosas me servían para no enloquecer.

Como tenía acceso al papel y lápiz escribía sin descanso. Cuando “Serrano” no me dictaba las cartas manipuladas yo intentaba relatar mis memorias en aquellas hojas. Hice un manual para mi grupo empresarial, como si mi liberación fuese un hecho. También redacté textos de contabilidad para mis hijos con la intención de facilitarles su futuro. La idea era mantener mi mente ocupada por mucho tiempo para que no me gane la depresión, al final, cuando me sacaron del contenedor perdí mis escritos. Me los quitaron.

Era curioso mi vínculo con “Serrano”, aunque lo necesitaba, él me amenazaba siempre con mutilar mis dedos por orden del gran jefe si mi familia no colaboraba. Cuando mi liberación estaba cerca se produjo un extraño diálogo.

– *Usted está muy decaído Don Ernesto* -me dijo.

- *¿Cómo quieres que esté?* - le respondí.

- *¿Qué diría usted si yo le cuento que su familia ya pagó por su rescate?*

Me sorprendió mucho semejante revelación. Mis sentimientos tuvieron una combinación de incredulidad, felicidad y, al mismo tiempo, miedo. A esas alturas de mi cautiverio desconocía que los secuestradores habían cedido a la cifra que finalmente mi familia había negociado. No sabía que habían bajado tanto desde los 8 millones de dólares con los que empezó la negociación tras la primera carta que “Serrano” me dictó. Tampoco tenía idea de los esfuerzos que mis allegados habían hecho para reunir un millón y medio de dólares, la cifra final que cancelaron por mi rescate.

Nunca supe la identidad de “Serrano”, pero tengo una hipótesis que surgió años después, en 1985, cuando Nahím Isaías fue secuestrado y murió en el rescate. En aquellos días estuvo involucrado, un joven subversivo que pertenecía al grupo disidente Alfaro Vive Carajo (AVC), quien luego del asesinato de Isaías, en la persecución de la banda, fue

abatido. Era familiar de un diplomático excanciller de la república, de quien prefiero reservar su identidad porque solamente es una hipótesis.

Luego de mi liberación me enteré, que grupos terroristas como AVC, FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN, también de Colombia), estuvieron vinculados a mi secuestro. No obstante, la aparición pública de AVC fue en 1983, pero muchos aseguran que esa organización se gestó un par de años antes.

Como lo mencioné antes, este hombre que tenía esa vasta educación y recorrido por el mundo, por su origen familiar, debía ser alguna persona con educación. No puedo confirmarlo, pero estoy convencido que él era “Serrano”, aquel secuestrador que se había ganado mi confianza durante mis días de cautiverio.

En todo caso, después de lo que me dijo “Serrano”, creí que mi vida ya no tenía validez para mis captores porque el equipo de rescate había pagado la cantidad acordada. No sabía cómo podrían reaccionar.

Existía la posibilidad de que ellos exigieran más por haber notado que mi familia estaba dispuesta a pagar. La otra alternativa probable era que me asesinaran como represalia por un pago mucho menor al que aspiraban inicialmente o simplemente por avezados.

Definitivamente sentí más miedo que nunca, incluso, más que aquella noche del 17 de diciembre en que me alejaron de mi familia contra mi voluntad. Así fueron mis días en cautiverio.

CAPÍTULO 4

Operación de Rescate

Mientras estuve encerrado no tuve idea de qué hacía mi familia para rescatarme. Intuí que estaban movilizándose, pero desconocía cómo. Mi papá y mi hermano Pepe lideraron la operación de rescate. Y lo que contaré en las siguientes líneas es lo que mi hermano detalló acerca de mi liberación.

Cuenta mi hermano que casi a la misma hora en que me secuestraron él también se retiraba hacia su casa tras haber cumplido con la jornada laboral en el mismo edificio en el que yo trabajaba durante esa época. Su oficina estaba en el *mezzanine* como parte de Industrial La Reforma, la empresa matriz que fundó nuestro abuelo, y la mía quedaba más arriba donde ejercía funciones en representación de la fábrica de papel.

Cuando llegó a su casa, que se situaba junto a la mía en Urdesa, mi papá lo llamó por teléfono. Quizás eran las ocho de la noche cuando se comunicaron. Le preguntó qué sabía acerca de mí. Mi padre quería saber si mi hermano me había visto recientemente.

La última vez que coincidimos en el edificio fue alrededor de las cinco de la tarde, sin sospecha alguna de lo que pasaría horas después. De hecho, a mi hermano le sorprendió la inquietud de mi papá, quien le contó acerca de la nota que recibió en el zaguán con las instrucciones de publicar un aviso en el periódico para responder si iban a negociar o no mi rescate.

Mi familia recurrió a Diario Extra, que entonces era dirigido por Nicolás Ulloa, para publicar el aviso sobre la venta del oboe que, como conté en el primer capítulo de este libro, era la señal de aprobación que debían dar mis allegados para la iniciar negociación con los secuestradores.

Con esa información, mi hermano llamó inmediatamente a Rafael Torres, el chofer que laboraba conmigo en aquellos días. Le preguntó acerca de mí y él respondió que yo le había pedido las llaves del carro. El conductor notó que yo tenía una botella de licor en mis manos, la que me habían obsequiado.

Mi hermano pensó que lo de la nota era una broma de mal gusto, sobre todo porque estaba escrita con faltas ortográficas y creyó que me fui a celebrar el anticipo de la Navidad con empleados de la fábrica, que era un personal diferente al que trabajaba con mi hermano.

Muchas empresas siempre han acostumbrado a festejar esas fiestas con una semana de antelación para que en Navidad y Año Nuevo cada quien pase con su familia. A mi hermano y a mi papá todavía les costaba

creer que yo estaba secuestrado y preferirían la idea de que yo estuviera celebrando con los empleados.

No obstante, volvieron a pensarlo y la posibilidad del secuestro iba convenciéndolos poco a poco. Entonces, llamaron a hospitales, Comisión de Tránsito del Guayas (CTG), Defensa Civil, Cruz Roja, Policía Nacional y más instituciones para preguntar sobre mí. A la medianoche, luego tantas indagaciones, mi paradero ya era incierto para mi familia. Mi hermano le avisó a mi esposa Laura.

Mi papá estaba muy nervioso, según mi hermano, quien se acostó a dormir pasada la medianoche con cierta intranquilidad y, al mismo tiempo, con la esperanza de que simplemente yo estuviera de farra con los empleados y apareciera durante la madrugada o quizás amanecido al día siguiente. Lo que más inquietaba a la familia es que siempre llamé para indicar si llegaría tarde a la casa por cualquier circunstancia.

Al día siguiente, viernes 18 de diciembre, mi hermano se levantó muy temprano por la mañana para irse a trotar. Esa era su costumbre. Su recorrido era desde Urdesa hasta el estadio Modelo, hoy llamado Alberto Spencer Herrera, en la Avenida de las Américas. Tenía la esperanza de que yo hubiese llegado durante la madrugada, entonces, llamó a mi casa y preguntó por mí, pero la respuesta fue negativa.

Ahora sí era un hecho consumado para todos: yo había sido secuestrado. Era necesario actuar lo más rápido posible. Mi hermano llegó a la oficina, según cuenta, alrededor de las ocho de la mañana, y empezó a gestionar la publicación del aviso en el periódico, tal como lo había indicado la misiva de los secuestradores, que recibió mi papá en el zaguán de su casa la noche anterior. Apareció en la edición vespertina del Extra, y al día siguiente, el 19, en el Universo.

El doctor Luis Esteban Amador Navarro y su hijo Xavier Amador Rendón, habituales abogados del CityBank, entidad de la que éramos clientes, acudieron a la oficina de mi padre alrededor de las diez y media de la mañana. Ambos eran amigos de míos y de mi familia y acudieron para expresar su preocupación, además de su ofrecer su ayuda. La noticia se había difundido, o por lo menos, mi secuestro era un rumor. El tema ya era *vox populi*.

Ellos preguntaron a mi papá y a mi hermano si la familia disponía de un seguro contra secuestros para quienes ejercíamos altos cargos en las compañías. No teníamos, pues mi papá y mi hermano ni siquiera sabían

que existían seguros para estos casos. Ese recurso permitía a su beneficiario el acceso al servicio de la aseguradora en cuanto al pago de asesores y otros profesionales en caso de secuestro.

Los británicos entran en acción

El doctor Luis Esteban Amador Navarro recomendó a mi papá se contactara con Joaquín Zevallos Menéndez, quien entonces era gerente del Banco del Austro, para que se contactaran con la compañía Control Risk. Su hijo Joaquín Zevallos Macchiavello estaba vinculado con Tecniseguros como director y a través de él se logró el contacto con los asesores de Control Risk en la matriz de Londres.

Dice mi hermano: cuando nos comunicamos con los de Control Risk, ellos nos consiguieron la intervención de profesionales ingleses, expertos en cuanto a siniestros. No recuerdo muy bien, pero probablemente fue Joaquín padre quien llamó a esos agentes británicos.

Entre esos agentes constaba el inglés Tony Murphy, quien estaba en Colombia porque había sido contratado por un secuestro que en la década del 80 era muy común en ese país debido al narcotráfico con la existencia del Cartel de Medellín, de Cali y grupos subversivos como las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas).

Control Risk se había comunicado, desde Londres, con Murphy, quien llegó el sábado 19 de diciembre a Guayaquil y se hospedó de inmediato en el Grand Hotel Guayaquil, en las calles Boyacá y Aguirre, a pocas cuadras de las oficinas de nuestras empresas. Allí pactamos la primera entrevista con ese profesional británico. A esas alturas el aviso del oboe ya había sido publicado en el periódico y se lo comunicamos a Murphy.

El inglés preguntó a mi hermano si no habían recibido más notas de los secuestradores. Él respondió que no. El siguiente mensaje de mis captores llegó al día siguiente, es decir, el domingo 20.

Ellos llamaron a mi padre ese día para avisarle que había otra nota con instrucciones y debían buscarla en la tumba de una tía abuela nuestra llamada Adelaida María Jouvin Arce. En esa época poco sabíamos de ella.

Sin pérdida de tiempo, mi hermano y mi padre se comunicaron con la Junta de Beneficencia de Guayaquil para averiguar en qué lugar del Cementerio General yacía la tumba de mi tía abuela.

Al equipo de rescate se une el capitán Eduardo Insua, amigo de mi infancia y que tenía experiencia en este tipo de situaciones porque adquirió formación militar en Estados Unidos. Era muy capacitado en cuanto a rescate porque había combatido en misiones a través de diversos conflictos bélicos, entre ellos, la Guerra de Vietnam.

Emilio Romero Parducci, de quien antes había citado como esposo de mi prima Sylvia Jouvin Márquez de la Plata, también se integró a la causa con el capitán Insua, mi hermano y mi padre, asesorados por Murphy. Se había armado un comité de rescate con ellos, que funcionó originalmente en el estudio de Emilio.

Hallaron la tumba de mi tía abuela y en consecuencia, la misiva de mis secuestradores. La nota estaba dentro de un sobre que lo llevaron a casa de mi papá. Ese era el centro de operaciones, mientras mi esposa Laura e hijos aguardaban en Urdesa, acompañados por otros familiares.

Murphy no fue al panteón. Él estaba en el hotel y esperaba noticias de la comitiva que fue a recoger el mensaje. Cuando lo obtuvieron se comunicaron con el inglés, quien de inmediato se desplazó a casa de mi papá.

La nota les advirtió que no debían recurrir a la Policía para obtener ayuda y salvarme. Al mismo tiempo, la misiva indicó que se trataba de una banda muy bien organizada con varios miembros dispersos en zonas cercanas a la familia. Desde ahí los tenían vigilados e informaban a quienes estaban conmigo. Cualquier movimiento en falso podría resultar fatal para mí.

La carta también informó sobre la cantidad que exigían para mi liberación, es decir, los ocho millones de dólares que me había mencionado “Serrano” durante sus primeras visitas al contenedor en el que me tenían encerrado.

Murphy escuchó y analizó las exigencias de los delincuentes. Al escuchar que la cantidad fijada era ocho millones, él les traza al comité de rescate un plano cartesiano para explicarles a los miembros del equipo sobre qué estrategia seguir. En una línea del plano escribe los días y en otra, las cantidades. Hasta ese momento, ni José, ni el resto entendía la idea de Murphy.

Él preguntó a mi familia y demás miembros del equipo sobre cuánto dinero estaban dispuestos a pagar por mi rescate. Luego ellos le preguntaron a Murphy acerca de la cantidad que debería cancelarse,

según su experiencia en plagios. El inglés respondió que el 20% de lo que pidiesen los secuestradores. En este caso, poco más de un millón y medio de dólares.

A mi hermano y mi papá les pareció una alta cifra, aunque manejable en comparación a lo que realmente querían los malhechores. Lo que mi hermano y mi padre no sabían era cómo y en cuánto tiempo se pagaría ese 20%. Murphy les dijo que la familia debía prepararse para afrontar la incertidumbre de un secuestro largo. Su cálculo fue de 180 días. Es decir, seis meses. La exclamación del grupo fue evidente.

Aquel porcentaje, explicó Murphy, era una cifra que se basaba en la experiencia de otros secuestros. Ese 20% se aplicó para calcular con los ocho millones que exigían mis captores, pero en el número de días que el experto sugería. Su argumento fue que si la familia cedía de inmediato al capricho de la banda era como otorgarles licencia para exigir más dinero por mi rescate.

La respuesta, que mi familia debía darles sobre el pago, debían publicarla nuevamente en el periódico, pero en esta ocasión en otro espacio para no despertar sospechas. Ya no se trató de un aviso clasificado para la venta de instrumentos musicales. Ahora la respuesta subliminal apuntaba a peticiones de oraciones que aparecían en la página religiosa del diario. En aquella época y, según el catolicismo, era común expresar las penitencias a cambio de una indulgencia o un pedido específico como la sanación de un familiar enfermo.

Por ejemplo, se acostumbraba a publicar mensajes como:

-Prometo rezar mil veces el Padre Nuestro a cambio de curar a...

Esa fue la coartada perfecta para expresar, en el periódico, el código de la cifra a pagar por el rescate. Entonces, Murphy propuso la cantidad que se publicó en clave de la siguiente forma:

-Al Hermano Gregorio: Te agradezco por la salud y el bienestar que me has brindado. Reconoce mi incapacidad y ayúdame con mi mal. Te ofrezco una donación de 400 mil rezos al Señor para alcanzar su gracia. F. Celeste Jijón.

Podía parecer absurdo el número de rezos en una publicación para muchos, pero en realidad era la clave para expresar lo que mi familia estaba dispuesta a pagar determinada cifra. Ellos se arriesgaron a las represalias en mi contra porque la cantidad era ínfima con relación a lo

que perseguían. Eso los indignó y el perjudicado fui yo porque me dejaron sin comer.

La respuesta indignada de los secuestradores dirigida a mi papá por la cantidad ofrecida en el aviso del periódico fue:

-Don Ernesto, usted y su familia han cortado traicioneramente las condiciones para salvar a su hijo. Han hablado con el gobierno y Fuerzas Armadas. Y han informado a los medios de comunicación, poniendo en grave peligro la vida de su hijo. Otra traición será decisiva. Su hijo confirmó que pueden pagar lo que exijo. ¿Cuánto quieren a su hijo? Esos 400 mil dólares son una pendejada. No hay que esperar mucho tiempo. Esto tiene un plazo. Atentamente, el comprador.

Después de ese mensaje no volvieron a comunicarse con mi familia durante varias semanas, hasta enero de 1982, lo que aumentó la zozobra en mi familia. Incluso, amenazaron con no darles señales de que yo no había sufrido daños físicos.

Simultáneamente surgió un imprevisto. Una revista, que se editaba en Guayaquil, estaba anunciando información sobre mi secuestro en su próxima edición. Mi papá sabía que si eso se publicaba mi vida corría peligro, pues los plagiadores habían advertido que los medios de comunicación no debían intervenir.

Mi padre acudió al dueño de esa revista para pedirle que no publicara nada acerca de mi caso y le explicó las razones. Sin embargo, al propietario no le importó. Solamente el pago de 500 mil sucres lo detuvo. Mi papá se llevó la edición.

El gobierno de turno, que presidía Osvaldo Hurtado, se había enterado del siniestro durante aquellos días. En el gabinete constaba Galo García Feraud como ministro de gobierno. Tenía vínculo con nuestra familia, a través de un pariente suyo. Este último estaba relacionado sanguíneamente con los allegados maternos de mi abuelo Jacinto. Es decir, los Arce. En todo caso, García Feraud se contactó con mi papá para obtener pormenores sobre mi secuestro.

El ministro envió a un agente policial para que intervenga las llamadas de los plagiadores. No obstante, Murphy se enteró de aquel procedimiento y le dijo a mi hermano que la Policía no debía actuar porque si era descubierta se corría el riesgo de enojar a los malhechores quienes podían matarme en represalia. Recordemos que en la misiva anterior nos habían exigido la no participación de la Policía.

Murphy recomendó prudencia con la delicada información que mi hermano y padre iban a manejar. También existía la posibilidad de que hubiese bandas paralelas dedicadas al secuestro y extorsión que se alerten con la negociación en caso de filtrarse el contenido de las conversaciones con mis captores. Si otra banda se enteraba del día, lugar y hora en que pagaríamos por rescate, podríamos ser emboscados en un asalto. Eso hubiera sido fatal porque podía ser asesinado debido a la frustración de mis secuestradores.

Después de aquella advertencia de Murphy mi papá llamó a García Feraud para explicarle la situación. Era una posición delicada para el entonces ministro de gobierno porque sabía que se trataba de un delito execrable. No obstante, dispuso que la Policía dejara que mi familia interviniera de forma privada.

Se fue el agente designado por García Feraud y mi familia quedó a la espera de nuevos contactos telefónicos con los secuestradores para recibir instrucciones. Aquello fue un periodo largo y lleno de incertidumbre porque no llamaron durante un par de semanas después de haber recibido la oferta inicial, la de 400 mil dólares. Murphy había advertido ese silencio extenso.

Fueron los días en que los extorsionadores me dejaron sin comer y casi sin beber porque estaban indignados. Ahí temí que moriría por inanición e, incluso, llegué quedar semi desmayado sobre mi camastro.

Además, fue una forma de aplicarles presión para que mi familia aumentara la cifra, según el capricho de mis captores. Ahí me forzaron a escribir una carta insultante en la que debía transmitir dolor y resentimiento a mi familia para hacerles creer que ellos valoraban poco mi vida debido a la ínfima cantidad ofrecida para obtener mi liberación.

Para entonces Laura y mis hijos estaban enterados de que no me verían en Navidad. Mi hermano fue a mi casa para decirles que tuvieran paciencia porque la negociación se había complicado y se desconocía cuando me dejarían libre. Había mucha tensión e impotencia porque mi integridad física estaba en juego. Se estaba cumpliendo lo que nos había dicho Murphy.

Días después, en enero de 1982, la espera terminó y llamaron los secuestradores para la tercera misiva que el comité de rescate debía recoger en el Instituto Nacional de Higiene y Medicina Tropical Leopoldo

Izquieta Pérez, hoy Instituto Nacional de Investigación en Salud Pública (INISP).

Durante el tiempo de silencio los secuestradores acordaron rebajar a la mitad sus expectativas. Ya no pedían ocho millones de dólares, sino cuatro. Esa reacción también la esperaba Murphy porque era parte de la estrategia de rescate y el plano cartesiano que él había elaborado al principio de su intervención cobraba sentido. Después de eso Murphy fue relevado por otros expertos ingleses y no regresó más.

En reemplazo de Murphy vinieron Nigel Simpson y Bill Caper, también británicos. Eran excelentes profesionales, pero también les gustaba beber demasiado whisky. Ahí mi hermano y mi papá gastaron mucho en eso para complacerlos. Ellos se terminaban semanalmente una caja que contenía 12 botellas de whisky.

Lo anecdótico es que los agentes eran conocidos como “Jack”, es decir, un nombre código para encubrir sus reales identidades, las que José y el resto del equipo de rescate sí sabían.

Durante los días de negociación los secuestradores enviaron mensajes que debían ser retirados en lugares poco convencionales. Uno de ellos fue recogido en una cabina telefónica de las calles Esmeraldas y Piedrahíta; otro en un servicio higiénico del Policentro.

Los mensajes en los diarios no variaron su tónica de extraños, para despistar al lector común. Uno de ellos, correspondiente a la segunda quincena de enero y que se publicó en el diario Extra, decía:

“Mansión en Urdesa se vende. Familia angustiada se ve obligada a vender mansión en Urdesa mediante trato privado, a través de un intermediario escogido, a precio razonable en vista de la necesidad que cruza. Está resuelta a vender a quien le entregue vivas muestras de solvencia. Se aceptan ofertas ajustadas a la realidad, las que serán tratadas con estricta reserva”.

En aquel tiempo mi papá era amigo de César Durán-Ballén, conocido banquero que también fue hermano de Sixto, ex presidente del Ecuador (1992-1996). Durán-Ballén se contactó con mi padre y le propuso la participación del mayor Guido Núñez Baños para que permaneciera en las reuniones con los ingleses, mi hermano y el resto del equipo.

Núñez Baños era un oficial de la Policía, que se había especializado en Chile y tenía mucho conocimiento sobre inteligencia. Hace 40 años no

había equipos de inteligencia policial en Ecuador, más bien surgieron tras la experiencia de mi secuestro.

Debido la desesperación mi papá aceptaba cualquier consejo y eso hizo con Durán-Ballén. Permitió la inclusión de Núñez Baños, pero a los ingleses no les pareció buena idea su presencia.

La idea de Durán-Ballén era que este mayor armará un equipo de agentes para detectar la ubicación de los secuestradores e invadir ese territorio a balazos, pero eso era demasiado peligroso, tanto que si se hubiese ejecutado hoy estaría muerto y no les contaría esta historia.

A mi hermano no le gustaba la idea en absoluto, pero no podía sacarlo de las reuniones por mi padre. No quería irse contra él porque había aprobado la presencia de Núñez Baños, quien prácticamente permanecía callado. Incluso, mi papá sí estaba de acuerdo con la incursión de los mercenarios, pero el mismo mayor mostraba escepticismo.

Núñez Baños no se sentía convencido de que una operación así resultara exitosa. Los ingleses fueron enfáticos con el mayor y le prohibieron la incursión de rescatistas armados. Mi hermano no sabía cómo expresar su desacuerdo con la idea de Durán-Ballén sin que mi padre se resintiera, pues era una persona imponente a quien le gustaba que las cosas fueran a su manera. Mi hermano creía que los plagiadores podían usarme como escudo humano en caso de verse amenazados.

El fugaz paso de la CIA

Allí estaba el capitán Insua, miembro del comité de rescate, y sugirió la intervención de ex agentes de la CIA (Agencia Central de Inteligencia estadounidense, según sus siglas en inglés). A mi hermano le pareció bien esa idea e Insua los contactó. Llegaron dos agentes estadounidenses a Guayaquil, quienes se hacían llamar Tom y Jerry, como el gato y el ratón de los dibujos animados.

Mi papá, Romero Parducci, Insua y mi hermano se reunieron con esos gringos en una oficina para contarles mi situación y el trabajo que hasta el momento habían hecho los ingleses de Control Risk.

Cuando los de la CIA se enteraron de que Control Risk estaba a cargo se admiraron y dijeron que mi familia “estaba en las mejores manos”. Los estadounidenses sintieron que realmente poco o nada podían aportar debido al prestigio ganado por los británicos en este tipo de situaciones como mi secuestro.

Dijeron que se retiraban porque creyeron que estaban demás en esta operación de rescate, pero mi familia debía pagar los boletos de avión, pues habían viajado desde Estados Unidos en asientos de primera clase. Tom y Jerry pidieron que se les reconociera esos gastos antes de irse. Se fueron con 5 mil dólares.

Irónicamente mi hermano José habló con Nahím Isaías sobre mi plagio. Irónicamente porque, como dije en el capítulo anterior, él murió cuatro años después en otro secuestro. Isaías, quien ejercía la gerencia general de Filanbanco, ofreció su ayuda a mi familia para mi rescate. También se refirió a la importancia de contar con un seguro antisequestro. No obstante, nosotros, mi hermano y mi papá tenían vínculo con Citybank, La Previsora y Banco de Descuento, no con Filanbanco.

Era febrero y la negociación avanzaba lentamente. Es más, durante 21 días los secuestradores no se habían comunicado y la incertidumbre era terrible en el equipo de rescate y mi familia, según recuerda mi hermano José.

Afortunadamente ellos recibieron una carta, que los raptos habían enviado por correo. La llegada de esa misiva a la casa de mi padre demoró más de lo debido. Esa fue la primera y última vez que los secuestradores utilizaron ese recurso para comunicarse con los negociadores.

Llegó marzo y los malandrines estaban molestos por la demora del pago y sobre todo porque poco a poco habían cedido, bajando la demanda por la liberación. Eso se reflejó en un mensaje que enviaron a mi papá y exactamente decía:

“Es duro, ¿no? Le importan más las presiones de sus compinches que las de su familia, ¿verdad? Más que la salud y la vida de su hijo, ¿no? Pues le diré una cosa: a mí la salud y la vida de su hijo me importan menos todavía. Entienda una cosa, no está tratando con jovencitos aficionados. Sé cuánto es lo que puede pagar. Le he propuesto una cifra razonable de tres millones de dólares. F. Oboe”.

Pasaron algunos días y mis captos volvieron a comunicarse con el grupo de rescate que lideraban mi padre y hermano. Ahí nos indicaron que debíamos retirar la siguiente misiva en un letrero inmenso con una publicidad situado en las Lomas de Urdesa. Para recogerlo se necesitó la ayuda de una escalera que les prestaron los vecinos. Sin embargo, una señora, de apellido Baquerizo Maldonado, pasó por ahí y les llamó la atención.

Mi hermano y quienes lo acompañaban no sabían cómo explicarle, pues debían mantener en reserva la negociación a la que estaban sometidos con los secuestradores para liberarme. Cualquier información demás era un riesgo.

Los ingleses nunca iban con el grupo a buscar los mensajes, pues manejaban un bajo perfil. Por la apariencia, propia de los europeos, podrían despertar sospechas a los secuestradores quienes tenían a su gente en sitios ocultos y estratégicos para vigilarnos. La presencia de los británicos los hubiese alertado y eso podía perjudicarme.

El “Ronco” y las últimas negociaciones

Mi hermano y demás regresaron a la casa de mi padre para revisar el mensaje. Era febrero de 1982 cuando el doctor Jorge Zavala Baquerizo se involucró con la causa. Muy amigo de la familia. En aquella ocasión este prestigioso jurista y ex vicepresidente del Ecuador durante el último mandato de Velasco Ibarra, acudió a la casa de mi papá para visitarlo, pero no lo querían recibir. Entró a la casa cuando dijo que traía un mensaje de los secuestradores.

Lo que en mi casa desconocían era que los plagiadores habían designado a Zavala Baquerizo como mi defensor, a través de una carta que le dieron. La forma en que la recibió tiene una anécdota. De entrada, los secuestradores convencieron al “Ronco”, como era conocido Zavala Baquerizo, de que mi familia no quería rescatarme, a través de misivas manipuladas que me dictaban.

Mi papá le explicó que el engaño, más bien, era de los malhechores. Como abogado penalista que era, al “Ronco” le costó creerle a mi padre. Zavala Baquerizo había llegado enfurecido. A él no le gustaba que le “tomaran el pelo”, pero cuando se dio cuenta que mis captores le estaban haciendo precisamente eso se indignó más. Finalmente, se integró al equipo de rescate como interceptor de los mensajes que enviaban los plagiadores. Es decir, era un intermediario.

Los bandidos dejaron de llamar a mi familia y se dirigían a Zavala Baquerizo, quien se comunicaba con mi papá para buscar las instrucciones de mis captores. La respuesta de la familia era la misma, a través de las publicaciones en el diario, las camufladas como “oraciones para clamar indulgencias” y más.

Hubo varios contactos entre los secuestradores y Zavala Baquerizo. En uno de ellos surgió una anécdota.

Uno de los malhechores, aquel de acento chileno, había llamado al “Ronco” para pedirle que acudiera al baño del hotel Ramada para recoger un mensaje ahí. También le dijeron que antes de entrar al sanitario él se bebiera una cerveza. El problema es que Zavala Baquerizo era abstemio.

Esto último era la señal de que él estaba en el sitio acordado por mis captores. El “Ronco” cumplió y bebió, pero se embriagó con una sola cerveza y recogió el mensaje que estaba en el baño.

Poco tiempo después el “chileno” volvió a llamar a casa de Zavala Baquerizo, pero respondió una empleada doméstica.

-El doctor no puede atenderlo, está durmiendo.

-Dígale que soy yo.

-¿Y quién es usted?

-Dígale de parte de Juan.

-¿Juan qué? Yo debo saber su nombre completo antes de anunciarlo.

-¡Qué le diga de parte de Juan!

El secuestrador cortó llamada ante la negativa de la empleada doméstica, pero minutos después el teléfono sonó nuevamente. Ella vuelve a responder.

-Buenas noches, comuníqueme con el doctor Jorge Zavala Baquerizo.

-¿De parte de quién?

-De Juanito.

Para entonces, Zavala Baquerizo se había levantado de su cama por efecto de la cerveza que se tomó, posiblemente por las timbradas del teléfono o la discusión entre la empleada doméstica y el plagiador. Las negociaciones estaban en su punto más álgido y la presión era cada vez intensa.

En todo caso, lo que Murphy había dicho al principio acerca del *modus operandi* de la banda cobraba más sentido para el equipo de rescate. Sus miembros ya intuían la desesperación de los secuestradores, además de la disposición para ceder a las contrademandas, tanto que en abril se atrevieron a decirles a los plagiadores como *ultimatum* lo siguiente:

“Dijimos precio final que ustedes aceptaron. Es último y definitivo esfuerzo lo cual ratificamos. Cualquier nuevo aumento será imposible. Cuando estén dispuestos a la aceptación de ese precio final, sírvanse en contactarnos nuevamente con instrucciones sencillas, teniendo en cuenta nuestras condiciones de previas pruebas de vivo interés y de contra entrega simultánea”.

Lo de solicitar pruebas de vida tenía que ver con un caso ocurrido en El Salvador donde los secuestradores habían matado a la víctima y luego congelaron el cadáver para presentarlo en fotografías mientras sostenía el periódico de la fecha, según explicaron los expertos ingleses al equipo.

Para corroborar que sí estaba vivo, el equipo procedió a preguntar sobre trivialidades que solamente yo podía responder, por ejemplo, el nombre de mi primer perro. Además, me pidieron que firmara en una parte del periódico del día.

Los secuestradores accedieron porque estaba con vida y a ellos no les convenía que muriera. La razón de los captores la explicaré más adelante, a través de extractos de un libro técnico. En todo caso, respondí a la inquietud con mi rúbrica sobre la esquina de un periódico.

Ese ritmo de enviar y recibir comunicados siguió hasta que la negociación terminó en un millón cuatrocientos mil dólares.

Una mala interpretación que costó 200 mil dólares más

Zavala Baquerizo, durante una llamada que le hicieron para presionar y, sin consultar con el equipo de rescate, subió el precio a un millón seiscientos mil para mi liberación porque se dejó llevar por la presión de los secuestradores, y él había mal entendido que hasta esa cifra se podía llegar. Eso perjudicó la operación porque se dilató durante más tiempo. Los delincuentes pretendían el alza de la cifra para soltarme.

Simultáneamente mi padre se había contactado con Union Commerce Bank, de Cleveland, con la intención de obtener un préstamo que permitiera el pago de lo que exigían los extorsionadores. La cifra que esta institución prestó fue de 600 mil dólares. Fue un préstamo concedido a mediano y largo plazo, mientras que Citybank facilitó el saldo: 800 mil dólares. No obstante, fue necesario conseguir los 200 mil faltantes debido al mal entendido de Zavala Baquerizo.

Mi hermano y el capitán Insua estaban listos para cancelar el monto acordado, pero los ingleses temían que la información se haya filtrado y otra banda de secuestradores los interceptara, pese a que en aquellos días no existía la telefonía celular. Optaron por irse durante algunos días a la casa de Pedro Carillo, un amigo de la familia, en Los Ceibos. Permanecieron allí con los billetes por recomendación de los expertos ingleses. Eran los últimos días de abril de 1982.

Luego volvieron a casa de mi padre. Según recuerda mi hermano, era domingo 9 de mayo cuando retornaron tras asegurarse de que ninguna otra banda los acechaba ni pretendía arrebatarles el dinero que con tanto esfuerzo había recolectado el grupo de rescate que mi padre lideraba.

Aquel día apareció Mario Vernaza Requena, un tío nuestro por parte de madre. A mi hermano le sorprendió su presencia, sobre todo el hecho de que los secuestradores conocían de su existencia. Mi familia desconocía el vínculo que yo tenía con “Serrano”, a quien le conté mucha información que mis captores usaron para presionar a mi familia.

Mi hermano supo que los plagiadores sabían quién era mi tío, coronel y jefe del Benemérito Cuerpo de Bomberos de Guayaquil, cuando él indicó que estas personas querían terminar la negociación lo más pronto posible. Eso evidenciaba, una vez más, que estábamos muy vigilados por personal de la banda.

Resultó que los secuestradores temían que los teléfonos hayan sido intervenidos por la Policía. Por eso optaron por un familiar de confianza, en este caso, mi tío Mario, a quien los secuestradores llamaron “hombre de fuego”.

Los secuestradores dirigieron su último mensaje a él y textualmente decía:

“Le exigimos, que por la vida de Ernesto, no sea cómplice de estúpidas trampas. Nuestra paciencia se agotó. Si no quiere aceptar, dígalo francamente. Lo sentiríamos por Ernesto, pero es cuestión de ustedes. Deberá tener el dinero en su casa en dos bolsos de tela fuerte, sin metal y abiertos, que se vea el dinero en billetes de 100 dólares, armados en fajos de 100 billetes”.

Luego otra instrucción, en esta ocasión telefónica y con acento chileno de su interlocutor, consistía en ir al baño del aeropuerto José Joaquín de Olmedo, que entonces se llamaba Simón Bolívar y quedaba en donde hoy

se ubica el Centro de Convenciones. Luego enviaron a mi tío a otras dos direcciones con la intención de asegurarse que la Policía no interviniera.

Finalmente, mi tío llevó el dinero a un terreno baldío en la Av. Juan Tanca Marengo, sitio en el que años después se construyó la discoteca Latin Palace. Esa dirección era también diagonal a una de las sucursales de la corporación Caterpillar.

Los malhechores habían pedido que el “hombre de fuego”, como ellos le decían a mi tío, sea la persona que entregue el dinero en el lugar acordado durante la noche. La señal exacta del terreno eran unas piedras blancas. Así cumplieron. En cuestión de minutos llegó un carro que hacía juego de luces que encandelilló a mi tío, quien dejó el dinero en el sitio que le dijeron.

En el carro de los secuestradores iban entre seis y ocho encapuchados, según le dijo mi tío a José. No lo recuerda con exactitud. Lo que recuerda es el nombre clave que uno de ellos usó para identificarse con mi tío, según habían acordado previamente. Ellos dijeron mi nombre.

-Soy Ernesto Jouvin. ¿Tiene el dinero?

-Sí, aquí lo tengo.

El “hombre de fuego” entregó los bolsos con los billetes de 100 en fajos, tal como le habían indicado, pero yo no estaba en el carro de los pillos. Es decir, no hubo canje inmediato y eso solamente aumentó la tensión en mi familia.

-¿Cuándo veremos a Ernesto?- preguntó mi tío Mario.

-Dígale a la familia que no se preocupe que será entregado sano y salvo. Ernesto está bien y será entregado vivo.

Al obtener el dinero los secuestradores tenían dos alternativas: pedir más por el rescate o liquidarme porque ya no les resultaba útil para sus propósitos. No obstante, me liberaron, pero no aquel domingo.

No obstante, los ingleses ya habían advertido de esta reacción. Para Simpson y Caper eso es parte del *modus operandi* de cualquier banda extorsionadora. Ellos tenían “el sartén por el mango” y lo que a mi familia le correspondía, a esas alturas, era orar con más intensidad para que yo resultara ileso.

Mientras me liberaban, los “Jack” explicaban al equipo de rescate más detalles acerca de cómo actúan los extorsionadores. El proceso es algo que consta en las páginas del libro “Secuestros y rescate”, que el inglés Richard Clutterbuck publicó en 1978, tres años antes de la aprehensión contra mi voluntad.

De esa obra quiero compartir algunos extractos muy útiles. Clutterbuck, quien fue general del ejército británico, indica ahí a qué personas escogen los malhechores, el por qué y cómo las seleccionan.

Afirma que las bandas, que en muchos casos son solamente células de grandes organizaciones terroristas, seleccionan a sus víctimas de acuerdo con el propósito: represalia política o simplemente extorsión a personajes públicos como ejecutivos de reconocidas corporaciones.

Según Clutterbuck operan, según las circunstancias, en las que se despliega personal para funciones específicas como los turnos de custodia hacia el secuestrado; los que se encargan de las negociaciones con los allegados de la víctima, los que merodean a los familiares para constatar que no llamen a la Policía. Todo eso ocurrió en mi caso.

Clutterbuck escribió:

“(...) La decisión más importante para los terroristas es la selección de su víctima. En la mayoría de los casos, los factores primordiales son si él, su familia o su firma tienen acceso a encontrar grandes sumas para el rescate y si estarían o no dispuestos a pagarla (...)”.

“(...) Otros factores son la vulnerabilidad de la víctima, su estilo de vida y publicidad conjunta con ese estilo, lo predecible de sus movimientos, sus actitudes a precauciones y seguridad, su protección en casa, trabajo y demás rutinas (...)”.

El experto detalló que las publicaciones de una empresa en la que su ejecutivo es protagonista son alertas útiles para cualquier secuestrador. Eso incluyen datos de directorios telefónicos, reportes de prensa cuando la compañía es muy conocida por su servicio a la comunidad. Esas publicaciones revelan la vida social de la potencial víctima.

Incluso, con números de teléfono y direcciones inician un rastreo sobre quien van a secuestrar. Confirman sus rutinas, entre ellas, el número de veces que sale y entra a su casa, los horarios en los que lo hace o quienes lo acompañan. Según Clutterbuck, se trata de un trabajo minucioso que dura varias semanas o, incluso, meses, tal como ocurrió en mi caso.

El fallecido autor británico también detalló otros casos de cómo operan estas personas en su libro.

“(...) En el caso de un secuestro en la carretera, se sigue el viaje a la víctima que va o regresa al trabajo (...).”

“(...) El 90% de los plagios ocurren cuando la víctima está en su carro, yendo o viniendo de su oficina, donde puede resultar difícil que varíe su ruta. Las calles angostas son escogidas con más frecuencia que las calles anchas en las que un chofer entrenado puede tomar acciones evasivas (...).”

“(...) Si la víctima tiene que caminar desde la puerta de su casa hacia un garaje o salir de su carro para abrir ese garaje, un secuestrador puede usar como el punto más fácil para la aprehensión (...).”

No fue mi caso, pero considero información útil para quienes lean este libro. Como relaté, a mí me secuestraron en el ascensor del edificio en el que mi vehículo estaba parqueado. Nunca tuve la oportunidad de subirme a mi auto.

El *modus operandi* de la banda que me secuestró se parece en cuanto al lugar de mi cautiverio y lo que viví, según añade el libro de Clutterbuck.

“(...) Los secuestrados son retenidos principalmente en áreas urbanas, aunque también los captores pueden usar casas desoladas de hacienda. El típico escondite es una vivienda suburbana pequeña. La prisión puede ser en un subterráneo oculto, que es menos vulnerable para ser registrado por los policías. Puede ser un cuarto común, en cuyo caso, la víctima es vendada en sus ojos para que no recuerde detalles como papel tapiz a la vista de una ventana (...).”

“(...) La técnica más efectiva y sutil para la desorientación mental, abatir y llevar a la depresión, es privar a la víctima de dormir y comer. También vendarle los ojos continuamente y taponarle los oídos o lo contrario: someterlo a mucha bulla, alternados con incesante luz o, en ocasiones, oscuridad (...).”

“El interrogador puede quedarse un largo tiempo con la víctima para madurar una relación de dependencia física o psicológica, ya sea por comida, comodidades o simplemente contacto humano. Tal dependencia ha desarrollado en muchas ocasiones que un raptor pueda influenciar psicológicamente en la víctima...”

Mucho de eso me sucedió. Estuve en un contenedor parecido a una cueva. Me sometían a incesante bulla y en ocasiones no comía. Efectivamente, tal como explicó Clutterbuck en su libro, “Serrano” influyó en mí y mi dependencia hacia él tenía que ver más con el contacto humano, pues era la única persona que hablaba conmigo y, al mismo tiempo, fue mi fuente de información acerca de lo que estaba haciendo familia para rescatarme.

De igual forma hay similitudes con la forma que usaron para presionar a mi familia, según detalla el libro “Secuestro y rescate”.

“(…) El primer mensaje escrito o llamada telefónica, invariablemente incluirá un fuerte y amenazante aviso de no informar a la Policía. También tratará de establecer dominación psicológica a favor de los secuestradores desde un principio (…)”.

“(…) Los raptos también demandarán un arreglo inmediato mientras la familia de la víctima permanece en estado de shock. Y lo harán antes de que se den cuenta que la víctima probablemente no será ejecutada si el propósito es cambiarla por dinero, aunque los malhechores amenazarán a la familia, empresa y al mismo cautivo con matarlo si no se cede a la extorsión (…)”.

“(…) Si los plagiadores han preparado su trabajo tendrán una idea de la cantidad que la familia pueda pagar como rescate. Ellos demandarán mucho más. Un arreglo por la quinta parte o menos de la cifra original se ha vuelto bastante común (…)”.

“(…) En todo caso, su reacción a la réplica inevitable de incapacidad para pagar la demanda original será dura y amenazante. Pueden decir: Si usted lo quiere ver vivo, debe pagar inmediatamente. No estamos interesados en negociar a no ser que usted esté de acuerdo de aquí a las 10 de la noche, si no cumple, lo mataremos (…)”.

En mi caso lo que aplicaron fue la publicación en el periódico como señal de si mi familia aceptaba canjearme por dinero. Luego optaron por la manipulación de las cartas que me obligaban a escribir para presionar o las amenazas de “Serrano” de mutilarme algún miembro de mi cuerpo.

Según Clutterbuck y los ingleses que intervinieron (Murphy, Simpson y Caper), toda banda de secuestradores tiene sus ventajas y debilidades. En el primer caso los raptos tienen a la víctima, saben en qué lugar están los familiares y demás involucrados con el rescate. Es decir, tienen la

visión interna y externa, pero la Policía (en caso de intervenir) y los negociadores no la poseen.

Además, los delincuentes saben que la mayoría de los familiares prefiere pagar antes de permitir la ejecución de la víctima. Por eso muchos de los secuestros son exitosos, es decir, obtienen el dinero que exigen para la liberación del secuestrado.

Explica que la participación de la Policía es riesgosa por las muertes que inevitablemente ocurrirían. No obstante, Clutterbuck sostuvo que entre 1973 y 1977 muchos secuestradores mataron a 64 personas, incluyendo a dos agentes, la Policía británica arrestó a 148 plagiadores. No hubo necesidad de herirlos o matarlos. Sin embargo, no es recomendable, según dijeron Murphy, Simpson y Caper, sobre todo porque en 1981 la Policía ecuatoriana no tenía preparación en cuanto a inteligencia de rescate, ni los recursos para ejecutar operativos.

Los terroristas conocen bien sus debilidades, pues lidian constantemente con la tensión del secuestrado. Ellos saben que si matan a la víctima antes de recibir el dinero pueden perderlo todo debido a que los negociadores demandarán la prueba de que el secuestrado está con vida. Si se comprueba que la víctima fue asesinada y los plagiadores siguen extorsionando a la familia corren el riesgo de que los policías los hallen y disparen sin temor a que la víctima resulte afectada porque simplemente estará muerta.

Los gastos no se limitaron a lo que recibieron los secuestradores para mi liberación. Mi familia y otros allegados desembolsaron 3'200.000 dólares, que contemplaba el pago a los ingleses, los de la CIA, al farsante parapsicólogo belga Gerard Croiset, quien dizque determinó las características del sitio en el que permanecí encerrado, lo cual nunca fue verdad.

También había otras personas mal intencionadas que opinaban, quienes decían que me habían visto de farra o que estaba de viaje a Miami. Otras más perversas dijeron que lo mío era un "autosecuestro". Es decir, había muchos "dimes y diretes".

Antes de la llegada de los ingleses, se pidió a la policía nacional que colaborara en mi búsqueda y para esto se incurrió en alquileres de carros que había que incluso proveerlos con la gasolina correspondiente, y que semanalmente los dañaban enseguida.

Además, se sumaron los 510.660 sucres que mi papá le canceló al dueño de Ariel, la revista que pretendía publicar mi situación sin importarle el riesgo que eso representaba para mí.

En todo caso, el libro “Secuestro y rescate” afirma que la debilidad más grande de la banda es el tiempo, sean días o meses. Cada día extra a lo planificado aumenta la oportunidad de ser descubiertos. Y eso pasó en mi caso, me liberaron la noche del miércoles 12 de mayo de 1982, poco después de recibir el dinero, pero en el camino para devolverme a mi familia hubo un accidente que los ahuyentó. Después de mí ningún otro empresario fue secuestrado durante el resto del año. La banda huyó y yo volví a casa.

CAPÍTULO 5

La liberación

Había dicho en capítulos anteriores que cuando supe del pago por mi rescate temí por mi vida. Sin embargo, la noche del lunes 10 de mayo, “Serrano” me dijo que al día siguiente no me iban a dar de comer para que me debilitara. Horas después me inyectaron y me forzaron a entrar en un *sleeping bag*.

Antes de entrar al *sleeping bag* me afeitaron a medias. Por primera vez vi mi rostro en un espejo después tras aproximadamente 145 días de cautiverio. Obviamente, me impresionó la imagen que mis ojos captaron. Me negué a reconocerme. El afeitado fue solamente en la barbilla y un poco de espesor. Me dejaron unas patillas largas, al estilo de los expresidentes Plácido Caamaño, Antonio Flores Jijón o Luis Cordero Crespo, quienes gobernaron al Ecuador entre 1883 y 1895.

Después de la inesperada rasurada me dejaron dos libros más acerca del nacimiento de Israel como Estado, entre ellos “Oh, Jerusalén”, de Dominique Lapierre y Larry Collins. Una vez más lo leí. La idea de los secuestradores era mantenerme ocupado hasta la noche en que regresaron para taponarme los oídos con algodones, vendarme los ojos e inyectarme el sedante.

Posiblemente salimos la noche del martes 11 en un vehículo, que después supe era un *jeep* Daihatsu 1.600 por la vía Chiriboga. Esta vía une a Quito con Santo Domingo de los Tsáchilas, era lastrada y escabrosa. Esos detalles los conocí después, a través de investigaciones, publicaciones y testimonios, pues yo estaba sedado.

Cuando el vehículo circulaba por esa vía el carro se volcó aparatadamente sobre la maleza, según reseñó la revista *Vistazo* pocos días después de mi liberación. El *jeep* cayó por la ladera de una quebrada hasta quedar envuelto en un árbol, a una profundidad de posiblemente 30 metros, dijo también la misma revista días después de mi liberación.

Afortunadamente, la enmarañada vegetación amortiguó el carro y por eso no se destruyó completamente ese vehículo. Gracias a eso puedo escribirles esta historia cuatro décadas después.

Todos los ocupantes resultamos ilesos de la espectacular caída. Iba una mujer al volante. Recuerdo haber visto a dos personas solamente, una era esa mujer. Recuerdo también que iba en la cajuela que estaba en la parte trasera del *jeep*.

En esta ocasión yo viajaba dentro del *sleeping bag* con los ojos vendados y las manos atadas, aunque no tan bien como ellos creían.

Los golpes que recibía al dar vueltas de campana el vehículo me despertaron. Cuando el movimiento se detuvo fue cuando oía a la chica decir, con acento colombiano al otro ocupante:

-¡Salgamos de aquí!

-¡Sí Ninoska, apúrate!- le respondió él.

Dentro del saco empecé a liberarme de las ataduras de las manos con mis dientes. Luego abrí el cierre del *sleeping bag*, me saqué la venda de los ojos, pero seguía sin ver, pues tenía unos algodones con parche sobre los ojos. Me los quité también y alcancé a ver cuando salían del carro.

En ese momento a ellos les interesaba su propia integridad física, no yo, pues ya tenían el dinero que exigieron a mi familia. Mis captores corrían el riesgo de ser atrapados por el estado de vulnerabilidad en el que estaban debido al accidente.

Comencé a escapar arrastrándome hacia a la puerta que estaba abierta. Cuando asomé la cabeza, ella me vio y le dijo a su compañero:

-¡Mira se sacó la venda!

De inmediato el secuestrador rastrilló una pistola y me apuntó a la sien. Me amenazó:

-Póngase las vendas de nuevo o lo mato.

-Me las colocaré enseguida, pero no me dejes aquí porque apesta a gasolina y después de lo que he pasado no quiero morir quemado- le respondí.

Ellos me ataron otra vez las manos, me pusieron dentro del saco y me halaron hacia arriba para alejarme del vehículo. Luego me dijeron que permaneciera quieto y que me dejarían con un guardia de custodia. Supuestamente ellos iban en búsqueda de otro carro para reemplazar el que se había volcado.

Acto seguido me acostaron. Después de un rato ya no escuchaba ningún movimiento humano alrededor, solamente el trinar de unos pájaros. Entonces, volví a desatarme. Otra vez bajé el cierre, me quité las vendas de nuevo y seguía oscuro hasta que mis ojos se acostumbraron. Me di cuenta de que tenía ramas encima que me camuflaban. Quise levantarme, pero me dolía mucho la rodilla derecha. Entonces, tomé una rama que me sirvió como bastón.

Llovía a cantaros y me moría de frío. Estaba vestido con una guayabera y un pantalón ligero, es decir, la ropa con la que me habían secuestrado. Los pantalones se me caían y debí agarrarlos con la mano izquierda. Con la derecha me apoyaba en el bastón. Así avancé al carro para buscar algo con que cubirme del frío.

Hallé un chal de tela gruesa de color gris que estaba empapado por la lluvia, igual lo usé. Di la vuelta y empecé a subir la empinada quebrada, pero me resbalaba. Solamente tenía una pierna hábil para impulsarme. Entonces, utilicé el bastón para cavar pequeños huecos que me permitieran asentar el pie y arrastrarme hacia arriba.

Cuando llegué a la carretera me percaté que había luna llena. Antes no me daba cuenta por el follaje que me cubría. La luna estaba en el cenit, es decir, sobre mi cabeza. Con eso podía calcular la posible hora, entre las once de la noche y una de la madrugada.

A mi derecha el camino era de subida y había una curva a la izquierda. Por el frío y la lluvia pensé que estaba en la Sierra. Me dije que si iba a la derecha y subía el destino sería un páramo, pero si tomaba la izquierda lo más seguro era que llegaría a un valle. Decidí caminar por la izquierda en un camino pedregoso y yo sin zapatos. No tardé en lastimarme los pies debido al terreno que pisaba. Empecé a sangrar y mientras caminaba dejaba rastros de sangre por el camino.

El escape de los secuestradores

Días después de mi liberación revista Vistazo publicó una serie de reportajes. En uno de ellos cita a Manuel Delgado, un morador del sector en donde se produjo el accidente. Según la publicación, él fue primero quien trató con “Ninoska” y el otro secuestrador. No sabía nada de este señor Delgado hasta que apareció su nombre en la revista.

En la publicación Delgado dice que, aproximadamente a las cuatro de la madrugada, escuchó los ladridos de sus perros. Pensó que se trataba de algún intento de robo. Entonces, miró por la ventana de su casa, que era contigua a la carretera. Desde ahí distinguió a dos hombres y una mujer que se habían detenido a unos 10 metros de su vivienda. Estaban conversando, posiblemente se referían al accidente y a mi posible desenlace, pues me habían dejado dentro del *sleeping bag*, atado, vendado y camuflado debajo de unas ramas.

Mis captores pasaron frente a esa casa en silencio. No querían despertar sospechas, su intención era pasar inadvertidos. Retomaron su charla en una curva cercana. Probablemente intercambiaban ideas sobre qué hacer en esas circunstancias, pues estaban en riesgo de ser

atrapados por la Policía. Intuían que ya estaba enterada de mi liberación luego del pago efectuado pocos días antes.

Delgado solamente le dijo al sargento Avelino Estacio, quien investigaba el suceso, que uno de los secuestradores llevaba una maleta. El morador no pudo distinguir mayor cosa por la oscuridad en la carretera.

Según la revista Vistazo, los secuestradores tuvieron contacto con Segundo Vasco, dueño de un par de camionetas que utilizaba para el reparto de leche. Ambos le pidieron que le alquilaran uno de los vehículos para escapar.

Vasco recordó la versión de la mujer. Había dicho que estaban extraviados en la cordillera y formaban parte de una excursión desde Santo Domingo de los Tsáchilas. El comerciante detalló que los secuestradores estaban empapados por la llovizna de la madrugada. A cambio de 500 sucres, ella pidió que los llevaran en la camioneta.

Segundo Vasco recibió el dinero y asignó al chofer Fulvio Pauta para que condujera una de las camionetas en las que irían mis captores. El primero de ellos desconfiaba de la pareja y por eso dispuso que Miguel Moina, otro de sus empleados, los acompañara.

Pauta y Moina observaron detenidamente cada movimiento de la pareja y los describió de la siguiente forma:

“Ella hablaba en voz baja y con acento colombiano. Era delgada, alta, trigüeña, de ojos color café claro. Vestía pantalón blue jean, saco y blusa de tono azul. Tendría unos 18 años o quizás 20. Cuando se subió a la camioneta se apoyó en el asiento con las dos manos y permaneció erguida, sin arrimarse al respaldar. Se la veía golpeada y su rostro evidenciaba que sentía dolor. Él era rubio, de estatura mediana. Portaba una maleta. Lucía como si se hubiera afeitado recién y vestía una chompa impermeable y zapatos amarillos”.

La revista Vistazo reseñó que tras 15 minutos de recorrido apareció otro sujeto en la carretera. Ninoska pidió que la camioneta detuviera su marcha y se dirigió al caminante.

-¿Tu también te encuentras perdido?

-Así es Ninoska.

El sujeto también se embarcó en la camioneta, registró el reportaje. El nuevo pasajero portaba una canasta de mimbre.

Desde que se embarcó el tercero nadie dijo una sola palabra. El silencio reinaba dentro de la camioneta hasta que llegaron a su destino. Según Pauta y Moina, eran las siete y cuarto de la mañana.

-¿Tienes algo de comer en esa canasta?- preguntó ella.

-Sí- respondió el sujeto quien le entregó una funda de Supán.

El relato de Vistazo afirma que los tres secuestradores se bajaron del carro ante la desconfiada mirada de quienes les hicieron el flete. "Ninoska" y sus compinches cruzaron la vía asfaltada y se encaminaron hacia Quito. Pauta y Moina no volvieron a verlos. De hecho, nadie más supo de ellos.

Volviendo a mi odisea

No sé cuánto caminé en esas condiciones, pero cerca del amanecer divisé una construcción en el borde del camino. Era un techo grande, con motores grandes y una malla que estaba afuera para impedir el paso de intrusos. Me acerqué, toqué la cerca con fuerza y pedía ayuda a gritos. Ese sitio se llamaba La Palma, que era una estación de bombeo de petróleo.

Al rato se levantó alguien, que tenía aspecto militar y estaba mal encarado. Luego supe que se llamaba Ángel Monzón. A grito pelado le conté quien era yo y lo que me había pasado.

Le pedí que llamara a mi casa, a la de mis padres y a la de mi hermano. Cuando accedí a llamar, a regañadientes, le dicté los nombres y números de mis familiares. Llamó a esos números, pero los teléfonos sonaban ocupados. Eso me dijo con un tono áspero y me fui. Me pareció raro que a esa hora todos los teléfonos estuvieran ocupados. Entonces, seguí mi camino en precarias condiciones físicas.

Después me enteré que Monzón se comunicó con un superior, de quien supe después que se llamaba Carlos Corral, para que hiciera contacto con mi familia que permanecía en Guayaquil, a través de los nombres y números que le dicté.

Nadie quería ayudarme debido a mi aspecto. Tenía la imagen de un vagabundo, pues lucía barba larga, afeitada a medias, ropa demasiado holgada y estaba sucio, pues no me había bañado en meses debido al cautiverio que me sometieron los secuestradores. Cojeaba y apenas podía andar con la ayuda de un improvisado bastón. Nadie imaginaba que yo era un reconocido empresario, menos que había permanecido retenido contra mi voluntad.

En el camino había cruzado palabras con una mujer, que según la revista Vistazo, se llamaba Luz América Arteaga.

-Necesito que me auxilie, por favor, estuve secuestrado durante más de cinco meses y estoy lejos de mi familia.

-No sé nada, yo no puedo hacer nada, siga más adelante.

Fue muy tajante, pues esta señora desconfió de mí por mi apariencia. Y no era para menos. Ya me había visto en el espejo cuando me afeitaron y estaba irreconocible.

Lo mismo me pasó con otra mujer. No recuerdo su nombre, pero Vistazo la cita como Rosa Riascos de Ocampo. El fugaz y tajante diálogo fue:

-¿Dónde hay una vía pavimentada?

-Avance más adelante y ahí encontrará la vía.

-Pero, ¿cuánto falta para llegar a Guayaquil?

-No tengo idea.

-¿Alguien me podrá alquilar un carro?

-No.

Quizás creyó que le iba a robar o quizás se imaginó que era un loco y podía lastimarla. Se sentía indefensa y yo temía que los secuestradores volvieran a encontrarme, pues ellos me habían atado y dejado adentro del *sleeping bag*, además de escondido por un follaje. Cualquier represalia era posible.

Seguí mi camino hasta que me encontré con una casita. Ahí vivía un ganadero, llamado Segundo Jara, que estaba ordeñando.

Aguardé en su vivienda porque un carro lechero iba hacia su casa para llevarse lo que Jara había ordeñado de sus dos vacas y que reposaba en baldes metálicos. Ese vehículo me podía llevar hacia el carretero pavimentado.

Jara me ofreció un vaso con agua. Era un envase de vidrio, el primero que veía luego de casi seis meses de beber en un vaso plástico rosado. Todavía no sabía que vendría el lechero, así que bebí el agua y mientras lo hacía le dije:

-Soy empresario con recursos económicos, pero sufrí un secuestro. Si no puede venderme una bicicleta, una moto, o escóndame en un lugar seguro hasta que venga mi padre por mí.

Obviamente no me creyó y más bien me miró con mucha desconfianza. Él no sabía si yo era un demente o un malhechor.

Luego llegó la camioneta lechera, que era uno de los vehículos de Segundo Vasco, el mismo que antes había cedido una Datsun 1.300 para que Fulvio Pauta y Miguel Moina llevaran a los secuestradores. Vasco no sabía eso. De hecho, él mismo conducía el carro lechero.

Vasco también tenía dudas por mi apariencia, pues además de la pinta que antes describí, sangraban mis pies, llevaba medias con los talones rotos. Según él, yo había escapado de alguna cárcel, pero le insistí que no.

-Don Segundito, lléveme a Guayaquil, por favor. Mi padre le dará una recompensa porque en este momento yo no tengo cómo pagarle.

Creo que pasadas las siete de la mañana me embarqué en el carro con Vasco, quien estaba acompañado por dos indígenas. Uno de ellos se fue el balde del carro para que yo pudiera viajar en la cabina con el dueño, a quien le conté la historia. Al oírlo me creyó porque la descripción que hice de mis captores encajaba con la de quienes le pidieron el flete primero en la otra camioneta.

En el trayecto se encontraron con Héctor Gavilánez, otro productor de leche quien se compadeció de mí y me regaló un billete de 100 sucres para que más adelante pudiera comprar un pasaje que me llevara a Guayaquil.

Gavilánez me había reconocido porque él había trabajado en una imprenta y conocía la historia de mi familia en La Reforma.

Antes, Vasco me había sugerido que denunciara mi caso en el cuartel de Policía en Santo Domingo de los Tsáchilas, pero me negué. No quería que los agentes se enteraran de nada, pues temía que los secuestradores estuviesen merodeando por allí y tomaran represalias contra mí por el accidente.

“Serrano” me había advertido que la Policía (seguramente frustrada por no haber podido intervenir en nada) debía estar “picada”. Con seguridad, si me encontraban me hubieran matado, solamente por no dar la razón a la forma cómo se manejó el rescate. Temía por mi vida debido a esas situaciones.

Como me negué, Vasco dudó un poco porque le pareció raro que la víctima de un secuestro no quiera denunciar ese delito ante la Policía. Entonces, me dejó en la unión entre la vía Chiriboga, que era lastrada y la pavimentada que viene desde Quito.

Me bajé de la camioneta y en el lugar estaban varios indígenas esperando un bus. Cuando me vieron se alejaron debido a mi aspecto, el de un barbudo, con pelo larguísimo, sucio, embarrado de lodo, con uñas como garras, pies sangrantes yapestoso. Mantenía la cobija que había cubierto y protegido del frío.

Llegó el transporte público y los indígenas se embarcaron. Detrás de ellos me subí también. Le pregunté el precio del pasaje al chofer y me respondió que costaba 60 sucres. Me senté detrás del conductor, mientras los indígenas se habían situado al fondo del bus. No recuerdo si era de la cooperativa Occidental o flota Ecuador. Ese transporte me condujo hasta Santo Domingo de los Tsáchilas.

Le pedí al chofer que cuando llegara a esa ciudad me avisara cómo llegar a la sucursal de La Reforma que estaba en Santo Domingo de los Tsáchilas. En realidad, quedaba cerca de la terminal de buses y yo no lo sabía.

De hecho, había llamado a un taxista, quien, pese a mi desagradable apariencia, se detuvo. Cuando le pregunté si me podía llevar a La Reforma se sorprendió porque yo no necesitaba una carrera para llegar allí. Podía ir caminando.

Llegué a La Reforma. Ahí me recibió Washington Ortiz, pero no me reconoció cuando me escuchó y le dije:

-Wacho Ortiz, soy Ernesto Jouvin.

-Ya, ya, no me moleste.

-Es en serio, soy Ernesto Jouvin Vernaza y estaba secuestrado.

-Y yo el papa Juan Pablo II.

Cuando se voltea se sorprende al verme. En ese momento, pese a mi estado, sí me reconoció.

-¡Don Ernesto! ¡De veras, sí es usted!

-Sí, necesito un teléfono para llamar a mi papá.

-Lo que necesita usted es una ducha. Venga lo llevo para que se bañe.

-Muchas gracias, pero no quiero molestar.

-No se preocupe, mientras usted se baña yo lo llamo.

Me condujo por las escaleras con piso de madera hacia el baño. Él tenía un departamento arriba de la oficina. De inmediato me ofreció un jabón y toalla para asearme. Me bañé con agua caliente y fue la mejor sensación que había experimentado luego de tantos meses en cautiverio.

Al bañarme me senté en el suelo y me enjaboné varias veces. No era para menos si los secuestradores no me habían permitido asearme durante meses.

Ya estaba limpio, pero todavía conservaba uñas largas, la barba y el pelo largo. Cuando salí de la ducha pensé usar la misma ropa con la que llegué, pero Ortiz me había llevado otras prendas, las suyas.

Uno de esos atuendos era un calzoncillo muy angosto y le dije que eso me iba a quedar muy apretado. De hecho, creía que no entraría en tan “diminuta” prenda. Ortiz me recordó la extrema delgadez en la que estaba. Sabía que había bajado de peso, pero eso no lo relacionaba con la ropa ajena.

Mi peso habitual a mis casi 40 años era de 180 libras, pero en casi seis meses había bajado 40. Es decir, pesaba 140 cuando fui liberado. Ortiz tenía la misma contextura que yo, al menos en ese momento sí.

Accedí a usar el calzoncillo, los pantalones y la camiseta que aquel hombre me había ofrecido. Minutos antes él había cruzado a la calle donde quedaba Radio Zaracay. Allí pidió prestado el teléfono para llamar a mi papá y decirle que estaba a salvo en La Reforma de Santo Domingo de Los Tsáchilas.

A esas alturas la Policía Nacional estaba enterada y, a través del Servicio de Investigación Criminal y los agentes rurales, dispuso la investigación en la zona donde creían que podrían encontrarme. El teniente Manuel Borja y el sargento Avelino Estacio estaban a cargo del operativo.

No obstante, mi papá se comunicó con el general Frank Vargas Pazzos apenas se enteró de mi liberación al recibir la llamada de Ortiz. En aquellos días, el ahora exmilitar manabita, era comandante del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas y, además, amigo de nuestra familia.

Vargas Pazzos estaba a cargo de la base aérea en Guayaquil y le cedió un helicóptero a mi papá para que pueda ir de inmediato hacia Santo Domingo de los Tsáchilas. El viaje por tierra era demasiado largo.

Además de mi papá también se embarcaron mi hermano José, Romero Parducci y el capitán Insua, pero lamentablemente el helicóptero se quedó en las afueras de la ciudad porque la neblina impidió el resto del viaje.

Los pasajeros se bajaron en un trigal cercano a la carretera. En la vía esperaron el paso de algún bus interprovincial para ingresar a la ciudad. En el grupo se distinguía mi papá por su elegante atuendo.

Lucía un terno verde con una corbata del mismo color, según me contó mi hermano. Con esa pinta, en lugar de conducir un auto de lujo, mi papá estaba “haciendo dedo” para que algún vehículo se detuviera y llevara al grupo a la ciudad. Hoy aquella anécdota me parece muy graciosa. Después de todo nuestro reencuentro estaba más cerca que nunca.

Finalmente hubo un transporte público que los trasladó hacia Santo Domingo de los Tsáchilas. Me dijeron que demoraron alrededor de 45 minutos en llegar en ese bus interprovincial.

Wacho me ofreció un cebiche y una cerveza. La primera comida decente que tenía, y la cerveza estaba riquísima.

Yo me había aseado recientemente cuando escuché la voz de Insua:

-¡Eto!

-Eddie, ¿eres tu?-, respondí.

-¡Sí, soy yo! ¡Ya estamos aquí!

Después vi al resto de la comitiva y nos fundimos en un solo abrazo, sobre todo con mi papá. Fue un momento muy emotivo. Mi padre y mi hermano fueron los primeros familiares que vi luego de tantos meses de incertidumbre, meses en los que creí no volverlos a ver nunca más.

De inmediato nos embarcamos en un taxi que tomamos con rumbo al hotel Zaracay. Allí, en un patio, había aterrizado el helicóptero, pues las condiciones climáticas habían mejorado. Así que nos subimos, abrimos una botella de whisky y celebramos mi liberación. No obstante, en el camino, aunque era muy corto, no dejaba de pensar en el sufrimiento que vivieron mi esposa Laura y mis hijos.

CAPÍTULO 6

Daños colaterales

Definitivamente no fui el único que sufrió con el secuestro. Los daños colaterales fueron inevitables. Eso lo padecieron mi esposa Laura y mis hijos quienes no participaron de las negociaciones con mi papá y mi hermano.

A ella no le gusta recordar ese amargo episodio de su vida. Muchos recuerdos los ha bloqueado. No obstante, cuando llegué a casa muchos periodistas nos abordaron y las entrevistas no cedieron. Yo conté mi versión, ella relató su vivencia, pero después no quiso hablar más. Hasta ahora.

Me costó convencerla un poco para que me refrescara la memoria y de ese modo contarles con exactitud lo que ocurría en mi casa mientras yo estaba encerrado en el contenedor durante más de 140 días.

Ella prefiere referirse a mi secuestro como “vacaciones”. Es decir, las mías. No le gusta pensar que aquellos meses de ausencia fueron por un plagio debido a lo dolorosa que resultó esa experiencia.

Laura es una persona muy reservada en cuanto a su vida privada y, por supuesto, la de la familia. Defiende esa privacidad con “uñas y dientes” como coloquialmente se dice, pero no pudo hacerlo más cuando me liberaron porque el acoso de los medios de comunicación fue inevitable, pese a que ellos respetaron el silencio que pidieron mis allegados durante mi encierro.

Los periodistas reclamaron reciprocidad apenas conocieron de mi liberación, pues peleaban entre sí por obtener la exclusiva con el sobreviviente de un rapto que duró casi medio año. La familia, encabezada por Laura durante mi ausencia, no podía quedar marginada de las declaraciones. Ese fue el grupo que sufrió en casa mientras mi hermano, mi papá y el resto del equipo negociaban con mis captores.

Solamente alcancé a besarla, pues los reporteros de radio, televisión, cronistas, fotógrafos y más se abalanzaron hacia nosotros. Yo todavía sentía los dolores de los golpes que sufrí durante el accidente y seguía débil tras la odisea, cojeando y con poco alimento desde que me liberaron del contenedor.

Antes del secuestro yo había desarrollado la costumbre de llamar por teléfono a la casa para avisar que iba en camino desde mi oficina. Siempre me reportaba por cualquier eventualidad, pues mi trabajo era exigente y en ocasiones debía quedarme más tiempo en la oficina. Si ese era el caso, llamaba a Laura para avisar mi retraso.

A las ocho de la noche siempre estábamos juntos en el comedor para la cena, pero no ocurrió aquel 17 de diciembre. Ni llamé, ni llegué. Eso alertó a Laura. Evidentemente se preocupó por mi falta de contacto.

La Navidad y el Año Nuevo estaban muy cerca y por eso el impacto de mi desaparición fue mayor para la familia. También se aproximaban las vacaciones de mis hijos tras la finalización del año lectivo.

Mi esposa sostiene que los secuestradores deliberadamente escogieron diciembre para secuestrarme para aprovechar la sensibilidad de los afectados al momento de negociar, sobre todo cuando se trata de una familia unida. Esa hipotética disponibilidad de los allegados les permite a los extorsionadores, en muchos casos, a exigir lo que desearan.

Ella tenía razón, pero desconocía qué hacer en esa situación y eso la frustraba. Por eso, según los expertos ingleses de Control Risk, decidieron que ella se mantuviera al margen de la negociación porque se necesita “cabeza fría” para eso.

En vista de que no llamé, ni volví al hogar a la hora establecida, ella se comunicó con su hermana Leticia, pero no con mis padres porque no quería preocuparlos. Hasta ese momento Laura creía que en el camino se había ponchado alguna llanta de mi carro y como no existían los teléfonos celulares yo no podía comunicar mi retraso. Mi esposa suponía que salí de la oficina con normalidad y que el imprevisto ocurrió en el trayecto. Ella no tenía idea de que se trataba de un secuestro.

No lo imaginaba porque siempre fuimos cuidadosos en la calle. Siempre hemos evitado transitar por sitios desolados para no ser presas fáciles de la delincuencia, que en aquellos días era moderada en comparación a la realidad actual. Los secuestros a empresarios no era algo común. Mi caso marcó un antes y un después en cuanto a la seguridad ciudadana.

Tampoco les dije nada a nuestros hijos. Tenía esperanza de que volviera a casa con alguna explicación acerca de mi retraso. Al principio no se mostraba pesimista. No quería pensar la posibilidad de algún accidente de tránsito, por ejemplo.

Alrededor de la una de la mañana María Leonor Savinovich, esposa de mi hermano José, le dije, casi a escondidas, a Laura que alguien había dejado un papel en el zaguán de la casa de mi padre. Mi hermano y su familia vivían junto a mi casa en Urdesa. Se trataba de la misiva sobre la

venta del oboe que ya he relatado en capítulos anteriores. En aquel momento reinaba el hermetismo.

Pese a eso mi cónyuge no quería pensar en lo peor. Con esperanza, pensaba que lo de la carta era una broma de mal gusto que alguien quiso jugarle a mis padres. Se acostó a dormir y por la mañana envió a nuestros hijos al colegio como era la costumbre, pero mientras ellos estaban en clases recibió muchas visitas. Acudieron amigos nuestros, entre ellos Gonzalo Ycaza, un compadre de Laura. Cuenta que a él lo percibió muy preocupado. Mi secuestro ya era *vox populi*, al menos dentro de nuestro grupo cercano.

Mi secuestro ya era *vox populi*

La incertidumbre empezó a invadirla, sabía que algo andaba mal y que la situación era grave. Por el lado de los Arosemena era poco lo que conocían sobre mi captura. Ella, prácticamente, no tenía a quién recurrir para enterarse de pormenores, pero ante nuestros hijos conservaba la calma y compostura, pese a que ellos preguntaban por mí.

Su sorpresa fue mayúscula cuando Ernesto, el mayor de mis vástagos, le dijo que ya estaba enterado.

-Mami, ya sé lo que sucede.

-¿Y qué es lo que sabes?

-Que mi papá está secuestrado.

-¿Y tu como sabes eso? Ni yo sé lo que pasa.

-Me contaron mis compañeros.

A Laura le chocó que aquellos muchachos le hayan dicho eso, pero también comprendía que no lo hicieron con mala intención. Ella no quería que Ernesto, Roberto y Guillermo se enteraran. A esas alturas ya estaba convencida de mi secuestro, pero pensaba que en cuestión de horas me liberarían. Entonces, no deseaba sobrecargarlos de preocupación al regresar de clases.

Los compañeros de mi hijo lo que quisieron fue animarlo porque pensaron que Ernesto estaba deprimido. Es decir, se lo contaron con el ánimo de solidarizarse. La noticia había salido de nuestro entorno porque en el colegio donde estudiaba Ernesto ya muchos lo comentaban.

Cuando mi padre y mi hermano publicaron el aviso en diario Extra mi esposa ya no tenía dudas. La situación le afectó tanto que mi suegra, también llamada Leticia, fue a nuestra casa para vivir con Laura y mis hijos. Y no acudió sola, también fueron mis cuñadas, otros familiares y hasta amigas suyas. Sabía que requería soporte emocional y por eso se turnaron en la convivencia con Laura.

Con el paso de los días fue evidente el nerviosismo de mi esposa y eso lo podían ver nuestros hijos. Simplemente no podía disimularlo y para evitar que la vean en ese estado quiso dormir gran parte del tiempo, a través de sedantes. En su cabeza concebía la idea de que yo llegara como el “príncipe azul” para despertarla con un beso como si ella fuera la “bella durmiente” de los cuentos. Quería eludir la situación, pero mi suegra se lo impidió. Le dijo que debía mantenerse despierta para sus hijos porque la necesitaban.

Laura se sometió a terapias con un psicólogo durante los meses en que permanecí encerrado y tomaba pastillas para calmarse, recetadas por aquel profesional. Ingirió tantas que percibió como su mano perdía el control de sus movimientos, que eran lentos. Sentía los efectos de los fármacos. Se sentía drogada.

Mis hijos debían continuar con su vida normal en circunstancias que no eran normales. Tenían que seguir con rutinas como las de ir al colegio, recibir clases y rendir exámenes. No podían permanecer encerrados por temor a que algo les suceda y por eso estas personas que vivían en la casa se turnaban para llevarlos a estudiar o a cualquier otro sitio, según la necesidad.

Las amigas de Laura parqueaban sus carros no a dos cuadras de nuestra casa y mucha gente creyó que con ellas se organizaban fiestas porque desconocían la realidad.

A nuestros hijos les afectó porque se sentían privados de jugar en los alrededores de la casa. No podían andar en bicicleta y otras actividades propias de niños y adolescentes. A mi familia no solo le tocó lidiar con la tensión del secuestro, pues adicionalmente soportaron los comentarios maliciosos de muchas personas. Hubo muchos chismes, muchos “dimes y diretes” como anteriormente dije.

El plagio alteró muchas costumbres de la familia, entre ellas, la visita dominical que le hacíamos a mis padres. Durante la mitad de mi encierro dejaron de ir a su casa, pero Laura le propuso a mi padre que se

reanudaran los almuerzos de aquel día precisamente para mantener la unión y fortaleza familiar durante mi ausencia.

Mis padres reconocieron que les causaba mucho dolor y nostalgia ver mi silla vacía durante los almuerzos dominicales, como si hubiese fallecido. Pero Laura siempre fue frontal, “sin pelos en la lengua”, y les dijo:

-¿Qué pasaría si hubiera enviudado por otra situación? ¿Dejarían de invitar a mis hijos para pasar un domingo con sus abuelos? ¿Dejarían de invitarme? Ernesto ni siquiera está muerto. Eso no puede ser, sobre todo porque siempre hemos sido unidos.

Desde entonces Laura y nuestros hijos retomaron las visitas dominicales a mis padres. No obstante, hubo una variante. Ya no se sentaban en la mesa de comedor para no ver el asiento vacío. Se trasladaron al bar de la casa. Estaban mi esposa con nuestros vástagos, mi hermano José, su mujer y mis sobrinos.

Durante el resto de la semana en la que se realizaban las negociaciones con la asesoría de los ingleses, Laura se las ingeniaba para enterarse un poco lo que el equipo de rescate hacía.

Al principio, ella creía que eran israelitas, luego supo que eran británicos. Sus primas y hermanas le decían lo que indagaban, pues el grupo de rescate trataba de mantenerse lo más hermético posible. Supo de cómo los ingleses se adelantaban a ciertos hechos de los secuestradores. Allí entendió el profesionalismo de los agentes enviados por Control Risk.

Sin embargo, Laura pensaba que no le querían informar para no hacerle daño. Ella sostenía que eso no le causaba mal, sino la incertidumbre de no saber exactamente el proceso. Luego comprendió que era necesaria la participación de personas frías y calculadoras para tomar decisiones. Cualquier movimiento impulsivo podía ser fatal. La verdad es que mi esposa no estaba preparada para asumir esas responsabilidades y aquello se reflejaba con la inicial actitud de permanecer dormida.

En Urdesa, Laura pasaba mucho tiempo en su cuarto, aferrada a un poncho amarillo que lo consideraba como su atuendo de seguridad. Así lo reconoció ella cuando volví del secuestro. Se sentía insegura, según su propia confesión, pero su familia, los Arosemena, siempre estuvieron

pendientes. Le inyectaban esa seguridad que necesitaba con urgencia, sobre todo en aquella Navidad que pasaron sin mí.

Los sueños de Laura

Mi esposa tiene el don de recibir revelaciones con los sueños. Por ejemplo, cuando ella llevaba en su vientre a nuestro hijo Ernesto tuvo una revelación de lo que ocurriría dos años después. Lo había visto rubio y zambo, vestido con pijama. Cuando el niño tuvo esa edad se corroboró aquella imagen. Para ella fue como un *deja vu*.

A Roberto, durante el embarazo, lo vio después de seis meses y lacio, sentado en el mesón del baño con una ropa que a mí no gustaba. Era un atuendo para niños españoles, pero a mí me parecía de niña. Como fuere, aquel sueño se cumplió cuando Roberto tuvo esa edad.

Luego soñó con Guillermo, el menor, sin conocerlo tampoco. A él lo vio, en el sueño, recién nacido, delgado y con largas extremidades. También se cumplió aquella imagen. Luego ocurrió lo mismo con sus nietos.

Relato este atributo de Laura porque durante mi secuestro ella tuvo una visión acerca de la apariencia que tendría al regresar a casa. Me vio, de pie, afuera en la puerta de entrada peatonal del jardín de nuestro hogar, con una frazada azul, apoyado en un bastón y con algo que me brillaba en la cara.

A propósito, tengo una anécdota de aquella vez en que vino un peluquero para cortarme el cabello. Resulta que un amigo muy querido, Diego Ante García, sugirió que me dejara el bigote como un recuerdo vivo y diario de lo que había vivido. Me pareció buena idea y desde ese entonces uso bigote.

Volviendo al relato de mi esposa, esa visión era la certeza que ella tenía acerca de mi liberación. Pese al sufrimiento, ella sabía que yo no iba a morir en el secuestro. Estaba convencida de mi retorno, sano y salvo. Efectivamente así lucía yo, pero por la carretera en la Sierra durante la madrugada del 12 de mayo. Definitivamente ese sueño fue una revelación divina.

Laura es una mujer muy católica y llena de fe. Eso se reflejó durante mi ausencia cuando intensificaron los tiempos de oración en mi favor. Durante la mayor parte del tiempo ella y el resto de los adultos en la casa se sometieron a los rezos del rosario, incluso, hasta la madrugada.

Mi esposa había contado aquella visión a mis cuñadas, pero ellas no le creían y pensaron que deliraba. No obstante, ella estaba en lo cierto, con esa pinta yo hubiera entrado a mi casa. Lo que cambió eso fue el accidente. La idea de los plagiadores era dejarme con ese atuendo cerca de la casa y debía ser aquel lugar con el que Laura tuvo la visión.

Cuando pasó todo, incluso, la vorágine de entrevistas me contó de aquella visión. Laura tenía duda de aquel brillo. Resultó que se trataba de mi barba. Todo encajaba, la revelación fue exacta. Fue como una profecía.

Además de Laura, su prima Beatriz Orrantía, ya fallecida, predijo que yo volvería a casa el miércoles 12 de mayo y acertó. Ella, incluso, había enviado estatuas de santos y diversas vírgenes, entre ellas Lourdes, de la Merced, Guadalupe y más, desde Miami, Estados Unidos, donde residía. Laura conserva esas estatuas en su oratorio.

En todo caso y mientras todavía estaba secuestrado, Laura permitió que nuestros hijos recibieran la visita de sus amigos para jugar fútbol, estar en la casa del árbol que habían hecho, entre otras actividades. Ya no quería restringirlos más, suficiente para ellos era saber que su padre no estaba en casa, pero al final de cuentas eran jóvenes y necesitaban distraerse. A la casa también iban los niños de la aldea, que forma parte de la iglesia Schöenstatt donde Laura se ha congregado siempre.

Durante muchos años colaboró en la aldea para servir a esos niños, que eran huérfanos o que simplemente se los recogía de la calle porque estaban abandonados. Junto a otras señoras, Laura aseaba a esos pequeños, les cortaba el cabello, los vestía, les daba de comer y, por supuesto, los cuidaban. Muchos de ellos, ya adultos, hoy la recuerdan con cariño. Es su esencia porque proviene de una familia vinculada con las obras sociales.

Durante mi encierro, Ernesto, Roberto y Guillermo reclamaban a su madre que ella sí recibía visitas, pero que ellos no podían. Ocurría que aquella prohibición para ellos provenía de mis padres porque no querían exponerlos, ni que la gente creyera que en mi casa había fiesta mientras yo estaba desaparecido. Incluso, alguien sugirió que se trataba de un "autosecuestro" o que todo era mentira y yo estaba disfrutando de la gran vida fuera del país.

Fueron meses de mucha sensibilidad, pues no solo pasaron las fiestas decembrinas sin mí. Mis hijos cumplen años entre enero y marzo. Luego

vienen mi cumpleaños y el de Laura, que es un día después del mío. Ella nació el 25 de abril, pero es cuatro años menor que yo.

Para alejarse de la tensión en casa, Laura y nuestros hijos viajaron a Cuenca. Allí permanecieron durante un tiempo, pero ella quería regresar a Guayaquil a las dos horas después de haber llegado a Cuenca. Decía que se sentía más segura en el cuarto de la casa en que vivíamos con el poncho amarillo. Incluso, mi suegra dormía en la misma habitación con Laura, los chicos en las suyas.

Ella sí leyó fotocopias de las cartas manipuladas que “Serrano” me obligaba a escribir. También había textos en los que instaba a la buena conducta de nuestros hijos. Laura, pese a lo medicada que estaba con los calmantes, entendía y exigía obediencia a los chicos.

En ese sentido, su fuerte temperamento y disciplina nunca menguaron. Eso, de una u otra forma, le ayudaba a lidiar con la pesadilla que la familia estaba viviendo por mi secuestro. De hecho, Laura detesta la autovictimización y eso se lo inculcaba a nuestros hijos. Aunque por dentro estaba destrozada, nunca le gustó causar lástima ni con mi rapto, ni con ninguna otra cosa.

El testimonio de mis hijos

Ernesto, Roberto y Guillermo tenían 13, 11 y 7 años cuando me secuestraron. El primero de ellos ya estaba en el colegio Javier y con el paso de los años adoptó una actitud parecida a la de su madre: bloquear el suceso.

No obstante, Ernesto recuerda que lo cuidaba Beatriz Burbano de Arosemena, cuñada de mi esposa Laura. También rememora cómo mi esposa fue sedada debido a la desesperación.

Reconoce que si fueron compañeros de colegio quienes le contaron sobre mi rapto, pero olvidó sus nombres. Ha grabado en su memoria datos que más bien corresponden a mis relatos después del secuestro.

Roberto sostiene que le mintieron inicialmente acerca de mi ausencia. Le dijeron que yo estaba de viaje. Posiblemente Laura lo hizo porque ella deseaba manejarlo así para no causarles impacto psicológico, pero Roberto dice que a sus 11 años no tenía plena conciencia de qué significaba un secuestro.

La permanente presencia de sus tías y primos maternos suplía un poco mi ausencia. Entonces, inicialmente aquello del “viaje” funcionaba porque había forma de distraerlos. La casa contaba con un amplio patio, piscina y más sitios de entretenimiento. En esas circunstancias el tiempo pasó rápido para ellos. Quizás aquellos casi seis meses representaron solamente seis semanas.

Roberto recién había terminado la escuela en el Abdón Calderón (hoy IPAC) y estaba a punto de ir al Javier con Ernesto, quien era el más inquieto de los tres, al punto que después estudió en la Academia Militar de Quito y finalmente se graduó en el Urdesa School.

Guillermo estaba en la escuela y su mundo se enfocaba más en los juegos, pero curiosamente él, siendo el menor, tiene *flashes* sobre mi regreso a casa. A él le impactaron los carros que llegaron, la presencia de los medios y más.

A Roberto lo recogieron en el Javier el día en que llegué a casa. Ese día le informaron que había sido liberado y estaba en camino de regreso. Creo que fue nuestro chofer quien le avisó. Mi residencia era grande con doble patio, uno delantero y otro posterior. Era la calle Circunvalación Sur 209 y había una subida que tenía la forma de una herradura por donde entraban y salían diversos vehículos. La casa se asentaba en una loma de unos tres metros de alto donde se divisa todo.

Lo que les impresionó a Roberto y Guillermo fue el operativo. El primero de ellos hoy lo relaciona con la serie Miami Vice, que se estrenó en 1984, dos años después de mi liberación. También le recordaron a otras series como Hawaii 5.0, que un año antes de mi secuestro había dejado de transmitirse por la televisión Incluso, la versión original de S.W.A.T., la de los setenta.

A Guillermo se le quedó en la memoria la entrada estrepitosa de un carro negro tipo 4x4, que trepó a la loma donde se situaba la casa. Le siguieron tres vehículos más con las mismas características, pero camuflados. Llegaron uno detrás de otro y con diferencia de segundos entre sí.

Se emocionó tanto que me abrazó junto a sus hermanos mayores. Guillermo apenas llegaba a mi cintura por lo pequeño que era. Había olvidado la mini moto, que supuestamente yo le traería desde Panamá. Laura le había dicho eso para calmar su inquietud por mi ausencia.

Ernesto quedó impresionado por mi apariencia, sobre todo por mi extrema delgadez. Le sorprendió también verme con el pelo y barba crecidos, más uñas largas, pese a que llegué bañado a casa.

Los carros que mis hijos vieron eran militares que venían del aeropuerto militar donde aterrizó el helicóptero que me trajo desde Santo Domingo con mi papá, hermano, el capitán Insua y Romero Parducci.

Reinaba la tranquilidad y la algarabía en mi hogar. Había vuelto ileso de un encierro que duró más de 140 días. No importaba qué apariencia tenía en aquel momento. Solamente importaba que estaba vivo. No obstante, no todo había terminado. Empezaban las secuelas, pues ante un suceso tan grave para la familia eso era inevitable.



CAPÍTULO 7

Secuelas

Mi hijo Ernesto recuerda que poco tiempo después de mi retorno al hogar dispusimos de seguridad privada. Incluso, Guillermo, el menor, tiene memoria de aquel suceso. Había temor por nuestra integridad luego de lo sufrimos por mi secuestro. Las secuencias fueron inevitables.

Ni mis hijos, ni Laura no iban a ningún lado si no era con guardaespaldas. Ni qué decir yo que viví el encierro contra mi voluntad y corrí el peligro de ser asesinado si mis captores no quedaban satisfechos con la negociación.

Ernesto y Guillermo se convirtieron en obsesivos de la seguridad. Cuando salían miraban a todos lados para asegurarse de que ningún sospechoso los siguieran o los emboscaran en el camino. Aprendieron a transitar por la calle, nunca en sitios desolados, ni oscuros.

Guillermo, a sus entonces 7 años de edad, comprendió la dimensión del rapto que padecí. Él vio a custodios durante varios de meses. Ya en su adultez procura no tomar las mismas rutas para trasladarse a sitios cotidianos como la oficina. Evitó la rutina para despistar a cualquier malhechor y ahora lo hace más que nunca debido a la crisis delincencial que vive el país.

Quando le conté sobre la frecuencia en que veía a mis captores antes del secuestro se obsesionó más con la seguridad y ahora es un poco desconfiado en la calle. Más bien sospecha de quienes ve muy seguido durante sus rutinas.

Aunque en Ecuador era la primera vez que ocurría un delito de la magnitud que tuvo mi secuestro por extorsión, era algo común en otros países latinoamericanos, sobre todo en Colombia por la existencia de carteles de narcotráfico y grupos subversivos militares. Su *modus operandi* inicial era con empresarios como yo, luego con ciudadanos de clase media y ahora cualquiera puede ser víctima.

Mi primogénito también fue secuestrado

Pese al cuidado que Ernesto había desarrollado acerca de su seguridad, él fue víctima de un secuestro exprés en 1995. Él había ido al colegio Balandra, en la ciudadela Los Olivos, al norte de Guayaquil, para recoger a mi nieto Ernestito, que cursaba el pre *kinder*. No obstante, se produjo una balacera afuera de esa institución. Fue uno de los primeros secuestros exprés del país. Lo habitual era el robo de vehículos, pero sin el propietario adentro.

Los delincuentes hirieron al guardia del colegio cuando se llevaron a mi hijo. Quienes fueron testigos conocían a Ernesto y se comunicaron conmigo y con mi papá. Fue inevitable pensar lo peor y no queríamos atravesar por la misma pesadilla otra vez. La historia se repetía, pero ahora con mi hijo.

Cuando Ernesto se estaba parqueando junto al parterre del colegio vio que un hombre alto y de cabello con corte a ras se le acercó. El vehículo tenía las ventanas abiertas y se confió, pese lo obsesivo que era con la seguridad.

De repente lo apunta con un revólver Magnum 357 plateada. Vio la bala que estaba en la manzana del arma, lista para ser disparada en la cabeza de mi hijo, según su narración posterior.

-Te mueves y te meto un tiro- fue la amenaza.

Ernesto se quiso bajar, pero por el otro lado de su carro estaba embarcándose un delincuente que tenía un arma con proyectiles de 9 milímetros. Ellos andaban en un auto Daewoo verde y detectaron al guardia que trató de impedir el asalto, pero de ese vehículo bajó un tipo que disparó con una recortada contra el colegio.

Los delincuentes entraron a su carro, un Toyota Tercel concho de vino, y tomaron la vía a la costa. Luego quisieron irse hacia el Puerto Marítimo, al sur, pero se equivocaron al tomar un puente y fueron hacia Pascuales.

Ernesto solía llevar encendida la radio Motorola para estar en contacto con Ecuapel, una de mis compañías. La señal escaneaba a la Policía Nacional, Bomberos y más. Los delincuentes notaron eso y se pusieron más nerviosos.

Mientras estaba en el asiento posterior de su auto fue golpeado en su cabeza con la cacha del revólver y luego lo apuntaron, según él relató luego de su liberación. El áspero diálogo que recuerda es:

-¿Y esa radio? ¿Es la Policía? ¿Qué tienes que ver con ellos?

-Tranquilo, es solo la radio de la compañía que está conectada con los Bomberos, quienes son amigos míos.

El otro delincuente sugirió que mataran a mi hijo porque podría estar vinculado con la Policía.

-¡Quítate la camisa! ¡Dame el reloj! ¡Quítate los zapatos! ¡Muévete que haremos "un trabajo" con tu carro!

Ernesto miraba al conductor, delgado y de cabello negro, el que lo había encañonado con el arma 9 milímetros. El chofer le gritaba:

-¿Qué me miras? ¡Baja la cabeza! ¡Agáchate!

-¡Negro, mátalos!- decía el otro.

-¿Crees que me gusta esto? ¡Yo hago esto por necesidad! ¡Tengo a mi hija enferma! ¡No me alcanza la plata!

-Tranquilo, yo entiendo- respondía Ernesto.

-Si hablas con la Policía mataremos a tu hijo. Yo sé que es un niño rubio colorado, ojos azules.

-Tranquilo, llévate el carro, pero no nos hagas nada.

-¡Sabemos donde vives!

¡Déjame aquí botado! ¡El carro no tiene alarma! ¡Llévatelo!

Lo habían despojado casi de toda su ropa. Solamente lo habían dejado con el pantalón puesto. El objetivo fue distinto al mío, no era para pedir rescate por él a la familia. Era un asalto, pero con secuestro. Fue un robo bajo pedido.

En casa se vivía otra historia. Mi nuera Fernanda Drouet, esposa de Ernesto, trataba de calmarme porque yo no paraba de temblar. Solamente yo conocía lo que era permanecer secuestrado y no quería que eso le ocurriera a nadie de mi familia. Ni siquiera a mi peor enemigo.

Fueron horas de terror para mi hijo, pues lo habían secuestrado al mediodía aproximadamente y lo soltaron al anochecer. Afortunadamente no fueron días como me pasó a mí, pero el peligro era inminente. De hecho, lo era más porque no se trataba de una banda organizada como la que me plagió y al no serlo podían reaccionar mal si se veían amenazados por la Policía. Ernesto corrió el riesgo de morir.

Él fue liberado en la vía Perimetral, al sur de la ciudad. No tenía documentos, ni dinero y su apariencia causaba temor a los demás. No obstante, un tanquero, que tenía cabezal amarillo y tanque celeste, pasó por ahí y lo rescató.

Ernesto había hecho señal con el dedo pulgar para que lo llevaran. El tanquero se detuvo y el conductor preguntó:

-Jefe, ¿qué pasó? ¿Lo asaltaron? Súbase que lo llevo. Dele gracias a Dios que usted y su hijo están bien.

Eso inquietó a mi hijo porque el camionero le habló sobre Ernestito. No dijo su nombre, pero ¿cómo sabía eso? Sospeché de él y hasta creyó que era parte de la banda que lo secuestró. Entonces quiso bajarse del tanquero.

El vehículo ya estaba cerca de la casa de Roberto en Las Cumbres. Ernesto le pidió que lo dejara ahí, pero no tenía cómo pagarle el favor. El tanquero se fue y las sospechas de mi hijo se desvanecieron. Volvió la calma, ya estaba en el apartamento donde Roberto vivía.

Mi segundo hijo llevó a Ernesto a su casa. Tras la sospecha que tenía contra el camionero, cambió de idea. Hasta la fecha él cree que aquel conductor fue su ángel de la guarda. Solamente alguien sobrenatural podía saber acerca de Ernesto y mi nieto.

Él dice que le habló para transmitirle confianza, aunque mi hijo se asustó en ese momento. Incluso, afirma que no se fijó cuando se fue. En un descuido el tanquero ya no estaba. Había entrado a la casa para pedirle dinero a Roberto y pagarle al camionero.

Hubo un tiempo en el que mi hermano y yo anduvimos armados, además de estar custodiados por guardaespaldas. Incluso, aprendí a disparar en un club de tiro, aunque yo era malísimo para eso, pues siempre he tenido mala puntería. Todo eso duró varios meses como mucho, pues Laurita entendió que era absurdo andar todo el tiempo así. También llevé a mis hijos al polígono, pese a la corta edad de ellos.

Más bien, según ella, era una forma de atraer más a la atención a los delincuentes. Obviamente si alguien va custodiado es porque se trata de una persona muy importante a la que se debe proteger y que tiene dinero para gastar en seguridad privada. Evidentemente eso era llamativo. Entonces, preferimos volver a nuestra esencia con perfil bajo, a la sencillez.

Viaje terapéutico

Cuando llegué a casa tras los casi seis meses de secuestro fui evaluado por un médico y también por un psicólogo. Físicamente estaba

bien, pero en lo emocional debía someterme a una restauración porque acumulé mucho estrés durante el encierro. La recomendación fue viajar y lo hice con Laura, quien también sufrió mucho por mi secuestro. Fue un viaje terapéutico.

Ella necesitó dos años para asimilar el trauma, tanto que lo bloqueó parcialmente. Estaba muy deprimida y eso se reflejaba en su actividad social. Recuerda que no quería arreglarse durante un viaje con amigos a las Islas Vírgenes en los Estados Unidos. Nos acompañaban mi hermano y mi cuñada, además de dos parejas de compadres nuestros. Uno de ellos de ellos era Enrique Weisson de quien les contaré más adelante.

Laura siempre se caracterizó por su elegancia. Como cualquier mujer es vanidosa y siempre quiere verse bien, menos en aquellos días. Las secuelas eran todavía evidentes en ella y la depresión le habían quitado las ganas de arreglarse.

No sentía ganas de maquillarse y colocarse ciertos accesorios como aretes y collares, pero lo hacía porque no le quedaba otra alternativa. De hecho, cada vez que debíamos movilizarnos a un sitio ella preguntaba:

-¿Hay que arreglarse?

Eso quedó como anécdota. Laura recuerda eso ahora con un poco de humor, pero en aquellos días estaba desanimada y debíamos comprenderla. Debíamos respetar su estado de ánimo, pero al mismo tiempo eso era un problema porque no podía permanecer todo el tiempo así.

Luego de visitar al psicólogo emprendimos el viaje a Estados Unidos. Además de las Islas Vírgenes, pasamos primero por San Francisco, California, y Miami, Florida. Luego de eso iniciamos un peregrinaje espiritual y religioso en Europa con algunas anécdotas. No obstante, Laura no quería ir cuando todavía estábamos en Miami.

Tuve que convencerla porque estaba empeñada con volver a Guayaquil y encerrarse en el cuarto con el poncho amarillo. Su familia la llamó por teléfono y también el psicólogo, quien le explicó la importancia de liberarse en el viaje.

Primero estuvimos en Vallendar, Alemania. Allí visitamos el templo original de la congregación católica Schöenstatt, que en 1914 fundó el sacerdote germano Joseph Kentenich, quien fue prisionero durante el

régimen nazi. Estuvo en el campo de concentración Dachau y permaneció ahí hasta que terminó la II Guerra Mundial.

De todo eso conocimos durante el viaje donde conocimos la tumba de Kentenich, quien falleció en 1968. Leimos el epitafio en su lápida que dice: “Dilexit Ecclesiam”, una expresión en latín que significa “Amó a la iglesia”.

El peregrinaje continuó en Lourdes, una localidad francesa que está situada al suroeste de los Altos Pirineos, sitio caracterizado por ser montañoso. En una grieta de Lourdes es donde, según la historia contada por generaciones de habitantes, apareció la virgen María en 1858.

Junto a ese lugar se levantó un santuario donde reposa una estatua de la Virgen de Lourdes. Por cierto, pensé que era grande. La sorpresa que tuve cuando vi que realmente es pequeña. No obstante, es un sitio muy concurrido por sus devotos. Por lo menos acuden seis millones de personas anualmente, según nos indicaron los guías del santuario, que sí es grande. Nos indicaron que mide 55 hectáreas y está dividido en 22 sitios de culto.

A mí me impresionó el desfile de las antorchas durante la noche, más las muletas, sillas de ruedas dobladas y más. Miles de personas iluminaban el camino con el fuego de esas antorchas mientras rezaban. Más allá de lo espiritual o religioso fue un espectáculo ver eso.

La siguiente parada fue el Vaticano, pero antes estuvimos en París, Francia, y en Roma. Aquí en la capital italiana es donde vivimos una de las anécdotas. En el avión habíamos visto a una hermosa y elegante mujer rubia, de unos 50 años. Estaba acompañada por una dama de compañía.

Su rostro se me hizo familiar y cuando se levantó para ir a la toilette pregunté a su asistente sobre ella. Le dije si se trataba de Grace, la actriz de cine. Me respondió que era “su Serenísima Princesa Gracia de Mónaco”.

Conversamos con ella y nos contó que iba a Roma para entrevistarse también con el Papa y aproveché para pedirle un autógrafo. Me lo firmó en el menú de la primera clase que tenía el avión.

Claro, pues resultó que se trataba de Grace Kelly, la mismísima actriz famosa de películas dirigidas en la década del 50 por Alfred Hitchcock como “Atrapa un ladrón”, “La ventana indiscreta” o “Crimen perfecto”, además de “Mogambo”, de John Ford, en la que compartió protagonismo con Clark Gable y Ava Gardner.

Eso lo sé porque durante mi juventud fui muy aficionado al cine clásico. De hecho, una de mis películas favoritas es “Gigante” con Rock Hudson, James Dean y Liz Taylor. En todo caso, Laura y yo habíamos coincidido con Grace Kelly, quien lamentablemente murió el 14 de septiembre de 1982, pocos meses después de haberla conocido.

El avión aterrizó en el aeropuerto Fiumicino de Roma, la azafata abrió la puerta y desde ahí vimos que unos carros entraron a la pista. En ellos iban hombres que vestían de negro y recibieron a la princesa.

Le cedimos el paso por protocolo y ella se fue con su comitiva hacia el hotel Villa Médici. Allá coincidimos nuevamente. Estábamos en el *counter* y surgió otra anécdota. Yo le dije en tono de broma:

-¿Are you following me?

-No. I think you are following me.

Respondió con un tono cordial por vernos nuevamente. En español eso significaba:

-¿Me está siguiendo?”.

Ella contestó.

-No. Yo creo que es usted es quien me está siguiendo”.

Después de esa experiencia real nos dirigimos hacia Ciudad del Vaticano para conocer al papa Juan Pablo II, quien ya nos esperaba por una gestión que había conseguido mi padre.

Tenía unos penetrantes ojos azul cielo y un carisma impresionante. Recuerdo que él no soltaba mi mano. Estaba familiarizado con lo de mi secuestro. De hecho y pese a que en Ecuador fue un suceso que no había ocurrido antes, en Europa y otros países era algo común. En aquellos días se registraban muchos plagios en el mundo, sobre todo por temas políticos.

Curiosamente, 364 días antes de mi regreso a casa luego del secuestro, el papa fue víctima de un atentado mientras transitaba por la Plaza de San Pedro. El 13 de mayo de 1981 recibió cuatro disparos que hizo el terrorista turco Mehmet Ali Agca por razones que hasta ahora no están claras, pues existen muchas teorías. Una de ellas apunta a la ex Unión Soviética y la agencia de inteligencia KGB.

Los servicios secretos de Bulgaria y la entonces Alemania Oriental, más una federación sindical de su natal Polonia también estuvieron involucrados con el atentado contra el Sumo Pontífice.

Hubo muchas contradicciones en esas hipótesis. Lo cierto fue que dos proyectiles impactaron su abdomen, otro su mano izquierda y el restante hirió su brazo derecho. Él conoció la violencia muy de cerca y por eso se conmovió cuando supo de mi secuestro.

El encuentro que Laura y yo tuvimos fue de aproximadamente 15 minutos, pero inolvidable, enmarcado en un cuadro que mi papá pidió para colocar la foto que nos tomaron en el Vaticano. Había agrandado la imagen original.

En aquellos días no existían los teléfonos celulares para tomarse *selfies*. De hecho, nadie podía tomarse fotos con el papa. Para eso estaba asignado el fotógrafo oficial del Vaticano, quien después de revelar las imágenes nos las envió al hotel.

Allá todo estaba muy sincronizado, hasta nos recogieron en una limusina. Aquel 23 de junio de 1982 quedó registrado en nuestra memoria como el día en que conocimos al papa Juan Pablo II, quien hablaba varios idiomas, entre ellos el español. Ese lenguaje usó para dirigirse a mí y decirme:

-Ernesto, ¿cómo estás?

Confieso que no supe cómo reaccionar. Fue impresionante aquel momento. Su amabilidad era contagiosa, siempre muy informado de todo lo que había pasado. Me dijo que perdonara ya rezara. Laura le pidió que le bendiga unos rosarios que tenía en su mano y muy cariñosamente lo hizo. Fue una experiencia que hasta ahora atesoro con mucho aprecio.

Pese al viaje por Europa, Laura no estaba bien. La depresión la embargaba. Las visitas a Schönenstatt, Lourdes y Ciudad del Vaticano son experiencias que ella atesora y que la distrajeron durante un momento, pero la realidad era otra con la cotidianidad que le esperaba en Guayaquil. Requirió de un tratamiento psicológico que duró dos años.

La pesca para enfrentar el trauma

Durante los meses de mi secuestro mi único “paisaje” eran las cuatro paredes del contenedor, la luz incesante, el retrete, mi camastro y la puerta por la que entraba “Serrano”. Era muy limitado todo y, por supuesto,

frustrante. Ni siquiera había una ventana para ver la luz del sol. Extrañaba la libertad que me generaban los espacios abiertos.

Aquella sensación de encierro me envolvió durante las primeras semanas posteriores al regreso con mi familia. Había viajado, pero la sensación era persistente, hasta que apareció la pesca como actividad semanal.

Siempre me gustaron las lanchas, desde que era muchacho, porque mi papá tenía una pequeña para pasear en el río o en el estero. Después del secuestro, Enrique Weisson, el querido amigo y compadre, de quien les había mencionado en párrafos anteriores, me invitó a pescar en su lancha. La de él era de madera con un antiguo motor. Yo creo que pesaba más que la misma embarcación.

Cuando llegamos a mar abierto me sentí libre por el interminable espacio de cielo que podía ver. Cielo y mar parecían unirse. Fue un contraste para lo que había vivido semanas atrás en el contenedor. Por fin me sentí realmente libre y eso me marcó.

Terapéuticamente fue necesaria esa experiencia, pues no solo fue un paseo. Aquella vez pesqué un rayado, que claro, por la inexperiencia, me tomó más de una hora, en las que necesité paciencia y fuerza, y me dejé muy adolorido. Me sacó el aire como se dice coloquialmente. Era muy pequeño con relación a los que llegué a pescar después. El mío creo que pesaba unas 100 libras.

Para mí fue relajante, respirando aire yodado. Desde ahí me involucré con la pesca deportiva que con el tiempo me permitió algunas distinciones. Ese mismo día pesqué un dorado. Con aquel dorado estuve cerca de perder la caña en el mar.

Mi compadre me explicaba cómo pescar. Él me indicaba la forma en que debía agarrar la caña o dónde colocar el dedo pulgar para aumentar la presión del freno.

Como el *nylon* de la caña está enrollado en un carrete con freno, al pescar corre velozmente y uno puede herirse los dedos, además de la tensión que se produce cuando un pez muerde el anzuelo y se queda enganchado.

Me entusiasmé tanto con esta actividad que navegué con Enrique hasta 1987 en su lancha que medía 25 pies. De ahí adquirí una Bertram que tenía una eslora de 28 pies. Es decir, la eslora es la longitud entre la

proa y la popa, los extremos de cualquier embarcación. Esa lancha la mantuve hasta 1990. La llamé “PAPER MOON”, pues mi vida había girado alrededor del papel. Al poco tiempo de comprar esta lancha tomé un curso en la Marina del Ecuador y me gradué de Capitán de altura de Yates.

En esa embarcación zarpábamos a las cuatro de la madrugada desde Salinas y regresábamos casi al anochecer, alrededor de las seis y media de la tarde. Recorríamos inicialmente unas 50 a 100 millas para poder pescar. Esas lanchas no podían pernoctar durante la noche porque era peligroso, no tenían facilidades para dormir, eran vulnerables al oleaje nocturno y muy cerca pasaban barcos grandes que podían chocarnos y hasta hundirnos.

No íbamos solos. Siempre nos acompañaban otras lanchas muy cerca de nosotros. En el camino nos encontrábamos con los pescadores comerciantes de Santa Rosa quienes utilizan redes para sus jornadas.

Durante esos años solíamos arribar a puerto con alrededor de cuatro o cinco ejemplares de picudos por embarcación. Todos los pescadores deportivos que zarpábamos desde el Salinas Yacht Club estábamos permanentemente en contacto, a través de la radio. Todos nos distribuíamos por diversas zonas, norte, sur, este y oeste.

Nos comunicábamos por radio para cuidarnos y también para alertarnos de mejores sitios para pescar. Preguntábamos cómo les iba a los demás por sus sectores y si la pesca era mejor en donde estaban, nos íbamos hacia ese lugar para aprovechar.

Cuando ya estaba más diestro en esta actividad yo podía pescar marlines más grandes y recorrer mayores distancias alcanzábamos las 120 millas. Incluso teníamos nuestro canal para conversar trivialidades y hasta contar chistes para distraernos. Eso impedía que las jornadas se volvieran aburridas. Además, bebíamos cerveza o whisky. Tampoco faltaba la buena comida porque el mar provoca mucha hambre.

En 1989 le compré una lancha marca Hatteras a otro amigo, que se llamaba “La Negra del mar”, era más grande que la Bertrand, que se la vendí a Enrique. La rebauticé con mi nombre “Paper Moon II”. Esta nueva embarcación poseía una eslora de 32 pies y la conservé durante dos años porque compré otra Hatteras con 45 pies de longitud a otro querido amigo, que entonces se llamaba “Sea Baby”, también la rebauticé como Paper Moon III”. Pesqué en ella hasta el año 2004.

En mis lanchas iba con el capitán y dos tripulantes. En esta lancha de 45 pies, se incorporaba siempre mi esposa Laura, también era costumbre invitar a “Pabucho” para que me acompañara en mis faenas de pesca.

El Salinas Yacht Club siempre ha organizado torneos nacionales e internacionales de pesca deportiva. Eran tres, dos nacionales y uno internacional. Participé durante mis 17 años de pescador en todos los que pude, pero me iba mejor cuando pescaba por entretenimiento que en competencia.

En una ocasión capturé un marlín negro de 550 libras, que lo doné al club. Quizás me iba mejor porque no tenía la presión de competir con alguien. Simplemente lo hacía por *hobby*. Entre otros ejemplares saqué del mar un pez vela y otro espada. Incluso, superaba mis propias marcas. Pesqué animales que sobrepasaban las 600 libras de peso. Recuerdo un marlín azul de 850. Mi récord fue otro marlín azul de 903 libras, que también fue donado al club. Ese año quedé en segundo puesto mundial, además, en pesca chica tuve una marca mundial de cherna., que pesó 101 libras. Ese récord permaneció intacto hasta el año 2016. Ambos récords fueron certificados por International Game Fish Association [IGFA].

Durante aquellos años compartí con muy buenos amigos todas las aventuras que la pesca trae a quienes la practican. Como la lancha de 45 pies tenía dos camarotes, con Laura llegábamos a dormir abordo, así como también lo hacían los otros amigos pescadores, a sus lanchas de similares tamaños, por lo que la vida en los muelles del Salinas Yacht Club se hizo muy divertida.

Tras mi secuestro hubo secuelas fugaces como el uso de guardaespaldas y armas, otros daños colaterales como los que sufrió mi familia y otras cosas positivas como mi incursión en la pesca. Aprendí de todo un poco en cada experiencia, sobre todo a sacar provecho de lo malo.



CAPÍTULO 8

El caso Giger

Quizás muchos se pregunten: “¿Qué pasó con los secuestradores?”. Bueno, resulta que mi papá no se quedó tranquilo luego de mi liberación. Un delito como el que se cometió en mi contra no debía quedar impune.

La primera pista fue el número de placa que tenía el *jeep* accidentado donde yo iba con la intención de ser liberado tras el pago que los secuestradores recibieron de mi familia aquella noche del domingo 9 de mayo en Guayaquil.

El número era P-79697 y correspondía a un Daihatsu 1.600 que había sido alquilado por el ciudadano suizo Ernst Niklaus Giger, quien había llegado al país en calidad de chef y laboraba como tal en el hotel Oro Verde.

Giger, nacido en 1955, lucía lentes de marco grueso que ocultaban a medias sus ojos azules. De cabello café y una altura de 1,76 metros, según datos proporcionados por los investigadores de la época.

Su apariencia, acorde con las fotos que circularon, era la de un hombre apacible, pero detrás de él se escondía posiblemente la mente maestra que lideró el secuestro del que resulté víctima. De hecho, existe la posibilidad de que Giger haya formado parte de la ETA (Euskadi Ta Askatusuna), que es un ejército terrorista vasco. Él hablaba con acento español.

La Policía Nacional había encontrado el *jeep* que había descendido en una quebrada. El vehículo fue amortiguado por la espesa vegetación y por eso la Policía necesitó una grúa para sacarlo de ahí. De inmediato el *jeep* fue trasladado desde la vía Chiriboga hacia Guayaquil.

Además de la placa, en el interior del carro se halló el contrato para su alquiler con la firma de Giger, de entonces 26 años, más su número de pasaporte. Esa pista permitió indagar sobre su domicilio, pues la agencia que arrendó el Daihatsu tenía esos datos. Allí los investigadores descubrieron que el suizo alquilaba una villa en la ciudadela Los Ceibos, al norte de la ciudad.

Lamentablemente al acudir a ese lugar ya no estaba Giger, ni sus compinches. No había nadie. La villa estaba vacía. Incluso había evidencias quemadas. No obstante, mi papá no se dejó vencer y llevó el caso al Juzgado Décimo de lo Penal, a través del jurisperito José Falquez Ramírez.

Dos años después, en 1983, mi padre publicó un folleto con detalles acerca de la investigación y proceso contra Giger. En su texto, mi papá cita a muchos colaboradores, entre ellos Jaime Sánchez, quien era el jefe de asuntos políticos de la cancillería del Ecuador durante la presidencia de Osvaldo Hurtado, y Orlando Gabela, quien luego lo sustituyó en el cargo.

A ellos se sumaron Antonio Lucio Paredes, entonces embajador del Ecuador en Países Bajos; Mario Alemán, embajador y jefe de misión diplomática en Ginebra, Suiza; Alfonso López, cónsul del Ecuador en esa misma ciudad; Édgar Toral, encargado de negocios en Berna, Suiza. También intervinieron las jefaturas de la Interpol en Quito y Guayaquil, que se contactaron con esa la agencia de esa organización en Berna.

Cada uno colaboró para conseguir la captura y enjuiciamiento de Giger en Morges, Suiza ante el juez Daniel Hoffman. Fue arrestado en el cantón Vaud, cantón suizo cuya capital es Lausana. Ocurrió el 17 de mayo de 1983, es decir, dos años y cinco días después de que volví a casa.

Lo que dijo el suizo

Giger se defendió e indicó que había llegado al Ecuador para tráfico de armas, no para secuestro extorsivo, según télex enviados por Frey Fin, jefe de la Interpol en Berna. Conocimos de esos documentos el 24 de mayo y el 10 de junio de ese año. Antes habíamos recibido la reproducción fotográfica de un recorte de periódico suizo que nos envió Alemán y en el que detalla la aprehensión contra Giger.

En el texto enviado en junio por Fin, Giger afirmó que a finales de 1981 había sido contactado por un amigo para viajar a Ecuador y contactarse ahí con militares ecuatorianos que presuntamente querían adquirir armas.

Añadió que llegó a Quito recién en enero de 1982 antes de alquilar la villa en Guayaquil. Según su declaración, arribó en vuelo de la aerolínea Lufthansa y pidió la prórroga de su visa. Agregó que durante la quincena de marzo de ese año volvió a la capital ecuatoriana por pocos días antes de irse a Europa, pero se desconoció en qué aerolínea lo hizo. Permaneció en Quito hasta abril de 1982 y regresó a Guayaquil.

Según la declaración de Giger, dejó Ecuador en la quincena de mayo de 1982, hizo escala por Lima, Perú. Es posible que se haya embarcado en algún avión de Air France para llegar a París. Entre sus probables escalas consta Madrid y finalmente Ginebra.

El documento indica que Giger se hospedó en el Hotel Colón de Quito y allí sostuvo algunas reuniones de negocios, mientras que en Guayaquil recurrió al Grand Hotel Guayaquil y al Plaza, acompañado por una mujer llamada "Elisa".

Otro documento, el que envió Hoffman, el juez en Morges, Suiza, determinó que "Elisa" tenía un pasaporte mexicano y hablaba algo de francés. Ese télex confirma que era la misma que se hospedó con Giger en Quito, pero en habitaciones separadas y que solamente durmieron juntos en el Hotel Plaza. Según Hoffman, el suizo se fue el 12 de mayo de 1982, el mismo día de mi liberación, accidente y retorno a casa.

Para trasladarse en Quito, según la declaración, Giger alquiló un automóvil de marca japonesa en una rentadora llamada Ecuacar durante 25 días. En Guayaquil hizo lo mismo. Es posible que ese vehículo haya sido el Datsun donde inicialmente me embarcaron cuando me secuestraron en el parqueadero del antiguo edificio de Filanbanco. La investigación aseguró que el carro rentado en Guayaquil fue devuelto cinco días después a la sucursal de Ecuacar en esta ciudad.

También se supo que alquiló otros vehículos: un Buick azul oscuro, modelo *station wagon* y con palanca de cambios automática, pero con problemas de transmisión que obligaron a varios arreglos en talleres automotrices. El otro fue el *jeep* Daihatsu, el mismo en que yo viajaba cuando se produjo el accidente en la cuneta de la carretera.

El documento que envió Fin en junio de 1983 también se detalla que los gastos fueron cancelados por "los amigos" de Giger. Entre ellos había uno denominado como "Juan", según el documento, quien sugirió que Giger debía abandonar el país porque creían que yo estaba herido o posiblemente muerto en el accidente. En la investigación, "Juan" fungía como el cabecilla en Ecuador y aliado de Giger. Yo no tengo idea quién fue. Quizás era el "chileno" que me amenazó la noche en que me secuestraron o cualquier otro.

Fin sugirió también en el segundo télex que se envíe un investigador a Suiza, pero no se procedió así porque Giger habló en español para alquilar la villa en Los Ceibos, además de sus contactos, pero en Suiza lo negó todo y se acogió al derecho del silencio, según la ley de su país natal que también rige en la mayoría de países del mundo. Entonces, eso hubiera representado un gasto adicional e inútil.

Las leyes suizas facultan al reo para no declarar nada que él diga y pueda ser utilizado en su contra. Cuando el *jeep* cayó al precipicio supo que debía irse de Ecuador porque intuía lo que se le avecinaba. Por eso se deshizo de cualquier evidencia en la villa que lo incriminara y huyó a su país. Si su plan era continuar con más secuestros extorsivos después del mío, eso quedó descartado con el accidente en la vía Chiriboga. Ese mismo día viajó a Suiza.

Una propuesta audaz

Incluso, el abogado defensor de Giger, Jean Lob, nos hizo una propuesta que nos sorprendió por su audacia, pues su intención fue que yo retirara los cargos y lo exculpara. Antes de eso, el juez Hoffman indicó que si acaso mi papá y yo decidíamos viajar a Suiza tenía que contactarme con Lob.

La misiva de Lob, dirigida a mi padre, fechada el 3 de octubre de 1983 y que todavía conservamos, dice lo siguiente:

“Mi cliente no ve la utilidad de conversar con usted, pero estaría de acuerdo con ver a su hijo fuera de su presencia en mi estudio o en cualquier otro sitio que determinaríamos en común acuerdo, con el fin de permitir la confrontación y que su hijo pueda confirmar no haber visto anteriormente al señor Giger. Por supuesto, su hijo no correría ningún riesgo durante dicha entrevista.

Para que no exista mal entendido, tengo que precisar que el señor Giger no tiene la intención de dar otras informaciones que aquellas que él ya ha concedido a las autoridades suizas.

Si en vista de lo arriba indicado, su hijo desea contactar al señor Giger, sería conveniente que lo hicieran saber con una fecha que podría ser fijada en breve plazo.

Yo le estoy enviando una copia de la presente carta al señor juez informador de Morges y reciba usted toda mi consideración.

Abogado Jean Lob”.

Giger estaba bien asesorado y conocía también acerca del viejo convenio internacional de extradición suscrito entre Ecuador y Suiza. El acusado sabía también que desconocíamos pistas sobre el paradero de sus cómplices que permitan una confrontación con él y eso hubiese sido conveniente para él.

Durante el proceso, Giger solamente pronunció lo necesario y siempre negó su participación en el secuestro. No obstante, reconoció que sí alquiló el *jeep* y que lo hizo para ofrecerles un servicio a “sus amigos indígenas”.

Giger negó todo, especialmente en el documento de Hoffman. No supo explicar la presencia de una camisa con su nombre bordado, hallada en el subsuelo de la villa que alquiló en Los Ceibos. No obstante, los investigadores sí tuvieron acceso a su agenda con algunas actividades, entre ellas, su escala de escape. Una de las direcciones correspondía a Lima.

La versión de la Policía Nacional

El teniente coronel de la Policía Nacional, Roosevelt Campos, era el jefe del servicio de investigación criminal del Guayas. Él emitió un comunicado con las declaraciones de Miriam Reinoso de Varas, la dueña de la villa en Los Ceibos.

Según sus datos, la vivienda estaba exactamente situada en la calle Séptima número 122 entre la Primera y Principal. Además, agregó que un chileno de apellido De la Mosa, propietario de una agencia mercantil, fue quien le presentó a Giger.

Es posible que él sea “Juan” y el mismo que me apuntó con el arma cuando me llevaban secuestrado. El mismo que habló por teléfono con la empleada doméstica de Zavala Baquerizo. La mujer sostuvo en su declaración que De la Mosa la llamó cuando supo del accidente en la carretera.

Pese a la colaboración de la Policía Nacional, a esas alturas no estábamos conformes con el desarrollo del proceso contra Giger, tanto que al juez Hoffman le solicitamos la participación del abogado Antoine Herren para que nos represente internacionalmente.

No estábamos conformes con las declaraciones del acusado, sobre todo en cuanto a su presunta participación en delito de tráfico de armas que lo desligaría del secuestro que lideró en mi contra. Era obvio que la acusación por tráfico de armas le representaba una condena menor, según las leyes suizas.

Hoffman había expresado su desilusión por la falta de colaboración de las autoridades ecuatorianas. Según el juez ellos no parecieron estar interesados en saber la identidad de los oficiales que presuntamente

estaban involucrados en el tráfico de armas con lo que se hubiera determinado si Giger mentía o no en su declaración.

Según una carta que nos envió Herren, por esa razón Hoffman no quiso que inspectores suizos viajaran a Ecuador como parte de las investigaciones debido a la negligencia de las autoridades de turno, pues el problema era determinar la identidad de los cómplices de Giger.

Herren nos indicó que la condena sobre la base del expediente contra Giger era posible, pero no segura por falta de otros documentos e investigación. De hecho, sostuvo que no existía una denuncia formal.

Explicó que Hoffman necesitaba de la información, sea en contra o favorable a Giger, para enviar el expediente al tribunal que debía juzgar la causa. Incluso, Hoffman quería que mi padre y yo fuésemos como testigos debido a que, según las autoridades suizas, no éramos parte de la instrucción fiscal.

La idea de ir como testigos era para complementar el expediente. Un extracto de la carta de Herren dirigida a mi papá sobre las sugerencias de Hoffman dice lo siguiente:

“Le señalo que su hijo puede constituirse en parte civil. Es decir, entrar en la instrucción como adversario de Giger, lo que les permitiría exigir otros actos de instrucción con el fin de completar el expediente y, además, pedir reparación por el perjuicio financiero que usted ha sufrido, especialmente con el pago del rescate de un millón y medio de dólares.

Debemos señalar que, si el acusado es absuelto, la parte civil podría ser condenada a pagar los gastos del proceso”.

Mi papá desmintió la declaración de Giger en una carta a Hoffman. Prefirió hacerlo por escrito en lugar de viajar a Suiza. En la misiva detalló todo lo que ya hemos contado en los capítulos anteriores de este libro.

La frustración era evidente y nuestro temor era por las posibles represalias de gente a la que no podíamos reconocer, los cómplices de Giger. Recordemos que durante mi cautiverio no pude ver sus rostros porque estaban encapuchados. Apenas vi a los que me secuestraron la noche del 17 de diciembre y poco se conoce de quienes estaban conmigo cuando nos accidentamos, más por testimonios de quienes trataron con ellos en la carretera.

Solamente podíamos asegurar que eran malhechores profesionales, según la conclusión de los expertos ingleses de la Control Risk. Eso nos impedía ir a Suiza porque temíamos gastar más de lo que había perdido mi familia cuando negoció para mi rescate.

Había más posibilidades de perder y de asumir los gastos judiciales, indemnizaciones y más. Para nosotros la sola condena del suizo no era suficiente mientras no supiéramos el paradero de los demás secuestradores. Eso nos causó zozobra durante los primeros dos años tras mi secuestro.

Al final Giger fue procesado por delito de tráfico de armas. Fue puesto en libertad en Suiza en base al sobreseimiento provisional debido a falta de pruebas contundentes por la acusación de secuestro en mi contra. No obstante, lo obligaron a pagar los gastos judiciales en francos suizos (3.938,60).

Quedó abierta la posibilidad de reabrirse el caso Giger en cualquier momento, pues más allá del tiempo transcurrido, para nosotros no quedó cerrado. Así lo escribió mi padre en un tercer folleto que se publicó en 1984 e incluyó las copias del secuestro contra el empresario peruano José Antonio Onrubia, muy semejante al que viví. Ese relato fue publicado por la revista limeña "Caretas" en abril de ese año.

CAPÍTULO 9

Epílogo, últimos apuntes

Han pasado 40 años del suceso más terrible que he pasado, pero gracias a Dios he podido aprender mucho durante este tiempo. Quiero recordar más los buenos momentos que he vivido después del secuestro.

Tuve secuelas sí, tal como relaté en el capítulo 7. Muchas afectaron el negocio familiar, pues hubo disputas con primos por las empresas. El problema radicó en mi ausencia como cabeza de varias de esas compañías durante casi medio año. Eso produjo pérdidas, aparte de las que afrontaron nuestras empresas para pagar mi rescate.

Los problemas empresariales reventaron en 1983. Lo bueno es que pude reinventarme, a pesar de que, en la liquidación de los haberes de las compañías familiares, a mi papá, mi hermano y a mí nos asignaron las empresas Ecuapel y Convepel como cité anteriormente. Las otras compañías, que habían formado parte del Grupo Jouvin, iban de mal en peor, al extremo que una de ellas quebró, perdieron las acciones de la otra, mientras que La Reforma matriz fue comprada nuevamente por nosotros.

Nuestra idea era convertir a industrial La Reforma en una empresa multinacional con sucursales en Perú y otros países de Sudamérica. De hecho, después del arranque de la máquina de Reforpel estuvimos a punto de llegar con nuestros productos a Perú en 1995, pero el estallido de la Guerra del Cenepa lo impidió.

Habíamos alquilado bodegas, contratado a bodegueros y un gerente en Perú, de apellido Kukurelos. Allá se iba a comercializar el 30% de lo que producíamos en Ecuador. Incluso, debíamos trasladar el contenedor con la máquina convertidora por vía terrestre, pero las fronteras estaban bloqueadas. Esperamos durante medio año, pero no se pudo. El contenedor se quedó en Ecuador. Hubo pérdidas por ese fallido intento de expansión.

Un lustro más tarde decidimos la venta del nuevo grupo (Industrial La Reforma, Ecuapel, Convepel y Reforpel) a la multinacional Kimberly Clark. Con ellos se negoció el 70% de las acciones y un año después ellos nos compraron el 30% restante. Con eso, en 1998, terminó mi vida empresarial en La Reforma.

Cargos públicos

He ocupado cargos que no me imaginé, entre ellos el de embajador en Panamá. También fui asistente de la dirección administrativa del Municipio de Guayaquil durante la gestión del entonces alcalde Jaime

Nebot. Ejercí esa función durante cuatro años, entre 2007 y 2011. Parte de mi trabajo era participar de las compras que hacía el municipio.

Primero asumí el cargo de embajador en Panamá durante la presidencia del doctor Alfredo Palacio, quien relevó al derrocado Lucio Gutiérrez. Eso fue desde julio de 2005 y permanecí en el cargo hasta enero de 2007 en que Palacio dejó el poder.

Mi hermano José y yo conocimos a Palacio en 2003. En aquel tiempo le alquilé una casa en Salinas al vicepresidente y ahí entablamos amistad con él. De hecho, mi hermano congenió más con el entonces Segundo Mandatario y futuro presidente de la República.

Cuando Palacio asumió la vicepresidencia invitó a mi hermano para trabajar con él en la secretaría de la Vicepresidencia, cargo que lo asume el 12 de octubre del 2004. Curiosamente mi hermano iba a renunciar precisamente el día en que Gutiérrez fue derrocado, pero tuvo que permanecer en el cargo porque Palacio ascendió a la presidencia.

Aquel día fue traumático para mi hermano, quien había acudido al último piso del edificio de la Ciespal (Centro Internacional de Estudios Superiores para América Latina) en Quito. En el libro “Los Jouvin”, él relató que los “forajidos”, que habían sido responsables del derrocamiento de Gutiérrez, no estaban de acuerdo con que Palacio sea el sucesor, pues querían que todos los del gobierno de turno se fueran.

Mi hermano asegura que ellos subieron y tumbaron la puerta de la oficina en la que estaban con Palacio. Luego rastrillaron sus armas y fue entonces que el nuevo Primer Mandatario intervino acertadamente. Palacio permitió que algunos “forajidos” entraran y dialogaran con él. Su intención era que el presidente clausurara el entonces Congreso Nacional, hoy Asamblea Nacional.

Durante la noche y cuando mi hermano regresó al departamento que tenía en Quito, llamó por teléfono a Nebot, quien era el alcalde de Guayaquil. Él preguntó sobre la situación real en Ciespal y mi hermano le respondió que necesitaba un pronunciamiento de las fuerzas políticas de Guayaquil.

Al día siguiente mi hermano acudió a una sesión de trabajo, que estaba presidida por Palacio en el Ministerio de Defensa. Un día después, como producto de esa reunión, mi hermano fue posesionado como asistente de presidencia y Palacio como nuevo Jefe de Estado.

Con el golpe de Estado, que ocurrió en abril de 2005, hubo cambios en el gabinete. Patricio Zuquilanda era el canciller durante el gobierno de Gutiérrez y dejó el cargo. Su relevo, por nombramiento de Palacio, fue Antonio Parra Gil y fue él quien me designó como embajador del Ecuador en Panamá.

De inmediato me trasladé a Panamá donde presenté mis cartas credenciales a Martín Torrijos Espino, quien era presidente de Panamá en aquellos días. Así empecé mis funciones diplomáticas con la colaboración de Pablo Villagómez, ministro consejero y José Dávila, cónsul general.

Yo permanecí en ese país durante dos años mientras que Parra Gil duró pocos meses en el cargo y se fue en octubre del 2005. Francisco Carrión lo sustituyó hasta que terminó la administración presidencial de Palacio.

La Reforma 2

En 2011 volví al negocio del papel en sociedad con Alfonso Sáenz. La compañía que creamos se llamó Papelmarla y nos mantuvimos juntos hasta el año 2018 cuando Alfonso vendió los activos y ciertos pasivos de la empresa a mi hijo Roberto, quien ese año fundó La Reforma 2.

Mi hijo no era ningún improvisado en el negocio. Él ya estaba involucrado desde 1996 como asistente de gerencia de mercadeo de la antigua industrial La Reforma, cargo que ejerció durante dos años. Después de eso se vinculó a otras empresas, entre ellas, la multinacional Mabe. Ahí empezó como gerente en Ecuador y 17 años más tarde renunció a la vicepresidencia andina de esa empresa.

Ernesto, el mayor, estaba vinculado al negocio familiar del papel con Pacresa, que se dedicaba a las impresiones de cajas de camarón. Esa compañía la habíamos fundado con él y mi hermano en 1998, justo después de que vendimos La Reforma a Kimberly-Clark. Ahí Ernesto era el gerente general. Esa empresa fue liquidada en 2005. Hoy se dedica a la exportación de insumos.

Mi otro hijo, Guillermo, está dedicado a la construcción. Es gerente general de ETINAR, una constructora muy antigua y prestigiosa del país.

Mi actualidad y otras historias

Hoy estoy trabajando con Roberto a tiempo parcial en la compañía Absoreforma La Reforma S.A. Es decir, la segunda versión de la empresa fundada por mi abuelo Jacinto Jouvin Arce.

Cuatro décadas después me siento agradecido con Dios por concederme la oportunidad de contarles esta historia. Agradecido porque aquel 12 de mayo pude volver a casa sano y salvo después de casi seis meses de angustiante encierro. Agradecido por la familia que tengo, Laura, mis hijos Ernesto, Roberto, y Guillermo, mis padres, mi hermano Pepe, mi cuñada Leonor y mis sobrinos. Ellos han sido, son y serán siempre mi soporte emocional.

Agradecido estoy también porque siempre pude levantarme de las adversidades, empezando por las enfermedades de mi niñez como el asma, la meningoencefalitis y la hepatitis. Pero no fueron las únicas dolencias.

Poco más de un año de casado, cuando mi hijo ya tenía un año de edad, me sentí mal en la oficina que ocupaba con el sueco Bergard en la Fábrica de Papel La Reforma. Recurrí a mi tío, Guillermo Paulson Béjar, quien era médico. Él me envió a otro doctor amigo de la familia llamado Gustavo Calderón Von Buchwald, a quien le decían “Billy”. Él me auscultó y se comunica con mi tío Guillermo. Le pregunta si debían operarme. Ninguno de los dos sabía qué tenía yo.

Yo tenía un malestar general en el cuerpo, más no el típico dolor de una apendicitis. “Billy” Calderón me operó en la clínica de Urdesa, que tenía más de puesto de socorro que de clínica. Lo hizo en Urdesa porque en la antigua clínica Parker, situada en Nueve de Octubre y Chimborazo, donde habitualmente practicaba sus cirugías, iba a sufrir manifestaciones porque José María Velasco Ibarra estaba en campaña presidencial y entraba a Guayaquil.

Durante la intervención, al abrirme la piel, salta un chorro de material fecal que embarra al personal médico en el quirófano. Tenía una peritonitis galopante. La operación duró seis horas porque los médicos debieron practicarme un lavado gástrico con detergente. Permanecí un mes en ese centro de salud y en observación.

Dos años después tuve un dolor insoportable en la boca del estómago y se pensaba que se trataba de mi páncreas, pero en realidad fueron

cálculos en la vesícula. El doctor Calderón volvió a operarme en la misma clínica y me dieron de alta dos semanas después.

El año 2005, cuando fui nombrado embajador y tan pronto como presenté cartas credenciales en Panamá, tuve que regresar a Ecuador para someterme a una operación urgente de divertículos. El cirujano me extirpó 20 centímetros de intestino que estaba a punto de reventarse. También me salvé “por un pelo”.

Nada de eso me detuvo y más bien puedo contar muchas historias de aprendizaje, que incluye aquel “17-D” donde empieza la crónica de un secuestro, el mío.

¿Qué va a pasar después? Solo Dios lo sabe. Lo único que siempre le pido es que después de haber vivido todas estas vicisitudes, nos permita a Laura, a mí, a mis hijos y nietos, vivir los siguientes “sin cuenta” años con salud y que nos recoja cuando Él así lo demande.

La obra de Ernesto Jouvín Vernaza es más que la "Crónica de un Secuestro"; es un testimonio de vida contado después de cuarenta años, con la valentía, objetividad y madurez que se alcanza con el paso del tiempo y en especial con la reflexión pausada y profunda que solo se puede lograr cuando el alma se encuentra en paz consigo mismo.

El lector podrá descubrir en este drama de la vida real que alrededor de los hechos terribles y dolorosos que atravesó el autor de esta crónica, la victoria final de su liberación luego de varios meses de encierro, fue gracias al apoyo incondicional de su familia, al deseo de vivir, a la reciedumbre, fortaleza y equilibrio que mostraron sus padres durante el proceso de negociación con los secuestradores.

Ernesto Jouvín Vernaza nos comparte una historia de vida personal, cuyo relato trae episodios muy duros durante su cautiverio, pero a través de los cuales nos permite reconocer y apreciar uno de los dones más bellos de la vida: La libertad. "Con ella – como decía Cervantes- no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida".

Las nuevas generaciones deben conocer que es necesario sembrar paz para cosechar prosperidad y bienestar.

 **Centro
de Investigaciones**



 [uees_ec](#)
 [universidadespíritusanto](#)
 www.uees.edu.ec
 Km. 2,5 La Puntilla,
Samborondón

ceninv@uees.edu.ec

Teléfono: (593-4) 500 0950 Ext: 1319 - 1317